

Antología lírica Nuestras



**Colegio
Madrid**

26 Colección
Nosotros Hoy



teraria Voces





INSTITUCIÓN MEXICANA DE ENSEÑANZA, FUNDADA EN 1941
POR EL EXILIO REPUBLICANO ESPAÑOL INTEGRADA A LA RED
DE CENTROS ESPAÑOLES EN EL EXTERIOR



**Colegio
Madrid**

Antología literaria
Nuestras Voces

26 Colección
Nosotros Hoy

México 2023

Índice

Presentación.....	10
Introducción	12
Jurados	15

PRIMARIA

CUENTO

El pez y la estrella	21
The best of times, the worst of crimes	24
La casa del bosque	30
La silueta	33
Sobre las nubes.....	37

POESÍA

Las alergias	42
El ave observadora	44

SECUNDARIA

CUENTO

Vuelo simulado	51
La calma	54

Dolores de cabeza que podrían ser del mismo tipo que los tuyos	58
You're nothing without me	66
El perro infernal.....	73

POESÍA

La luz del vacío	81
------------------------	----

MINIFICCIÓN

Diario de una temerosa.....	84
Inadvertidos	86

BACHILLERATO CCH

CUENTO

Verano de dioses	93
Carretera.....	99
Lágrimas.....	103
El caminante nocturno	109
Volar a través del tiempo	113



POESÍA

Fluoxetina	120
Naturaleza.....	123
Ausencia	126
Metamorfosis	129

MINIFICCIÓN

Qué pasión, qué desesperación	134
Lia, ¿puedes escucharme?	136
Perspectivas	138
La señora del abrigo	141
Un recuerdo más	144

EMPLEADA(O)S Y EX ALUMNA(O)S

CUENTO

Libélulas	151
Vientre abajo	153

POESÍA

Los miedos	158
Cuatro columnas	160
Amar (no) es soledad	162
Memoria de bolsillo.....	164



MINIFICCIÓN

Reconocer el invierno	169
Mirada primigenia	171
Sí, esta es otra historia de gatos.....	172
La sonrisa del género	174

ENGLISH TEXTS

STORIES

Adelaide's lasagna	180
Man in a fishbowl.....	188
Stand-byer	194
Lace	196
The circus.....	200

POETRY

Every smile counts	205
Hold my lungs for tonight	206
Insomnia.....	209

SHORT STORIES

And a happy new year	212
Escaping from the forest in my mind	215
Before oblivion	216



Presentación

Vivimos en un mundo hiperconectado en el que muchas veces no es necesario el contacto físico para estar cerca de las personas, para comunicarnos con ellas en tiempo real. *WhatsApp, Tiktok, Facebook, Twitter* son herramientas que nos permiten estar en cierta manera cercanos, pero que, sin embargo, nos alejan al mismo tiempo.

Por ello me asombra tanto la maravilla que representa el que hoy nos encontremos tantas personas reunidas en este pequeño libro. Me gusta pensar que aún hay espacios fuera de la vertiginosidad en la que vivimos que nos permiten compartir de otra manera, mucho más íntima, mucho más serena y consciente, nuestras ideas, nuestros pensamientos y hasta nuestros sueños.

Escribir y compartir lo escrito nos permite acercarnos, nombrar nuestras emociones, mirar con los ojos de otros, expandir nuestra creatividad. Ilustrar lo que escriben otros nos permite dar nuevas formas al mensaje, apropiarnos de él. Leer nos abre un universo que muchas veces puede ser incomprendible, nos permite explicarnos lo desconocido, despertar nuestra curiosidad y alimenta nuestra imaginación. Nos permite conectarnos y empatizar.

Así, este libro es un punto de encuentro en donde hay quienes escriben un cuento, una poesía o una minificción, quienes los ilustran o quienes los leen, sea cual sea nuestro

papel en este proceso, nos invita a construir como comunidad y al final, nos representa a todas y a todos. Por eso es tan importante que cada año se convoque a este concurso, que cada año se publiquen estos ejemplares.

Nuestras voces se ha convertido en un símbolo identitario de nuestra comunidad, en el convergemos estudiantes, trabajadores, ex alumnos, profesores y directivos permitiendo que nuestro Colegio Madrid siga construyendo mecanismos para afianzar nuestra comunidad y caminos que nos permitan mirar y vivir de maneras distintas la realidad que hoy nos pertenece.

ANA MARÍA JIMÉNEZ APARICIO
Directora General

Introducción

A lo largo de nuestros años de vida, la lectura y la escritura nos han llevado demasiado lejos.

La lectura cura el aburrimiento; la escritura traslada recuerdos e inmortaliza a quienes nos cuesta dejar atrás o a las cosas que nos gustaría tener presentes, pues éstas se quedan inscritas en las hojas, en el papel y en la memoria de quienes lo leen y nos leen. Comprendemos y aprendemos mientras leemos; plasmamos ideas y recuerdos cuando escribimos.

Diferentes emociones nos acompañan siempre a la hora de tener contacto con la pluma y el papel. Al escribir, las ideas fluyen, se transforman y se impregnan en las hojas; forman muros de recuerdos que podemos ir deshaciendo y haciendo nuevamente cuantas veces queramos. Trasladamos memorias completas a través de las hojas; lo mejor de todo es que son memorias formadas desde sentimientos puros, de nuestras propias ideas y que, en algunos casos, son partes de nuestras mismas almas.

La idea de plasmar pensamientos y recuerdos no nos es ajena; existe desde siempre; desde las pinturas en las cuevas hasta la invención como tal de la escritura, constantemente se ha querido tener presentes los momentos vividos, nuestras ideas o las de aquellos que nos rodean. Esta búsqueda es parte de nuestro ser y vivir, nos vuelve más sensibles y nos permite reaccionar de manera distinta a cada cosa e igual-

mente nos permite sentir...poder sentir las cosas sin miedo y aprender a utilizar las cosas para nuevamente transmitir las. La lectura y la escritura forman una parte esencial de nuestra forma de vida.

Y es ahí donde nacen los escritores. Nacen de la intención de plasmar y hacer permanecer, pero también se originan de la rebeldía, del cometido de no hacer las cosas aburridas y como siempre se hacen, del propósito de transmitir ideas sin importar lo que los demás piensen, de la esperanza de encontrar a la gente adecuada, aquella que logre sentir y/o pensar como ellos.

Desde un escritorio y sentados en una silla, los escritores comparten –compartimos– ideas y sentimientos que muchos tienen y que quizá no saben cómo decir. Las emociones y los pensamientos plasmados en el papel mueven a la gente y hacen que se pueda cambiar la forma de ver al mundo. En realidad, leer y escribir no es otra cosa que una “revolución pasiva”.

EKI PÉREZ ORTIZ
Alumno



Jurados

Agradecemos la participación de:

Lourdes Aguilar Salas

Karla Paulina Amozurrutia Nava

Gabriela Concepción Anaya Porras

María Guadalupe Anaya Porras

Saúl Ernesto Bavines Lozoya

Olimpia Delgado Castillo

Josefina Félix Mercado

Sonia Abril García Macías

Alejandra González Amezcua

Erandi Siratzeni González Kañetas

Jaqueline Itzel Hernández Ruiz

Paula Ximena Maulén Barragán

Liliana Carolina Pondelek Berbel

Alan Prats Gama

Valeria Reynoso Rodríguez Malpica

Eduardo Samuel Rivero Reyes

Rafael Rodríguez Victoria

Olinmenkin Sosa Nájera

Sandra Vázquez Salazar

Erika del Carmen Velázquez Rodríguez

PRIMARIA

Cuento
y
Poesía

PRIMARIA

Cuento

PRIMER LUGAR

Gabriel Campos Guerra

5° A

SEGUNDO LUGAR

Catalina Andonie Martínez

6° A

TERCER LUGAR

Ana Lucía Quintero Fuentes

5° C

MENCIÓN HONORÍFICA

Santiago Vargas Monreal

6° A

MENCIÓN HONORÍFICA

Paula Aranka Uribe Pondelek

6° C

El pez y la estrella

Gabriel Campos Guerra

Primer lugar

Había una vez un pez que quería ir a la superficie, pero no podía porque era un pez y no respiraba aire. Él estaba triste porque quería ver el cielo y las estrellas. Un día se le ocurrió que se podía escapar de casa en las noches y así ver el cielo desde lejos, así que empezó con su plan. El pez veía el cielo estrellado cada noche sin que sus padres se dieran cuenta.

Uno de esos días, vio algo que no esperaba ver; una estrella se estaba haciendo cada vez más y más grande, hasta que el pez se dio cuenta de que era una estrella fugaz. El pez, asustado, se movió lo más rápido que pudo porque no quería que la estrella fugaz lo aplastara.

Cuando la estrella cayó, sintió la más grande de las curiosidades: ¿podría hablar con la estrella? El pez se hundió hasta que encontró a la estrella; parecía estar bien, y el pez pensó que era buena idea presentarse.

—Hola, me llamo Cometa. ¿Y tú?

—Mucho gusto, Cometa. Yo soy Perla y me he aventado del cielo para conocer el mar. ¿Me lo podrías enseñar? —contestó la estrella.

—Por supuesto —dijo Cometa, y curioso preguntó—: ¿Pero por qué te fuiste del cielo? ¿No es maravilloso ver el mundo desde allá arriba?

—Sí, lo es... —respondió Perla con un tono melancólico— pero me aburro. Allá arriba no hay sonido, no hay nada interesante. En cambio, aquí en el mar —notándose un poco más animada— todo es felicidad. Tienen las olas, la arena, el cielo, el agua, por supuesto, y toda la fauna.



Ilustración: Camila Pino Soto

–No todo es felicidad –respondió Cometa–. Aquí hay mucho peligro, ya que hay depredadores, cazadores y mares profundos que dan miedo...incluso las olas muy bravas dan miedo. En cambio, allá en el cielo –continuó– todo es paz. Puedes ver el cosmos, las demás estrellas y planetas. Yo quisiera ir ahí.

–Te enseñaré el cielo y verás que no es perfecto –dijo Perla.

–Primero te enseñaré por qué me quiero ir del mar –contestó Cometa.

Así, Cometa le enseñó todos los defectos del mar a Perla y ella se desanimó.

–¡Uy! Creo que tienes razón, hay mucho peligro aquí en el mar. ¡Pero también cosas muy buenas!

–¿Tú crees? –preguntó Cometa entusiasmado.

–Sí, dijo Perla–. Y le mostró todo lo bueno que tenía el mar.

–¡Wow! Tenías razón. El mar tampoco está tan mal –dijo cometa–. Ahora, tú enséñame el cielo–. Y así fue.

Cometa se sorprendió; en el espacio no había ruido y todos estaban callados.

–¿Ves?–dijo Perla– Aquí todo es aburrido.

Después de esto, Perla le enseñó el silencio, los agujeros negros y todos los defectos del espacio.

–Sí, tienes razón –dijo Cometa–, pero no todo es malo.

Cometa le enseñó todas las cualidades del espacio.

–¡Vaya! Tienes razón, no todo es malo aquí. Creo que ahora me quiero quedar –dijo Estrella–. Gracias Cometa, me has enseñado muchas cosas que antes no podía ver.

–Tú también a mí, Perla –dijo Cometa– ¿Me puedes llevar a la tierra?

–Sí, Cometa, pero después yo me iré a mi enorme cielo –dijo Perla.

Desde ese día, Perla y Cometa se visitaron más seguido y se hicieron muy amigos, pero siempre recordaron: Hay que valorar las cosas simples de la vida.

The best of times, the worst of crimes¹

Catalina Andonie Martínez

Segundo lugar

Eran finales de agosto de 1998 cuando ella lo vio por primera vez, sentado al final de aquel bar. Ella tenía su perfil de frente, mismo que, iluminado por las luces del lugar, le daba una pinta de ensueño tipo James Dean. Fumaba un cigarrillo y usaba un enorme abrigo de cuero, lo que a ella le pareció inusual, pues esa noche hacía mucho calor en Manhattan.

Arabella caminó entre los cuerpos que bailaban en la pista sin despegar la mirada de la mesa del fondo.

Él no volteó a verla hasta que sus manos se estamparon en la mesa y ella gritó por encima de la música:

—¡Te amo, te he estado buscando por más de mil años!

Él le mostró una sonrisa encantadora y respondió con un acento italiano áspero.

—¿A dónde vamos?

—No sabría a dónde llevarte —contestó Arabella, con la adrenalina corriendo por sus venas.

—¿Por qué no empezamos sólo manejando? Podría mostrarte cosas increíbles.

—¿Como magia o locura? —cuestionó Arabella.

El hombre se rió.

—El cielo o el pecado —dijo él, siguiendo con el juego.

—Algo me dice que serás mi siguiente error.

—El amor es un juego. ¿Estás dispuesta a jugar?

Ella sonrió. Siempre estaba dispuesta a aceptar un reto.

¹ El texto retoma fragmentos de la canción *Getaway car* de Taylor Swift

–Sólo toma mi mano y nunca la sueltas .

Cuando estaban por dejar el bar, encontraron las llaves del valet parking sin supervisión alguna. Se miraron entre ellos con un toque de malicia en los ojos.

–¿Estás segura de esto? –preguntó él, mientras se sentaba en el asiento del conductor de un convertible Ford Mustang rojo de 1996.

Antes de que Arabella pudiera contestar, la voz de un hombre gritó:

–¡Bájense de mi auto!

Pero ellos no estaban pensando y no tenía ni dos minutos que habían estado tomando.

–¡Sí, sólo vamos! ¡Vamos, vamos, vamos! –dijo Arabella.

Y entonces se fueron.

Manejaron por horas hacia ningún lado en particular y de pronto se encontraron en la carretera. Estaban decididos, se sentían como Bonnie y Clyde.

Durante el camino, Arabella descubrió que el nombre del hombre era Rowan, y Rowan descubrió que sus días terminaban mejor cuando el sol se ponía detrás de esa pequeña dama sentada en el lado del pasajero. Era una vista digna para arrojarse ante ella. El horizonte podía intentar competir, pero no sería tan agradable a la mirada.

–¿A dónde vamos? –preguntó Rowan. Ataviado con unos lentes de sol que lo hacían verse como una estrella de rock.

–A algún lado –contestó ella.

–¡Dime! –insistió él.

–A un lugar en el que no van a encontrarnos.

–¿A dónde? –cuestionó Rowan.

–Conozco algunos lugares –dijo ella, guiñando un ojo.

Ya estaban en la ciudad de Nueva York pasadas las diez y cuarto. Se detuvieron en una parada de gasolina cerca de un bar pequeño, y Rowan bajó del auto para averiguar si había alguien en la zona.

Arabella se quedó allí, mirando el alto del semáforo al otro lado de la calle. Pudo reconocer alguna canción de Ray Charles sonando en la radio.

—¿Crees que estará bien? —preguntó a nadie en particular, aunque podría haber jurado que el semáforo respondió: “no lo sé”.

Cuando Rowan regresó, trajo noticias de que había algunos viajeros como ellos cantando y bailando en el bar, por lo que Arabella se bajó y entraron a dicho lugar.

Bailaron y bebieron durante horas. Bebida tras bebida, canción tras canción hasta que se apoderaron de la pista de baile. Dijeron “te amo” a medianoche, con las caras enrojecidas por el licor, el baile y la adrenalina que corría por sus venas. Compartieron un beso del color de una constelación formándose en su lugar.

—¡Te escojo a ti! —le gritó ella por encima de los sonidos de la música y de la gente, con sus manos alrededor de su cuello.

Salieron del lugar al amanecer y subieron al auto después de echarle gasolina. Encontraron un hotel a algunas millas cerca, así que bajaron y decidieron quedarse el día.

Arabella lo miraba con las manos entre los muslos y una sonrisa ansiosa. Se miraban cara a cara, recostados en la cama king size de la habitación 505. Hablaron sobre sus sueños y lo que esperaban de la vida, descubriendo que ambos siempre habían deseado una carrera actoral en Los Ángeles. Decidieron que seguirían ese sueño juntos...lo juraron.

—¿Cómo terminamos en el suelo? —Rowan preguntó, después de unas horas de conversación.

Arabella rió con los pies en el regazo del chico, como si fuera su mejor amigo. Su camiseta estaba teñida con el vino que consiguieron del servicio de habitaciones y que Rowan salpicó sobre ella por accidente. Era tan escarlata como el rubor en sus mejillas.

—Cuéntame un miedo del que te avergüences —dijo Rowan de repente.

—Ascensores —respondió tímidamente Arabella—. Nunca confío si avanza rápido.

Rowan, que había comenzado a reírse, la miraba ahora con el ceño fruncido.

—¿Por qué no?

—No puede durar —Ella explicó.

Rowan la miró directamente a los ojos con expresión fría.
—¿Qué hay de nosotros?—Preguntó, con voz también fría, la cual envió un escalofrío por la espina dorsal de Arabella—
¿Crees que fuimos demasiado rápido?

Arabella permaneció en silencio. No lo había pensado de esa manera, pero Rowan tenía razón. Se habían conocido el día anterior y apenas sabían algo el uno del otro. Con toda la música y la adrenalina se había olvidado de todas las cosas importantes que vienen con decir “te amo”.

Su silencio pareció ser la respuesta suficiente para Rowan, porque se levantó del suelo y se enterró bajo las sábanas de la cama sin una sola palabra. Se había quedado dormido tan rápido como las lágrimas que comenzaron a caer del rostro de Arabella.

Ya era pasada la medianoche, y Arabella no había dormido nada cuando decidió que todo lo que había discutido con Rowan no era la vida que quería para ella. Siempre le había gustado la idea de ser actriz, la más famosa de Los Ángeles, pero también quería estudiar arquitectura en la mejor universidad de Europa, aunque tendría que hacerlo sola y para eso tendría que separarse de Rowan...y siempre era mejor detener algo antes de que empeorara.

Se levantó del suelo, donde había pasado horas tumbada boca arriba y mirando al techo, pensando en todos los sueños que perseguía desde que era una niña. Tomó el menú del servicio de habitaciones, una pluma y escribió un mensaje sencillo, pero sincero, que consideró importante que Rowan supiera.

—No finjas que es un misterio. —Susurró en la oscuridad, dejando la nota en la mesa de noche—. Nada bueno empieza en un auto de escape.

Tomó el dinero y robó las llaves, saliendo de la habitación sin mirar a Rowan por última vez. Esa habría sido la última vez que se vieron.

Mientras escapaba del hotel, pudo ver a la policía hablando con la mujer de la recepción, y pudo reconocer al hombre que estaba con ellos. Era a quien le robaron el auto. “Maldita sea”, pensó.

Estaba a punto de cambiar de opinión y regresar. Ella no podía dejar a Rowan allí. “¿Verdad?” No sería correcto traicio-



Ilustración: Emma López Sánchez

narlo así, pero, de nuevo, no estaba segura de quererlo y que- darse la hacía sentir enferma. Así que escapó.

Mientras arrancaba el auto, podía escuchar las sirenas provenientes de las patrullas de policía. Pisó el acelerador. Podía sentir el viento en su cabello y las luces de la libertad en su rostro. Fue su gran escape.

No volvió a sentirse culpable por dejar a Rowan hasta que se encontró ya en la carretera; había perdido a la policía hacía un rato. Sonaba una canción lenta en la radio, mientras las lágrimas caían por sus mejillas. Recordó las palabras que escribió en esa nota y se preguntó si Rowan tendría la oportunidad de leerlas. El mensaje se repetía en su cabeza.

“Busca a alguien que merezca tus besos. Alguien a quien el futuro no la haga temblar. Yo no supe cumplir mis promesas, pero prometo no volverte a buscar. Debiste saber que sería la primera en echarse para atrás. Cuando el amor se escapa no suele pedir perdón”.

Era diciembre de 2013 la segunda vez que lo encontró por casualidad. La dulce melodía de una guitarra inundó sus oídos al entrar a esa cafetería en Manhattan. Era la primera vez que se aparecía en esa ciudad después de quince años. Los recuerdos de un amor clandestino atacaron su mente mientras bebía su pedido en una de las mesas del fondo.

No había notado la mirada constante del hombre, que se mantuvo en ella desde que entró hasta que se acercó a su mesa y dejó un pequeño plato con un pedazo de tarta de manzana.

Arabella se llevó una fuerte sorpresa al alzar la mirada y reconocer el rostro familiar de ese con el que una vez bailó en la ciudad de Nueva York. El rostro del hombre al que abandonó tantos años atrás, ese hombre que tenía la misma sonrisa con la que por primera vez lo conoció.

—Rowan... —murmuró ella.

—Te amo, Arabella. Te he estado buscando por más de mil años —dijo él.

Arabella esbozó una gran sonrisa y pudo sentir las lágrimas picar sus ojos.

—¿A dónde vamos? —respondió.

La casa del bosque

Ana Lucía Quintero Fuentes

Tercer lugar

I

Había una vez, hace mucho tiempo, en 1985, una casa en medio del bosque; un bosque que, cabe aclarar, era inmenso.

Era una casa como todas, era un poco pequeña, tenía ventanas, puerta, techo, tenía todo. La gente trataba de investigar si alguien vivía ahí, porque cuando se metían a la casa, las personas entraban, pero no salían. Un día, dos policías se preguntaron “¿Qué hará esa casa ahí?” Y fueron a investigar.

Cuando llegaron, uno de los policías se aseguró de que no hubiera nadie alrededor, así que llamó a su compañero para que entrara; el compañero entró y el otro policía se metió rápido a la casa.

Cuando entraron, vieron algo que nadie se imaginaba; vieron todo tipo de vegetación y fauna, la casa era mucho más grande de lo que se veía por fuera. Uno de los policías empezó a explorar y al fondo vio a dos ciervos albinos, uno era adulto y el otro era bebé, eran hermosos. Uno de los policías observó si su compañero seguía ahí, al no verlo, agarró al ciervo bebé y empezó a caminar hacia la puerta, pues se lo quería llevar. El ciervo saltó y fue con su madre, el policía se percató de que el ciervo ya no estaba en sus brazos, así que corrió hacia ellos, cuando de repente la casa se empezó a hacer más pequeña y más pequeña, hasta que desapareció.

Hasta la fecha nadie sabe dónde se encuentra la casa. Algunos afirman que en 1999 vieron esa casa en lugares distintos, mas nadie sabe si es verdadero. Unos creen que fue obra

de brujería o magia negra, otros creen que la casa sigue ahí, pero simplemente no quieren ir a comprobarlo por “precaución”, aunque en realidad eso no se puede comprobar. Varias personas piensan que eso nunca ocurrió y que sólo fue invento de las personas para entretener.

Y si ustedes se preguntan: “¿Qué pasó con el policía que estaba explorando?”. Realmente nadie sabe; se dice que fue tragado vivo por la casa. “¿Y el que se quería robar al ciervo albino?”...pues...la casa se encargará de él.

II

En 2007, en Corea, unos chicos llamados Do Kyung-seok, Kang Mi-rae y Park Se-wan estaban en su academia en un día como cualquier otro. Cuando salieron de ella, vieron la casa y entraron; dentro, vieron lo mismo que los policías: ciervos albinos, enredaderas, liebres y otro tipo de cosas.

Kang Mi-rae se acercó al ciervo albino mayor y lo acarició, no tenía intenciones malas, pero la casa no lo tomó a bien y se empezó a hacer más y más pequeña por minuto.

–Chicos, ¿qué está pasando? –preguntó Kang Mi-rae

–¿Qué pasa de qué? –respondió Do Kyung-seok

–¡La casa se hace cada vez más pequeña! –dijo Kang Mi-rae

Kang Mi-rae buscó a Park Se-wan para avisarle, pero llegó muy tarde, la casa ya había desaparecido, desapareció con todo y los chicos.

III

Se sabe que lo mismo siguió pasando por todas partes del mundo, incluyendo Japón, Europa, Canadá, Venezuela, EE.UU y otros países más. La policía sabía de esto, pero sólo inventaban que las personas habían sido asesinadas o que habían sido secuestradas.

La gente estaba muy molesta con ellos cuando descubrieron que había sido la casa. Empezaron a cerrar las calles para protestar y para pedir que se les escuchara, pero ni a la poli-



Ilustración: Ana Paula Ramírez Ayala

cía ni al gobierno les importó; simplemente siguió ocurriendo con diferentes personas.

Lo que nadie sabía era que eran los ciervos los culpables. Esos siervos eran sagrados; si alguien los tocaba su destino era morir. Sólo había una forma de escapar de la casa y no morir ese día, pero nadie la sabe, así que nadie puede escapar y aun escapando, a los cinco días morirían de un paro cardíaco.

IV

Años después la casa volvió a aparecer en el mismo lugar donde todo empezó. La gente la descubrió, así que la quemó y nunca se volvió a ver por algún lugar.

La silueta

Santiago Vargas Monreal

Mención honorífica

Una nube oscura cubrió el tranquilo y trabajador pueblo de Conse, EE.UU. Un pueblo familiar en el que las cosas nunca cambian y todos los vecinos por calle se conocen de nombre. Eran las 6:30 h de la tarde y comenzaba a oscurecer. Lily Evans y su hijo de 5 años, John, estaban volviendo a casa después de una espléndida y exhausta caminata en el parque. Subieron al coche deportivo, arrancaron el poderoso motor y, justo cuando avanzaban, la madre se detuvo -se diría que casi por casualidad-, precisamente enfrente de la casa abandonada.

Su esposo, David, le preguntaba por el celular: “¿Dónde estás? ¿Por qué no han llegado a casa?” La distraída Lily le estaba escribiendo que ya estaban en camino, cuando la puerta de la casa abandonada lentamente se abrió; esa horrible puerta vieja de madera que todos evitan. La puerta crujió y se abrió completamente, lo que dejó ver un pasillo muy largo, iluminado con una luz amarilla.

El pequeño John, que iba sentado en el asiento del copiloto, miró fijamente hacia el pasillo y de golpe abrió la puerta del coche. Se quitó el cinturón y bajó del auto mientras Lily le preguntaba qué pasaba, mas John no respondía. Lo llamó varias veces, pero él no atendía -Lily aseguró, más tarde, que John se hipnotizó- Entonces el niño volvió a verla y sus ojos estaban completamente rojos. Lily se aterrorizó y gritó, pero John ya caminaba hacia la casa. Ella se bajó del auto; gritaba y trataba de alcanzarlo. De repente, al final del pasillo, dentro de la casa, apareció una silueta de forma humana, oscura, ma-

ligna. Lily se espantó tanto que se desmayó. Tirada en el suelo, mientras perdía la conciencia, vio que John ingresaba a la casa y la puerta se cerraba muy fuerte. Lily cerró los ojos.

Esa noche en la comisaría, por el radio interno un policía llamado Peter recibió la noticia de que una mujer y su hijo no llegaron a casa. A Peter le llegó al instante una idea...“La silueta”. Inmediatamente, se paró de su silla y fue directo a su camioneta. Manejó a la casa de los Evans. El esposo confirmó que su familia no había llegado a casa y le dijo que su esposa e hijo habían ido a caminar. Minutos después, contactaron por radio al policía informándoles que la Sra. Evans había sido encontrada tirada en la calle junto a su camioneta.

Lily despertó en el hospital junto a su esposo, el policía y una enfermera. Su voz repetía: “John..John...no vayas...no entres”. Mientras el Señor Evans trataba de tranquilizarla, Peter, el policía, sabía que esta era la cuarta ocasión del año en la que personas al azar eran encontradas por la policía en la acera frente a la casa abandonada de Conse. Ya no eran sucesos al azar.

Peter organizó una visita a la casa abandonada con un grupo de policías. El niño estaba dentro; su mamá lo había visto entrar, le dijo a la policía que John tenía el rostro extraño y los ojos rojos.

Lilly pasó dos noches más en el hospital. Cuando lograba dormir, a mitad de la noche se despertaba, miraba a la ventana y veía pasar a su hijo, que ya no era su hijo, sino un niño malvado y desconocido que se reía de ella. Lilly despertaba de golpe y al volver a mirar a la ventana, no había absolutamente nada.

El policía Peter ya había tenido cierto contacto con historias que hablaban de una silueta que aparecía en los atardeceres cerca de la casa abandonada. Personas que se desmayaban o llegaban a la policía muertos de susto, no obstante, nadie había desaparecido, nadie había entrado o intentado entrar a esa casa.

Aunque el señor Evans trató de impedir que Lilly saliera del hospital, ella retomó fuerzas y también se unió a la visita



Ilustración: Karen Sofía Alejandre Martínez

a la casa abandonada. Al tercer día de las visitas a la casa del terror, por fin sucedieron cosas.

Durante dos días, cuando llegaban los policías, trataban de abrir la puerta y esta se atrancaba. Iban con la intención de forzar o tirar la puerta, pero nunca pudieron hasta que Lilly los acompañó. En ese momento, la puerta fácilmente cedió. Entraron con lámparas y se encontraron con un olor nauseabundo; un olor inidentificable y agrio. Lilly entró sin miedo y empezó a gritar buscando a su hijo. Los policías trataban de detenerla, pero Lilly no podía quedarse sin saber qué había pasado. Un grupo de aproximadamente veinte policías entraron a varias partes de la casa y no encontraron nada más que polvo.

De pronto, la puerta de entrada se cerró de golpe, las luces interiores se prendieron y todo se iluminó de un color amarillo...y entonces empezó. Los gritos del niño se comenzaron a escuchar, unos gritos que nadie querría escuchar y que se oían justo al pie de las escaleras que llevan a un segundo piso. Los policías comenzaron a subir los escalones con sus pistolas en la mano. De golpe, todo se hizo silencioso y al voltear la cabeza hacia arriba, ahí estaba John, amarrado con cintas a la pared frente a las escaleras, pero ahora dormido con la cabeza caída, sostenido a la pared de una forma sobrenatural.

Unos pasos se sintieron al lado de los policías, que aún no subían las escaleras. A lo lejos, en un cuarto, se apareció la silueta. Unos ojos rojos incrustados en un cráneo sombreado, oscuro, sin cabello. Una silueta de cuerpo grande, en la que era imposible encontrar boca o nariz, sólo era una definida silueta, perversa y maligna que nadie entendía, pero que a todos aterrorizó. La silueta levantó la mano y se desvaneció.

Lily subió corriendo las escaleras, era lo único que le importaba. Bajó a su hijo de esas horribles cintas, pensando en lo peor, sin embargo, el niño abrió los ojos llorando. La abrazó y ambos salieron corriendo de la casa.

La policía recorrió esa casa abandonada durante varios días buscando algo: evidencias, pruebas, algo que les ayudará a entender lo que acababan de mirar. Se tomaron fotografías y videos; se rompieron paredes; se revisó el sótano; quizás habría algo en las recámaras de la planta alta...Nada. Se dejó entrar el sol a través de las ventanas, se iluminó de día con sol y de noche con luz artificial, pero no apareció nada de nada. Más de veinte policías habían presenciado la aparición de esa silueta y nadie tenía una explicación de qué había pasado.

El pueblo de Conse dejó de ser un lugar seguro para los Evans, que decidieron dejarlo todo atrás y viajar para trabajar e ir a la escuela muy lejos de ahí.

Sobre las nubes

Paula Aranka Uribe Pondelek

Mención honorífica

Nos encontramos saltando entre las nubes, arriba del mar de plástico y los polos de hielo, los cuales se están derritiendo. Pasa un enorme perro por el mar, ya que sólo era un niño con una gran imaginación, pero a la vez, una amplia visión de la realidad en la que vivimos. El niño se llamaba Matías, vivía en el año 2008 y tenía 9 años. Su sueño era limpiar el planeta, para limpiar las nubes y corretear entre ellas. Sabía que era algo imposible, pero él seguía adelante con su sueño. Matías tenía el cabello de largo mediano, amarrado en una coleta. Cada vez que llovía, él se quedaba en su ventana para ver las grises nubes; la lluvia le parecía algo curioso, ya que él aún no sabía cómo ésta era formada.

Un día despertó y se dio cuenta de que no estaba en su casa. Se encontraba algo aterrado, pero cuando abrió los ojos y vio todo de un color muy suave que resultaba ser un rojo carmesí, se sintió más calmado. Antes de que se percatara de dónde estaba, una gran parvada de golondrinas pasó por encima suyo... ¡Él estaba en el cielo! Tuvo una gran sensación de alegría al darse cuenta de que estaba sobre una nube completamente real, suave, esponjosa y blanca, que no estaba contaminada en lo absoluto. Para sorpresa suya, todas las nubes se veían igual de limpias, y el tono carmesí en el cielo resultó ser una hermosa y llamativa puesta de sol que lo hacía sentir muy alegre y animado. Se puso a saltar y corretear entre las nubes, por fin su sueño se había hecho realidad. Al intentar saltar de una nube a otra, se cayó, y justo antes de impactarse contra el suelo, despertó. Todo había sido un plácido sueño. Matías se

encontraba algo frustrado, pero muy feliz a la vez, ya que pensó que si no podía hacer su fantasía realidad, al menos podría soñar alegremente sobre ella.

Al siguiente día empezó a garabatear en unas hojas sueltas de un cuaderno viejo. Sus dibujos resultaban ser muy extraños, eran dibujos de lo que había soñado la noche anterior, pero lo único que logró fue asustar a su madre, quien se horrorizó al ver el dibujo donde él se encontraba cayendo al suelo desde esa impactante altura. La mamá de Matías tuvo una charla con él y lo castigó por un tiempo sin aparatos electrónicos, ya que pensó que aquellos podrían ser la causante de esos dibujos. Esto no le molestó, ya que él solía salir a dibujar o jugar en el parque de su colonia.

Matías salió a dibujar y se sentó en uno de los juegos de aquel parque al que iba tan seguido. Los demás se le quedaban viendo extrañados de que no estuviera jugando en algún juego y sólo estuviera sentado en uno mientras dibujaba. Esto a él no le causaba ningún tipo de vergüenza, le gustaba su cabello, su ropa, su estilo y en general estaba conforme y a gusto con él mismo.

Un niño se le acercó y le comentó que le gustaban sus dibujos. Matías era algo tímido, así que sólo sonrió y le dio las gracias en voz baja. Unos minutos después, le contó su gran objetivo y le habló de su inusual sueño. El niño le dijo su nombre, se llamaba Nicolás y tenía su misma edad. Él, por su parte, amaba los animales, así que también quería limpiar el planeta en el que vivimos de una manera u otra, para que estos no se siguieran extinguiendo. Juntos abrieron una campaña en su escuela para ampliar la concientización de la gente sobre el tema; la causa se volvió muy viral y varios niños, maestros y padres de familia se unieron a la causa. La madre de Matías se sentía orgullosa y decidió levantarle el castigo, aunque sabía que su hijo no era un niño de estar en su casa, pues salía a jugar con Nicolás todos los días después del colegio y también los fines de semana.

Cinco años después, en el año 2013, cuando ambos tenían 14 años, cumplieron su impresionante cometido. Las nubes

eran blancas como un huevo, los polos eran de un hielo duro y compacto y el mar estaba limpio. Esto ilusionó mucho a Matías. Igualmente, los animales ya no se extinguían con tanta rapidez, lo que ponía contento a Nicolás. Ellos vivieron juntos y fueron creciendo, formando una hermosa e inquebrantable amistad. Y así, Matías cumplió su sueño de estar sobre las nubes.



Ilustración: Penélope Itzel Patrón Rojas

PRIMARIA

Poesía

PRIMER LUGAR

Giselle Gilsoul Reyes

5° A

SEGUNDO LUGAR

Ángel Milán Ceballos Vázquez

6° C

Las alergias

Giselle Gilsoul Reyes

Primer lugar

Las alergias ahora están de moda:
tiene alergia mi mamá, tengo yo
y tiene mi perro.

¡Y ahora resulta que también
la aspiradora!

Se la pasa estornudando polvo y pelo.

La casa está sucia y polvorienta,
pues la aspiradora está en cama;
no se toma las tabletas,
¡y no podemos seguir así hasta mañana!
Sus amigos la quieren ayudar,
escoba, recogedor y plumero,
pero sólo lo empeoran más
levantando el polvo del suelo.

Los enfermeros tampoco ayudan,
pues de tecnología no saben;
vendas, pastillas y sueros no funcionan.
¡Ojalá que este lío pronto se acabe!



Ilustración: Sofía Valentinotti Bonardi

El ave observadora

Ángel Milán Ceballos Vázquez

Segundo lugar

El ave cantaba
y sus alas usaba.
El hombre brillaba
mientras el ave lo observaba.

Lo que es el respeto
al razonamiento,
es la amistad
con la solidaridad.

El hombre encuentra
al ave que enseña
que la vida no es eterna,
que hay que aprovechar
lo que la vida te quiere dar,
y lo que alguien se proponga a entregar.

El ave llamaba
para dar otra enseñanza
y encontró una mujer
que con sus dos hijos
el dinero rogaba, y lloraba
porque a ella no le llegaba

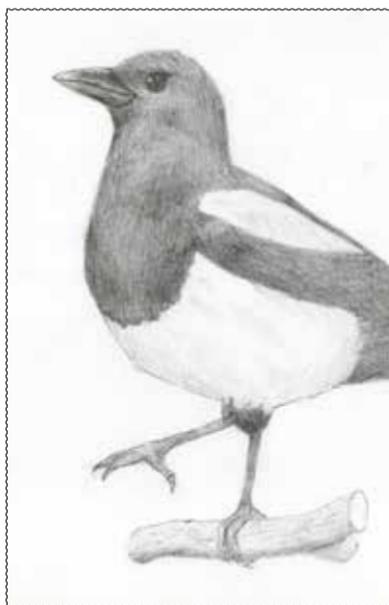


Ilustración: Luc

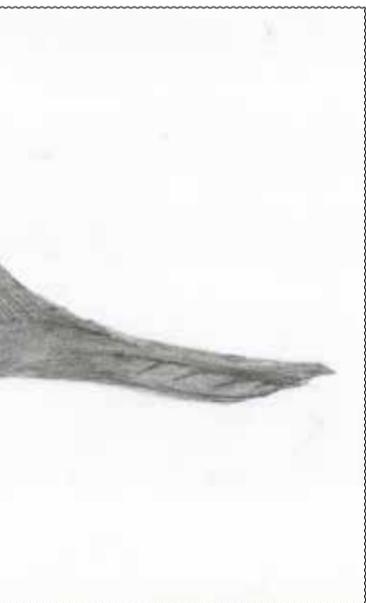
ni para nada le alcanzaba.
Con una luz guía
la mujer encontraría
lo que le serviría.

El ave comprendía
lo que ella sentía,
porque él también
tuvo una vida.
Él había necesitado,
pero al fin había encontrado
porque nunca se había desesperado.

Al final él le contaría
que el dinero no serviría
porque al final la brisa
le daría lo que quería,
y no sería dinero
sería algo bello.

La mujer conocería
al hombre que quería
conseguir la vida eterna;
juntos aprenderían
que hay que estar conforme
con lo que te da la vida.
Y ellos aprendieron
y comprendieron
que la vida es bella.

El sol despertaba
mientras el ave observaba, cantaba,
y él a otra persona buscaba.



io Quiñonez Salido Orcillo

SECUNDARIA

A

*Cuento,
poesía
y
minificción*

SECUNDARIA

Cuento

PRIMER LUGAR

Santiago Cantero Sánchez

2º D

SEGUNDO LUGAR

Alicia Camila Damián Villegas

2º D

TERCER LUGAR

Yaretzi Romina Pérez Montero

2º B

MENCIÓN HONORÍFICA

Aoki Hernández Juárez

2º C

MENCIÓN HONORÍFICA

**América Ayanami Clara
Vázquez**

1º B

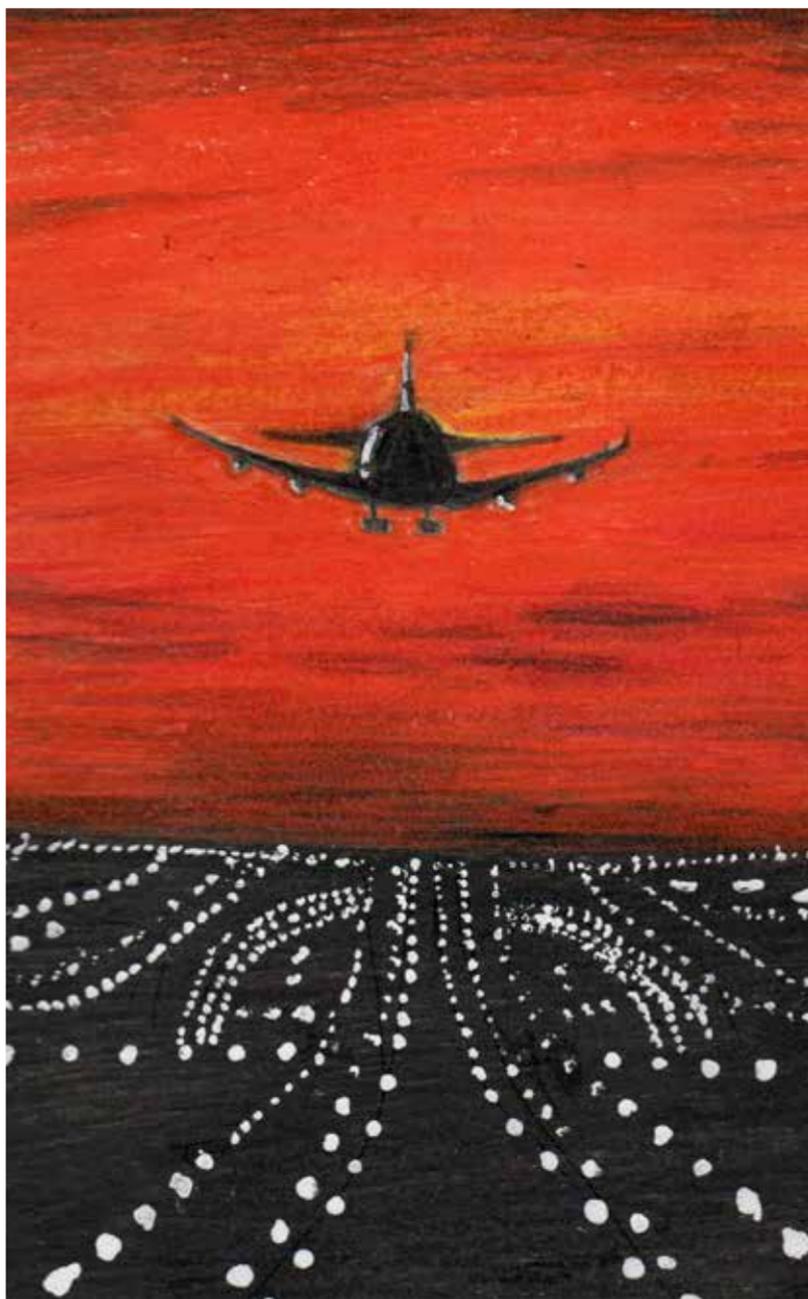


Ilustración: Camila Mar Elizalde

Vuelo simulado

Santiago Cantero Sánchez

Primer lugar

En este mundo sólo hay dos cosas que me encantan: los videojuegos y los aviones. Por eso soy piloto. Llevo 13 años volando por diferentes partes del mundo y más de 22,000 horas de vuelo, pero después de lo que pasó no estoy seguro de si quiero volver a volar.

En mi trabajo vuelo un Boeing 787-9, un avión intercontinental. Cada mes hago por lo menos tres vuelos a Madrid, así que es algo normal para mí. Hace una semana llegué a mi casa en la CDMX para pasar el fin de semana. Normalmente los fines de semana los dedico a jugar videojuegos o simuladores de aviones, aunque ese día no pude jugar mucho, ya que tenía que dormirme temprano porque el lunes tenía un vuelo a Madrid.

En la mañana del lunes, me preparé para el vuelo y observé el plan de vuelo. Íbamos a hacer la ruta habitual, pasando por el Triángulo de las Bermudas.

Al momento del despegue el clima era soleado, pero a las tres horas de vuelo, a la altura de Florida (por el Triángulo de las Bermudas), nos alcanzó una tormenta. Esta se fue intensificando hasta que se convirtió en una tormenta eléctrica. Se empezaron a sentir muchas turbulencias en el avión, la nave se agitaba mucho más de lo normal, incluso llegaron los sobrecargos a decirme que los pasajeros estaban muy nerviosos y que ya varios tenían mareos y estaban en crisis de pánico. También se escuchaban hasta la cabina, a lo lejos, los llantos de los bebés.

De repente, hubo un flash, algo difícil de describir, una luz intensa y deslumbrante, muy rápida. Después un “¡Bum!”

Un sonido estruendoso que nos asustó a todos. Una alarma saltó y enseguida me di cuenta, en el panel del avión, de que el piloto automático se había deshabilitado. Tuve que tomar el mando del avión. Le pedí a Jorge, mi copiloto, que intentase reactivar el piloto automático mientras yo trataba de controlar el avión. Nunca me había pasado algo así, pero como piloto uno se prepara por años para resolver este tipo de situaciones. Y la resolvimos. Continuamos con la ruta a Madrid y logramos salir de la tormenta.

Me quedé pensando en el motivo de la luz y del sonido tan fuerte, pero no le di mucha importancia porque es común que los aviones reciban rayos durante las tormentas. Los aviones están diseñados para eso. Tampoco le pusimos mucha atención a lo que había pasado con el piloto automático. Jorge y yo nos concentramos en seguir la ruta y darles un mejor vuelo a los doscientos setenta y cuatro pasajeros que había a bordo. Ya se habían asustado demasiado.

Lo que sí empezamos a notar fue que después del evento las nubes se veían muy particulares. Me es difícil describirlas, pero algo era diferente en ellas. Tal vez tenían colores un poco más vivos. Otra cosa extraña que pasó fue que cuando nos comunicamos con la torre de control, el controlador aéreo hablaba de una manera diferente a lo habitual. Repetía las mismas frases, me daba instrucciones, pero no se despedía de mí como siempre. También hablaba de una manera muy clara, muy precisa, casi perfecta.

Después de 5 horas más en vuelo, nos preparamos para el descenso. De repente, creí ver que una montaña desapareció de la nada. Pestañeeé y me di cuenta de que la montaña seguía ahí.

Ya descendiendo, vimos aviones a lo lejos que hacían movimientos extraños. En el último tramo del vuelo, llegando al aeropuerto, las cosas se veían irreales. Sí era el aeropuerto de Barajas, pero no lo parecía completamente.

Jorge y yo nos dispusimos al aterrizaje y justo tratando de tocar tierra, perdimos el control del avión. Hicimos todo lo posible, tratamos de controlarlo, pero no pudimos, era como si alguien más tuviera el mando del avión. El timón viró a la

izquierda por sí mismo y el avión se estrelló fuera de la pista. Todo se volvió negro y lo único que podíamos ver era un texto flotante frente a nosotros que decía “Te has estrellado”, y dos cosas, como si fueran botones, que decían “Reintentar” y “Volver al menú”.

Entonces todo cobró sentido: el rayo en el triángulo de las Bermudas, las nubes pixeladas, el controlador aéreo robotizado, la montaña que desapareció, el aeropuerto extraño, la pérdida del control y los textos después de habernos estrellado. Todo eso pasa en el videojuego que jugaba cada fin de semana.

¿Será posible que me volví parte de un videojuego?

La calma

Alicia Camila Damián Villegas

Segundo lugar

Desconozco cuál fue el momento preciso en el que llegó, por qué o siquiera quién la dejó entrar, quién le abrió la puerta, cuáles eran sus intenciones y por qué decidió quedarse. Todo estaba en aparente calma, las palabras sonaban como si estuvieran flotando flores en el agua, tan delicadas y serenas; todo tenía un significado y un valor. La luz entraba por las ventanas llenando de un suave y reconfortante calor toda la habitación, lo que creaba la impresión de que el tiempo simplemente no pasaba y la calma permanecía. Mi pluma se deslizaba sola, las palabras bailaban serenamente logrando plasmar un mar de pensamientos. Pero todo esto perdió su significado y ya no importaba más, ya que repentinamente y sin previo aviso, irrumpió en mi vida como marea y provocó un gran disturbio en cada rincón de mi ser.

Cómo supo mis pensamientos o miedos más profundos es un misterio aún más grande para mí, la manera en que penetró en lo más oscuro de mi mente. Acechándome, día tras noche, minuto a minuto, cuando menos lo esperaba, con su inquietante presencia; me atormentaba, me enloquecía verla, sentirla adentrarse cada vez más hondo en mi ser, para llevarse mi tranquilidad, mi paz y con eso mi esencia. No sé cómo me ahogué en este mar de inquietud, donde el azul parecía eterno y el silencio constante. Se me fue de las manos y con el tiempo, poco a poco, le permití que acabara con cada luz de mi vida, dejándome en completa oscuridad. Tenía el control que ahora yo ya no tenía sobre mí, robando mi calma, aquella que alguna vez tuve.

Se apoderó de cada pequeña acción que tomaba; ni siquiera podía escribir apropiadamente; palabras que alguna vez fluyeron como río ahora ni siquiera llegaban a mi mente, no podía leer ni pensar. Algo que era de lo más cotidiano ahora era un infierno; libros que fueron el espejo de mi alma ahora eran letras sin sentido. Estaba en todas partes de la casa, la miraba pasar a través de la ventana, en la cocina; sentía su presencia cuando me encontraba sentada en el sofá; no había lugar en el que me sintiera segura, en cualquier lugar de donde alguna vez fue mi refugio ahora me sentía ajena. Escuchaba sus pasos, lentos y sigilosos, pero a la vez fuertes y pesados; podía ver su reflejo en todas partes, a veces tan claro y preciso y otras sólo como una silueta difusa y tenue, como bruma después de una tormenta.

El miedo me invadía cada vez más, me fue carcomiendo lentamente, sobre todo en las noches donde temía que me atacara en la oscuridad, donde sólo la luna podría ser testigo, ya que nadie más sería capaz de ver, de oír mis gritos y menos de ayudarme. No había alguien que mostrara molestia ante su presencia e incluso parecía que no la veían, a pesar de que vivía libremente en cada rincón de la casa; no notaba el daño que me causaba. Escuchaba su voz a pesar de que no estuviera alrededor, sentía su respiración detrás de mí, mas al voltear ya no estaba. No soy capaz de describir el cómo lentamente se llevó todo lo que alguna vez fui y dejó solamente lo que quedaba plasmado en papel.

Decidí enfrentarla incontables veces, una y otra vez lo intenté, pero era inservible, pues sólo me ignoraba y se alejaba sin dejar rastro, lo que solamente me reafirmaba cómo había permitido que se robara mi calma. Ella conocía mis debilidades, mis miedos, mis secretos, incluso mejor que yo. Poco a poco, con cada acecho, con cada pensamiento, con cada ataque, fui cayendo en la conclusión de que el tiempo se estaba agotando; veía los días pasar de sol, convertirse en semanas, después en meses y luego en años. Cuando me miraba al espejo sin reconocirme, pensaba en cuánto tiempo había pasado desde el último momento de calma. Tenía que acabar con esto

antes de que ella acabara conmigo. Y si no hacía nada pronto para acabarlo, sabía que ella lo haría, ya que era mucho más fuerte que yo.

Mas cómo acabas con algo o con alguien que tiene más poder sobre ti, más poder que tú misma. Había devastado mi vida, mis sueños, mi ser, no quedaba nada más que un cuerpo donde alguna vez habitó un alma. Ni siquiera podía recordar a la persona que alguna vez fui.

Apresuradamente, sin pensarlo, sabiendo que no sería la mejor opción, decidí que sería en el río, lejos de mi casa para que no hubiera rastro de mi decisión y el lugar que amo siguiera siendo el mismo sin alteraciones, sin marca, sin mancha, donde nadie supiera lo que realmente pasó.

Desesperadamente tomé mi pluma, titubeaba, no podía concentrarme, su continua presencia no me soltaba, no dejaba de escucharla. No sabía qué decir, intentaba explicar cómo me sentía, qué haría, cómo lo haría, pero mi mente era un remolino que sólo quería callar. Al fin logré posicionar la pluma en el papel y plasmar aunque fuera solo una pequeña pista de todo lo que realmente estaba sintiendo dentro de mí, no quería desaparecer por completo y quién mejor para saberlo que mi amado, a quien le debía toda la felicidad de mi vida, aunque sabía que estaba devastando la suya.

Entonces, una tarde de marzo me dirigí al río, tomé mi abrigo, deliberadamente lleno, con pasos lentos y pesados casi arrastrando los pies, sin saber exactamente qué haría, únicamente teniendo en mente que podría acabar con el tormento que había cargado a lo largo de tanto tiempo. A cada paso que daba me alejaba de mi hogar, de la vida que alguna vez tuve, todo era lúgubre, sentía cómo la bruma fría cubría todo, haciendo desaparecer lo que estuviera en su paso, dejando la calma y el calor detrás e indicando que era el final.

Finalmente llegué al río tras un camino lleno de pensamientos que se alojaban en mi cabeza, preguntándome si era realmente lo correcto o había cometido un gran error. Sin embargo, como esperaba, estaba ahí, la veía claramente en el agua, su reflejo me miraba, con esa mirada penetrante y su

presencia inquietante. Sabía que no iba a dejar de atormentarme, estaba en todos lados y no desaparecería.

Conforme me adentraba en el agua, la sentía cada vez más lejana, más tenue; a la par que el agua cubría mi rostro, dejaba de respirar. Su imagen se desvanecía en el aire y se perdía al mismo tiempo que mi última exhalación, entonces, en ese momento, entendí que había acabado conmigo. Sentí el batir de una ola, fría y cortante al mismo tiempo, recorriendo todo mi cuerpo hasta que la paz del silencio dominó todo mi ser, al fin...la calma.

Entonces se pone su abrigo, al que previamente había cargado con piedras, y lentamente baja al río Ouse para al fin conseguir lo que ya había escrito en varias de sus novelas: suicidarse y así terminar con la luz cada vez más opaca de su poesía, inolvidable pozo del que se alimentó durante toda su vida.

“La vida es un sueño, el despertar es lo que nos mata”

(Virginia Woolf)

Dolores de cabeza, que podrían ser del mismo tipo que los tuyos

Yaretzi Romina Pérez Montero

Tercer lugar

Es un día hermoso con el cielo cálidamente despejado. En un pequeño y muy conocido pueblo, vive una linda y funcional familia con un solo hijo y dos amigables perros. Ese hijo único, nombrado Lionel, tiene 11 años, asiste a la escuela primaria, obtiene calificaciones regulares, es algo introvertido y aunque no es tímido, tampoco podría decirse que el socializar y el conocer gente nueva sea su pasatiempo favorito, por lo que su grupo de amigos es reducido.

Cabe mencionar que Lio, como lo llaman sus amigos, es un boy scout excepcional; sabe cuidarse, defender a otros y hacer todas sus labores de boy scout a la perfección.

Lio tiene una vida bastante normal, de rutina. Despierta, se baña, se pone su ropa, baja a desayunar con su madre, y su padre se despide de él para ir al trabajo. Una vez que desayuna, se despide de su madre y de sus perros, y luego va hasta la parada del bus de su escuela. Llega, se sienta, no habla con nadie—ya que no hay gente con la que se lleve bien que vaya en su misma ruta—, arriba al colegio, después a su salón, deja sus cosas, y cuando terminan las primeras clases, sale con sus amigos a comer en la cafetería de la escuela, para más adelante continuar con sus clases. Todos los días lo mismo, la misma rutina de siempre, los mismos 23,000 respiros al día, la misma aburrida vida, aunque muy feliz. Sus padres son cariñosos con él, nunca pelean entre sí, tienen comida tres veces al día y son felices juntos.

Una agradable tarde, Lio se encontraba en su aburrido dormitorio acomodando sus cosas para irse con los demás *boy scouts*, cuando de pronto entre esas cosas encontró un lindo collar de esmeralda; dado que él no sabía cómo había llegado ahí, le preguntó a su madre.

—¡Oye, ma!

—¿Qué pasa, Lio?

—Me encontré esto. ¿Es tuyo?

—No, en realidad no creo que sea mío. Si quieres, quédate-lo, no importa, y ya apúrate, por favor, que ya te tienes que ir, no me vuelvas a mencionar ese collar.

—Sí, ya voy.

Lio se puso sus zapatos, se despidió de su madre y salió de su casa para terminar con su pequeña labor de *boy scout*.

Una vez que llegó con sus compañeros, se percató de que había un chico nuevo al que nunca había visto en aquel pequeñísimo pueblo, le pareció raro, pero asumió que probablemente acababa de llegar al lugar. De repente, de la nada, sintió una extraña necesidad de acercarse a él y hablarle, tal vez ser amigos o algo similar.

Es necesario recalcar que este tipo de sensaciones eran bastante extrañas en Lio; él no solía sentir la necesidad de hablarle a alguien.

—¡Hola!

—¡Hola!

—emmm...¿Eres nuevo aquí?

—Sí, algo así.

—¿Cómo es que te llamas?

—No sé, como tú quieras.

—mmm...bueno, yo me llamo Lio.

Después de esto, inició una conversación bastante trivial entre los chicos y, a pesar de la incómoda conversación, los dos lograron hacerse amigos o algo similar.

Puesto que ahora Lio tenía un nuevo amigo, se juntó con él todo el tiempo que estuvieron en su clase de entrenamiento de *boy scout* y así siguió haciéndolo por varios días.

Luego de dos semanas de haberlo conocido y de estar jun-

tándose con él, los dos se enteraron de que harían una clase de campamento de “supervivencia en el bosque”. Los dos estaban emocionados por esto.

Bueno, en realidad solo Lio parecía emocionado, su “amigo” sólomente decía estarlo, pero no lo parecía en realidad. Esto no le importó mucho a Lio y sólo lo dejó pasar.

Unos días después, el día del campamento, Lio se disponía a salir de su casa.

–¡Adiós, mamá!

–Que te vaya bien Lio, no te vayas a separar del grupo y cuídate mucho por favor.

–Sí, sí, eso haré. Adiós, mamá, te quiero. Ahora sí me voy para que no se me haga tarde.

–Adiós, Lio, yo también te quiero.

Lio siguió su trayecto hasta el punto de reunión, desde el que partirían hacia el campamento. Cuando llegó, se encontró a su amigo y, al partir, se tomaron de las manos para no perderse en el camino, sin embargo, algo extraño sucedía, pues todos miraban raro a Lio.

Eso había empezado a ocurrir desde que se hizo amigo del niño nuevo. Lio no sabía qué era lo que sucedía, pero una vez más, no le dio importancia y lo dejó pasar.

Una vez que llegaron al campamento, Lio se acomodó en una de las casas de campaña con su nuevo amigo.

Todos los *boy scouts* jugaron juntos y se divirtieron mucho; fue un muy lindo día, especialmente para Lio, pues era la primera vez que estaba fuera de casa por más de un día. Esas lindas experiencias que estaba teniendo durante su estancia en el campamento hacían que Lio quisiera volver a vivir todo lo sucedido, pero algo dentro de él no cuadraba.

Él sabía que aquello era tan bueno...que daba miedo.

Era la hora de dormir cuando Lio quiso ir al baño, pero tenía miedo, así que le pidió a su amigo que lo acompañara.

–Oye, tengo que ir al baño.

–Ah, ¿y?

–Pues acompáñame, ¿no?

–Bueno, si insistes.

Los dos chicos se encaminaron al baño... *que en realidad no era un baño como tal, solo era un rincón en el bosque, en el lúgubre y solitario bosque.*

-Lio, ya apúrate, tengo sueño y hace frío...

-¡Voy!

-¿Listo?

-Listo, pero...

-¿Qué?

-No me acuerdo cómo volver al campamento.

-Lio...Lio...

-Ya, perdón, no tengo buena memoria, de hecho siempre olvido la mayoría de las cosas.

-Bueno, pues tu chistecito ahora hará que nos perdamos.

-Ya, déjame.

-¿Cómo planeas salir de esta?

-No sé, tú piensa en algo, ahora mismo no puedo pensar en nada.

-Yo no sé nada, sólo sé que ya deberías acabar, esto me cansa más a mí que a ti.

-¿Qué?

-Hola, Lio.

-¿Y tú quién eres?

-Soy quien tú quieras que sea.

-Oye, amigo, ¿a dónde te fuiste? No te veo, está todo oscuro y hay una chica o chico, no sé qué sea, pero me está hablando. ¿Estoy alucinando?

-¡Lio!

-¿Qué?

De repente, Lio empezó a correr tanto como pudo *o al menos eso creía*. Corrió sin rumbo, sin saber lo que hacía, hasta que cayó, cayó tan profundo que no se sentía vivo. Él creía que ese sería su fin...*pero ese fin estaba solo un poco más adelante, sólo sé paciente...igual no necesitarás tanta paciencia.*

Dado que los chicos se habían perdido en el bosque, sus compañeros y los maestros encargados se preocuparon por ellos, por lo que decidieron ir a buscarlos, sin embargo, no pudieron encontrar nada, así que al final optaron por llamar a la

policía. Una vez que la policía llegó, iniciaron la investigación y, tras una muy breve búsqueda, finalmente los encontraron, sanos y salvos, dormidos en un rincón del bosque.

Los padres de Lio se habían preocupado mucho, incluso llegaron a pensar en no volver a dejarlo salir. Cuando por fin pudieron ver a su amado hijo, lo abrazaron tan fuerte como pudieron; aquel fue un abrazo tan fuerte y tan lindo, que definitivamente fue el mejor abrazo que Lio había vivido en su vida.

Cuando Lio terminó de desempacar en su casa, sus padres lo sorprendieron con una bienvenida, aliviados porque estuviera sano y, obviamente, igualmente agradecidos de que lo hubieran encontrado.

Al parecer tuvieron buena suerte...

Espera, todo esto me está dando la sensación como narradora de que no fue así de fácil...de hecho, ahora que lo recuerdo, ni siquiera conozco el nombre del niño, del supuesto amigo de Lio, pero se supone que debería recordarlo. ¿Acaso tenía nombre?... Estoy algo confundida...

Después de superar mi estado de confusión, finalmente lo entiendo todo. Yo, como narradora, sé que algo no pudo haber salido tan sorprendentemente bien, tan bien que no pareciese real...Pues claro que no era real. Lamento tener que mostrarle la realidad a Lio, pero su amigo lo ayudará a afrontar la realidad y tú, narrador, sólo disfruta de la bizarra confusión de nuestro protagonista.

—Oye, Lio...

—¿Qué pasa?

—¿Ya no estamos perdidos?

—No. ¿Acaso no recuerdas que nos encontró un policía?

—¿Crees que en realidad lo hizo?

—Pues estamos aquí...

—Retrocedamos un poco.

—¿Cómo?... No te entiendo ¿Qué? ¿Te traumaste o qué te pasó?...

— ¡Ay, mi cabeza!...Estos dolores...

—¿Desde hace cuánto y por qué tienes esos dolores, Lio?

— ¿De cuándo a acá tanto interés?

–Como sea.

–Pues los tengo desde siempre, no sé por qué. Es como cuando piensas demasiado en un problema de matemáticas, el cual requiere mucho esfuerzo.

–Yo sí sé por qué.

–¿En serio? ¿Por qué?

–Tu cabeza hace mucho esfuerzo, Lio...

–No entiendo.

–Yo, tu linda y feliz vida... ya ni siquiera pudiste ponerme un nombre. Tu cabeza ha utilizado todo lo que tiene.

–¿Qué?

Lio no puede afrontar la realidad, espero que ya te hayas dado cuenta. ¿Crees que los encontraron? ¿En serio lo crees? ¿En serio crees que fue tan fácil?

–Lio, tu cabeza ya no aguanta, tengo que mostrarte qué es lo que en realidad pasa...

–Medícate, loco. Sé que eres mi amigo, pero ahora mismo preferiría que no lo fueras.

–No estoy loca. Ven. Y no, no soy “tu amigo”, tu amigo se fue desde que se nos acabó la creatividad.

–No quiero ir contigo, me das miedo. ¡Aléjate! ¡Déjame en paz!

Lio retrocedió al ver que yo no era su amigo y, de manera discreta, intentó huir...Pero no puedes huir de ti mismo...supongo.

–No tienes opción.

Después de esto, a Lio le dio el peor dolor de cabeza que había sufrido en su vida.

–Mira, Lio, te contaré tu vida y mientras lo hago, te dolerá más la cabeza.

–No te entiendo. ¡Basta!...

–Lionel tiene once años, casi doce, vive en una pequeña casucha pobre y miserable. Su papá nunca está y su madre es alcohólica. Hace tiempo encontraste un collar de tu hermana difunta, un lindo collar de esmeraldas, y ahora lo cargas como amuleto de buena suerte, pero en realidad ese collar fue lo que me permitió acercarme a ti; con un objeto que te podía traer recuerdos, fue más fácil empezar a mostrarte la realidad.

No te esfuerzas nada en la escuela y sacas malas calificaciones. Viste a tu mamá rogarle a tu papá que se quedara con ustedes, y él lo hizo, pero sinceramente no sé si eso fue mejor o peor. Todos te dicen fenómeno y te hacen *bullying*; tienes dos amigos, pero te tratan horrible y te usan como esclavo, así que en verdad no tienes amigos. Le das asco a todos. Tu mamá y tu papá te pegan, te maltratan; tu papá engaña a tu madre en tu propia casa. Están endeudados, aproximadamente con 19 millones de pesos. Te han puesto a trabajar aun siendo menor de edad, y tus padres dejaron morir a tu hermana difunta, así que terminaste odiándolos.

—Me duele demasiado la cabeza. ¡Voy a morir!

—Si te soy sincera, me das lastima. Adiós, Lio.

La cabeza de Lio no aguantó más, así que murió de un paro cardíaco. Lio no pudo con su realidad.

Cuando los policías encontraron a Lio, él ya estaba muerto y, obviamente, estaba solo.

A su madre le afectó muchísimo la pérdida de Lio, tanto así que terminó acabando con su propia vida a pesar de que parecía no querer en absoluto a Lio; a su papá, poco le importó.

Por el contrario, a los investigadores de la policía les parecía algo muy extraño la muerte de Lio; ellos estaban confundidos, así que abrieron una investigación para conocer lo que había pasado. Entrevistaron a todos los integrantes del grupo de los *boy scouts*, incluidos los maestros, pero nadie sabía nada, sólo sabían que alguien había visto a Lio pararse a mitad de la noche —lo más probable es que fuese para ir al baño—, pero no sabían nada más. Debido a la falta de información, los investigadores decidieron inspeccionar lo que Lio traía en su mochila, para ver si traía drogas o algo que le pudiera haber provocado el paro cardíaco que detectó la autopsia, pero él no tenía nada, sólo tenía mudas de ropa, un par de zapatos y un diario personal.

Ese diario logró que los investigadores descubrieran que Lio no percibía la realidad de forma correcta, pues varias de las cosas escritas en ese diario no eran verdad. Lograron saber que no lo eran ya que sometieron a su padre a un cuestiona-

rio y, aparte de todo, él les contó las extrañas conductas que poseía su hijo de más pequeño. Claro que las conductas que se les comunicaron a los investigadores no eran muchas, puesto que su padre estuvo muy ausente, pero fueron las suficientes como para descubrir que Lio padecía un trastorno mental que distorsionaba la percepción de la realidad...Lio era esquizofrénico, un esquizofrénico raro y peculiar.

Sólo espero que tú no sufras del mismo trágico trastorno mental del que Lio sufría.

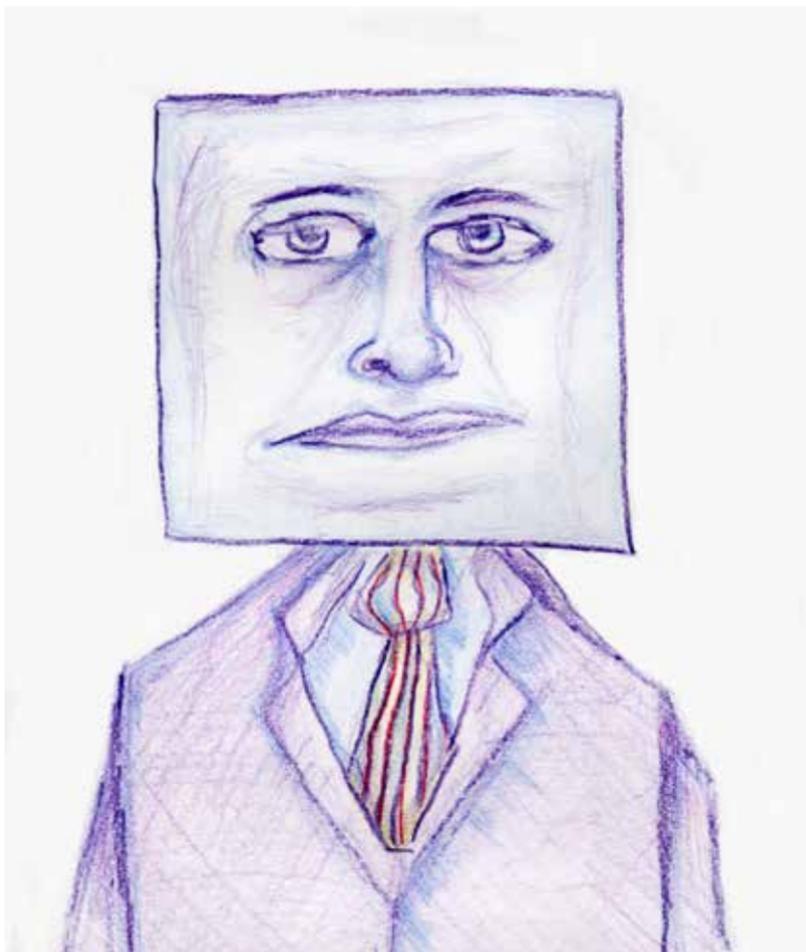


Ilustración: Teo Calvillo Kemp

You're Nothing Without Me

Aoki Hernández Juárez

Mención honorífica

I

La esposa perfecta, eso era. Tenía el esposo perfecto, que salía a trabajar al dar las ocho en punto, ya que un esposo perfecto es también un empleado perfecto; regresaba del trabajo a la hora perfecta, justo cuando ella había terminado de hacer las labores de la casa y ya tenía la cena perfecta preparada, pues obviamente ella se encargaba de la casa y el de traer dinero, como lo hacen las parejas normal y moralmente perfectas en Westville.

Westville... ¿Cómo describirlo?... El pueblo perfecto, ideal para todas las parejas y familias perfectas. Tenía un hermoso vecindario con casas perfectamente perfectas, cada una con un hermoso patio con pasto verde y un lugar de estacionamiento para los coches de los maridos que vivían en cada casa, pues en Westville no existía una sola pareja o familia sin un esposo y esposa, un equilibrio perfecto. Tampoco había atracos y mucho menos crímenes por resolver, ya que ahí nunca habían sucedido crímenes que investigar.

Ella era la esposa más perfecta entre todas. Obviamente, también era la más feliz, pues lo poseía todo; el esposo más guapo, el pasto más verde, una hermosa cabellera y se rumoreaba por ahí, que también tenía el mejor sazón, ya que su pastel de carne era famoso por hacer que cualquiera que probara un bocado de ese exquisito manjar, no pudiera dejar de comer.

II

Era temprano por la mañana y ella se había despertado para hacerle el desayuno a su esposo como de costumbre; los pajarrillos empezaban a cantar y por la radio se anunciaba que iba a ser un día soleado.

“¡Muy buenos días, habitantes de Westville! El pronóstico para el día de hoy dice que va a ser un día perfectamente soleado”.

–¡Ah, qué bien! ¡El clima va a ser perfecto para comer pastel de carne junto con el vino que Gerard tiene tantas ganas de probar! –dijo ella mientras terminaba de empacar el desayuno de su esposo.

Estaba feliz. Y cómo no estarlo si ese día era su aniversario de tres años de casada, por lo que su esposo y ella habían decidido que él se tomaría medio día de trabajo para pasar la tarde juntos viendo películas, y en la noche tener una cena romántica como solían hacer cuando tenían tan solo veinte años. Así estaba ella, pensando en lo perfecto que sería ese día, cuando su esposo entró en la cocina para poder tomar una taza de café y recoger su desayuno.

–Buenos días, cariño –dijo él depositando un tierno beso en la mejilla de su esposa.

–Buenos días. ¿Cómo dormiste?

–Perfecto, gracias –respondió con una gran sonrisa mientras se servía un poco de café–. Escuché que hoy habrá un día soleado y pensé que sería perfecto para comer un poco de pastel de carne y probar ese vino al que tantas ganas le traigo.

–¡Justo estaba pensando en eso! ¡Qué bueno que lo hayas mencionado! Así puedo pedirte un poco de dinero extra para poder salir y comprar el vino junto con todo lo demás que necesito para hacer la cena. ¿Cómo dijiste que se llamaba?

–Se llama Gevrey-Chambertin. Te voy a dar dos mil para que vayas a comprar lo que necesitas y si sobra algo, cómprate algo bonito –dijo mientras estiraba un fajo de billetes.

–Gracias, cariño– respondió ella mientras recibía el dinero y le entregaba su lonchera.

–Sí, ya me tengo que ir.

–¡Adiós, cariño!

–¡Adiós! –remató él–, y por último, depositó un beso en la mejilla de su esposa para salir hacia su trabajo.

Eran las ocho en punto, justo como debía ser: Gerard yéndose al trabajo y ella empezando las labores de la casa.

III

Eran las nueve y media y ella ya había terminado todas las labores de casa como era de esperarse de una esposa perfecta, así que se alistaba para poder salir a comprar las cosas necesarias para la cena, acomodándose el vestido, las medias, el cabello y el maquillaje, pues una esposa perfecta nunca se deja ver desarreglada.

Estaba ya en la tienda de frutas cuando vio pasar a una vecina muy amiga suya, por lo que decidió acercarse a charlar un momento con ella.

–¡Hola! ¿Cómo te encuentras? –dijo con una amable sonrisa, muy característica de ella.

–¡Hola! Muy bien, gracias. ¿Y tú? –respondió su amiga Vero que llevas cosas para hacer pastel de carne, según mal no recuerdo, es tu tercer aniversario con Gerard, ¿no?

–Sí, hoy es nuestro aniversario, y creí que sería buena idea hacerle su comida favorita, ya que me enteré por ahí que hay posibilidades de que le den un ascenso.

–¡Oh, qué afortunada eres de tenerlo! Se ve que es un esposo perfecto –exclamó–, para después darle una sutil mirada a la pierna de su acompañante, la cual no fue desapercibida. –Lo siento, no pude evitar darme cuenta de que te has lastimado.

–Ah, sí, eso...Me corté por accidente cuando estaba cocinando; un cuchillo se me resbaló y pues...me corté, pero ya no duele, es solo un pequeño raspón.

–Espero que te recuperes –contestó su amiga con un tono preocupado mientras miraba hacia su reloj– ¡Mira la hora que es! Me tengo que ir, lo siento. ¡Bonita charla! ¡Adiós! –Y procedió a irse a paso apresurado.

A ella este encuentro no le pareció grosero en lo absoluto, sino conveniente, ya que todavía tenía que hacer una última parada en la carnicería, lo que le parecía un poco inconveniente, dado que nunca había tenido la necesidad de hacerlo en sus tres años de casada. El pollo y la res los compraba Gerard en otro pueblo, según él tenían mejor calidad, y ella se encargaba de conseguir lo que ellos comían como carne de cerdo, pues sólo la usaba para hacer el pastel de carne para Gerard. Sin embargo, ese día estaba demasiado cansada como para conseguirla como solía hacerlo, así que tuvo la necesidad de ir a comprarla a la carnicería del pueblo, sólo esperaba que Gerard no notara la diferencia.

IV

Había llegado a su casa para poder preparar todo; necesitaba terminar el pastel lo más rápido posible antes de que llegara Gerard y se diera cuenta de todo. Prendió el horno y procedió a preparar todo. Justo cuando había terminado y metido el pastel al horno, escuchó el coche de su esposo llegando, para luego escuchar cómo las llaves entraban en la cerradura de la puerta y esta era abierta.

—Justo a tiempo —dijo entre dientes para sí misma.

—¿Justo a tiempo qué, cariño? —preguntó él mientras dejaba su saco en el perchero.

—¡Tu llegada! Llegaste justo cuando terminé de preparar todo; ya podemos disfrutar toda la tarde —se apresuró a responder.

—¡Ah, qué bien! ¿Y el pastel?

—Está en el horno cocinándose.

—Pero sabes que me gusta verte cocinando —protestó mientras la agarraba de la cintura para depositar un tierno beso en sus labios.

—Sí, lo sé...Pero esta vez le agregué un ingrediente extra que se necesita cocinar más tiempo. Espero que te guste.

—Está bien. Y dime, cariño, ¿cómo sigue tu pierna?

—¿Mi pierna? Se encuentra bien, ya no duele tanto como antes.

–Mmm...¡Qué bien! ¿Puedo ver cómo sigue?

–¡No!

–¿No? ¿Por qué no? Digo, si se pudiera saber... –replicó él con un tono de enojo en su voz.

–¡Es que todavía me duele mucho! Por lo de antes. Sabes que es muy doloroso recolectar la carne.

–Bueno, lo dejaré pasar sólo esta vez.

–Gracias –dijo aliviada.

Agradeció que su esposo no hubiera insistido más, ya que si hubiera visto la herida ya cerrada, hubiera descubierto todo.

Él procedió a sentarse para empezar a ver la televisión y ella, como buena esposa, le prendió la televisión y le trajo una cerveza fría.

Había terminado la primera película, Coraline, que desató una pequeña discusión en la pareja, nada grave, pero los dos tenían puntos de vista diferentes. Ella pensaba que Coraline, la protagonista, era muy valiente y no necesitaba depender de nadie para hacer lo que había hecho, mientras que él pensaba que era una chica muy insolente por no dejar al chico resolver el problema.

–¿Estás insinuando que una chica no puede hacer sola cosas que no sean del hogar?

–Pues claro. ¿Tú en serio crees que podrías sobrevivir sin mí?

–¡Claro! Yo soy una mujer que puede con todo –dijo ya enojada.

–¡Ja! Mira, mujer –comenzó a decir mientras se enderezaba en el sillón para verla mejor–, ninguna mujer, nunca, ha logrado nada sin su esposo. ¡Tú no eres nada sin mí! ¿Entiendes, mujer? No quiero que vuelvas a repetir esa tontería.

–Está bien.

V

Ya entrada la tarde, marido y mujer se dispusieron a empezar a cenar. Fue una agradable cena hasta que se aprestaron a probar el pastel de carne. Era el momento de la verdad. Gerard tomó un bocado...dos...tres...hizo una pausa y dijo con voz seria.

–Sabe distinto.

–Ah, sí, debe de ser por el ingrediente extra.

–No –demandó él–, no es eso, la carne...

–¿Qué tiene la carne, cariño?

–Sabe rara.

–¿Rara? Qué extraño, usé la misma de siempre... Tu favorita –dijo con obvia angustia.

–Kristina, no me mientas.

–¿Desde cuándo me llamas por mi nombre?

–Desde que me mientes. Hablé con el carnicero –dijo mientras tomaba un bocado–. No puedo creer que me hayas intentado mentir en la cara; fuiste hoy a comprar carne para hacer el pastel. ¡¿Qué te pasa, mujer?! ¿Estás loca? –gritó mientras se paraba abruptamente de su asiento– ¡Yo, que todo te lo doy! ¿Acaso intentas envenenarme?

–No, claro que no, es sólo que estoy demasiado cansada como para hacer más carne. Sé que te gusta la carne fresca, pero...

–¡¿Pero qué?! Yo te di instrucciones muy claras de que quería carne fresca ¿Acaso te tengo que volver a enseñar cómo obedecer? ¿No tuviste suficiente con la vez anterior?

Estaba furioso, no paraba de gritar, pero algo en Kristina no estaba bien, no se veía asustada como la vez anterior, más bien se veía enojada.

–¿Qué vas a hacerme, eh? ¿Piensas matarme? ¡Sin mí no eres nada! –siguió gritando.

Cómo desearía no haber dicho eso, ya que al parecer algo en el interior de su mujer se incendió.

–¿Matarte? No podría hacerte algo así, cariño –dijo ella con voz amable–, y el esposo, creyendo que había salido victorioso esbozó una sonrisa.

–Yo solamente te puedo pensar cuidándome, no muerto.

–Lo sé, me necesitas.

–Sí...te necesito, pero ya es momento de que cumplas con tu deber como esposo –dijo– y dio un largo suspiro, –alimentarme.

La sonrisa de él se borró en un instante, pues al parecer había captado las intenciones de su esposa.

VI

Eran las nueve de la noche y los únicos sonidos que salían de la boca de Gerard eran maldiciones hacia su esposa y alaridos de dolor. La escena era horrible... horriblemente perfecta. Gerard, atado de brazos y piernas –bueno, de la pierna–, pues su esposa había decidido que de ahora en adelante ella sería la que recibiría la carne fresca.

Después de cenar se fue a la cama, sería una buena noche.

VII

Era temprano por la mañana y se había despertado para hacerle el desayuno a su esposo como de costumbre. Los pajarillos empezaban a cantar y por la radio se anunciaba que iba a ser un día soleado.

“¡Muy buenos días, habitantes de Westville! El pronóstico para el día de hoy dice que va a ser un día perfectamente soleado”

–¡Ah, qué bien! ¡El clima va a ser perfecto para comer pastel de carne junto con el vino que Gerard tiene tantas ganas de probar! –mencionó mientras terminaba de empacar el desayuno de su esposo– ¿El clima va a ser perfecto para comer pastel de carne junto con el vino que Gerard tiene tantas ganas de probar?...Esto ya había pasado antes –se dijo a sí misma.

El día se había repetido y se volvería a repetir hasta que ella cambiara sus acciones, ya que después de todo...una mujer no es nada sin su esposo, ¿verdad?

El perro infernal

América Ayanami Clara Vázquez

Mención honorífica

Se dice que el jefe de la familia Masson, Oliver Masson, ofreció su alma al diablo a cambio de riquezas y años de bienestar a su familia, así como a sus futuras generaciones, pero lo que él nunca advirtió es que el diablo ya tenía otros planes, pues es muy sabido que el diablo nunca cumple con sus promesas.

Oliver Masson y su esposa tuvieron cinco hijos; cuatro niñas y un niño, este último era el favorito del señor Masson.

Desde el comienzo del pacto infernal, la familia Masson ganó millones de pesos por sus grandes parcelas, todas dedicadas al sembradío de café, chiles, tomates, maíz y muchos otros productos, así como por sus miles de cabezas de ganado, cuyos beneficios lograron comercializar en todo el país. Asimismo, la gran riqueza que acumularon les permitió casar a su segunda hija con un joven perteneciente a una de las familias más importantes de la ciudad, la familia Bernard. De tal forma, todo pintaba color de rosa y parecía que todos vivían felices y contentos.

Sin embargo, después de la muerte de Oliver Masson, la condena a la familia llegó. Primero se secaron los enormes campos de cultivo de café y a la siembra del maíz le cayó una plaga de insectos de langosta que, con su apetito feroz, devoró toda la siembra; después, una epidemia mató a la gran mayoría del ganado, lo que generó que los Masson perdieran millones de pesos, y así fue sucediendo con todas las cosechas y las siembras que habían realizado en sus tierras. Más y más tragedias pasaban en la familia; misteriosamente perdieron la cosecha de zanahorias, una de sus haciendas se infestó de

cucarachas, y las dos hijas mayores de la familia fallecieron en situaciones inexplicables y que podrían parecer bastante extrañas.

Por su parte, Evelyn, una de las dos hijas de la familia Masson que quedaban vivas, estaba decidida a maldecir aún más a su familia, ya que ella había sido ignorada por todos sus familiares, al ser considerada la hija más rara, pues tenía un gusto inexplicable por las hierbas y sus usos para atormentar al cuerpo humano. Además, se le acusaba de brujería, debido a que había salvado a su abuela, bastante enferma, con rituales extraños y -claro- con hierbas que tenía en su habitación. A razón de esto, desde niña la habían mandado a vivir a una hacienda lejana perteneciente a su familia, por lo que había vivido siempre en soledad.

Las circunstancias en las que había vivido Evelyn la orillaron a tener un gran resentimiento por todos los miembros de su familia, a quienes consideraba sus enemigos. Esto la motivó a pensar que su familia debía pagar por la falta de atención que había sufrido y por el rechazo que había experimentado a causa de sus gustos raros.

Una noche de luna llena, en medio de la hacienda y dentro de un escenario que parecía terrorífico, Evelyn empezó con su ritual. Primero colocó un muñeco vudú con la forma de su hermano menor, pues él era quien había dado la idea de alejarla de la familia, además, desde que ella era niña, la había menospreciado por ser la única de los hermanos con los ojos parecidos a los de su padre. Comenzó torciendo el muñeco vudú y terminó clavándole muchos alfileres y pequeños cuchillos, pues era tal el odio que le tenía a su hermano, que quería que su vida terminara de manera trágica. No obstante, esto no sació su sed de venganza, por lo que decidió invocar al diablo y ofrecerle su alma a cambio de que él acabara con todos los miembros que quedaban vivos de su familia.

De repente, en medio de la hacienda se escuchó una voz misteriosa y grave.

—¿Con qué esperas que los condene? —preguntó la extraña voz

—Esperaba que lo preguntaras —respondió Evelyn—. No quiero que tengan una muerte rápida, quiero que un ser del otro mundo llegue a ellos como algo tierno y honesto, pero más adelante se torne en su contra y los vaya eliminando uno por uno.

Después de que la voz extraña escuchara el deseo maldito de Evelyn hacia su familia, ésta le prometió que eso haría. Evelyn rió de manera macabra y, para cerrar el trato, derramó unas gotas de su sangre en medio de unos símbolos extraños que había pintado en la tierra.

A la mañana siguiente, encontraron al hermano de Evelyn retorcido en su cuarto, una habitación de paredes azules y grandes ventanas, adornada con los mejores juguetes de la época. Se encontraba en su cama, acostado y con los ojos hundidos; en su cuerpo se observaban algunas heridas punzantes que habían cubierto de sangre las blancas sábanas que cubrían la cama.

Cuando Evelyn se enteró, comenzó a reír con demencia. Su risa fue tan fuerte que si alguien hubiera estado cerca de ella, lo habría dejado sordo.

El caso de su hermano quedó sin respuesta alguna, pues se tenía certeza de que nadie había entrado a su habitación durante la noche; parecía que el ritual vudú realizado por Evelyn había surtido un efecto mágico en esta tragedia. Por supuesto las chismosas del pueblo rumoreaban que dicha muerte había sido causada por actos de brujería y que la culpable no podía ser otra que su hermana, Evelyn, pues hacía meses que ella la practicaba.

Unos días después, llegó un pequeño perro belga a la familia, al cual era evidente que habían abandonado a propósito, pues lo habían dejado en una caja justo en frente de la mansión de la familia Masson, sin embargo, ninguno sospechó algo, mucho menos imaginó que ese perro era parte del trato diabólico de Evelyn para acabar con todos ellos. La familia acogió al cachorro, lo alimentó y cuidó, lo mimó y entrenó; fue el tesoro que logró compensar de alguna forma la serie de tragedias que habían sufrido, la que había acabado con el se-

ñor Masson, sus dos hijas mayores y con su hijo menor. El perro inmediatamente llenó de alegría los corazones de toda la familia, a excepción –claro– de Evelyn, que todavía vivía alejada de su mamá y de su hermana mayor, quienes aún vivían.

Al enterarse de la llegada del perro, Evelyn se alegró, pues supo que eso significaba que su venganza pronto se cumpliría. Tal como lo había deseado, el perro pronto comenzó a crecer y a desarrollar una gran violencia contra su hermana y su mamá, a tal grado, que ninguna podía contener la manera rabiosa con la que las atacaba. Esto ocasionó que el perro fuera abandonado y encerrado en una bodega de las tantas granjas que ahora tenían vacías debido a la infertilidad de sus tierras.

Pasaron los meses y el perro comenzó a tener un hambre infernal, pues la violencia que mostraba hacía difícil poder alimentarlo seguido. Una noche, el perro escapó y se dirigió a la casa de los Masson, en donde atacó y devoró a la madre y a la hermana de Evelyn. Nadie pudo explicar cómo fue que el perro no atacó a nadie más en la casa, pues en ella había muchas otras personas de la servidumbre. Tras lo ocurrido, las personas ahí presentes vieron perderse en la lejanía de la noche al perro.

Evelyn no cabía de felicidad cuando se enteró de que su deseo se había cumplido; tantos años de maltratos, groserías e injusticias recibidas por su familia habían llegado a su fin.

Pasadas dos noches de la tragedia, Evelyn comenzó a escuchar ruidos extraños afuera de su casa, mismos que la sorprendieron, pues no eran los ruidos habituales que ella escuchaba de los animales que merodeaban alrededor, por lo que decidió salir a investigar y averiguar de qué se trataba. Al salir de su casa, comenzó a observar dos puntos de un color verde fosforescente que se acercaban desde lo lejos. Los puntos se perdían por algunos segundos y volvían a aparecer cada vez más cerca, hasta que, sin que le diera tiempo de reaccionar, vio a un enorme perro brincando con sus fauces abiertas frente a su rostro. Lo único que logró hacer fue dar un pequeño suspiro que dejó escapar el aire al mismo tiempo que la vida escapaba de su cuerpo y escuchaba una voz grave y misteriosa

que le decía: “Tu deseo se ha cumplido. He terminado con todos los miembros de tu familia y ahora tu alma me pertenece”.

En sus últimos segundos de vida, Evelyn se dio cuenta de que al desear la muerte de todos los miembros de su familia se había incluido a ella misma y que el hacer tratos con el diablo nunca termina bien para nadie.

Del perro nunca más se supo nada, pero se rumora que ronda a las personas que, como Evelyn, desean el mal para todos los demás.



Ilustración: Nicole Pinal Álvarez

SECUNDARIA

Poesía

MENCIÓN HONORÍFICA

Pablo Trujillo Tapia

3º C

La luz del vacío

Pablo Trujillo Tapia

Mención honorífica

Sus ojos como soles deslumbrantes
se están ahogando en un mar de llanto
en el triste y melancólico canto
de las brisas nocturnas incesantes.

¿Será que sus bellos ojos sin vida
regresarán al estrecho sendero
que se divide como un hormiguero
con muchas rutas y ni una salida?

Se ha perdido en un camino distante,
un camino sombrío y deprimente,
donde la luz es difícil que llegue.

Y aunque trate de manera constante,
el camino misterioso en su mente
no lo verá hasta que su luz la abrigue.

SECUNDARIA

Minificción

PRIMER LUGAR

Valentina Matias Haro

3°C

SEGUNDO LUGAR

Claudio Cortés Narro

1°B

Diario de una temerosa

Valentina Matias Haro

Primer lugar

19/08/22

Mis padres siempre me enseñaron que no debo ocupar palabras que no sé qué significan. Por eso me dolió cuando me dijiste “te amo”, porque yo sabía que, a pesar de tu insistencia sobre que lo decías en serio, tú no sabes lo que es amar.

En cuanto me lo dijiste me di cuenta de que todavía no sabías lo que estabas haciendo. Yo te pedí que no lo dijeras más, pero lo seguiste repitiendo hasta el cansancio, con la excusa de que “lo decías porque era cierto”. Eres tan terco como siempre.

Al decirle a alguien “te amo”, le estás dando una llave para entrar a tu corazón, le estás dando permiso de alterar tus sentimientos.

Es la prueba definitiva de que has logrado tener un pacto en mi vida.

Yo no estoy segura de lo que tú sentiste en ese momento, tal vez tú sí me amabas con todo lo que implica, sin embargo, a pesar de que yo te tengo mucho cariño, yo no podía decir lo mismo de ti.

17/11/22

Un día precioso. Ahí estábamos tú y yo, frente a frente; el momento perfecto para soltar las palabras que antes evitaba. Me armé de valor y lo dije.

–Te amo.

Levantaste las cejas en señal de sorpresa sin decir nada, tu cara reflejaba una mezcla de pena y angustia.

–¿No me vas a responder nada? –grité.

–¡Cobarde! –te dije mientras me marchaba con lágrimas en los ojos.

Mi excusa para gritarte tal cosa –a pesar de que te amaba– era tu silencio ante mi declaración, pero en el fondo yo sabía que esas palabras de odio me las decía a mí misma.

Yo, al ser una persona tan sentimental, tenía miedo de demostrarte cuánto me importas, sin darme cuenta de que al no demostrarte mi cariño, estaba siendo egoísta.

Pensé que demostrar afecto era una vulnerabilidad, pero de lo que no me di cuenta es que también es una señal de confianza.

“¿Por qué te lo digo ahora, 3 meses después de que tú lo hiciste?” La diferencia es que ahora yo lo puedo decir sin miedos ni rencores, como siempre debió haber sido.

Inadvertidos

Claudio Cortés Narro

Segundo lugar

Dejé a Nadir entrar a mi cuarto, ya que estaba lloviendo muy fuerte. Debido a la tormenta, estaba totalmente empapado y se vio obligado a quitarse su camisa.

–¿Quieres que te preste una camisa mía?

–Sí, gracias.

Saqué una camisa de mi guardarropa y se la di.

–Bueno, ¿por qué quisiste venir?

–Mmm...para decirte la verdad... me preguntaba si podía dormir aquí.

–Sí, ¿pero por qué?

–Pues la verdad es que me he sentido medio mal sobre algo. No sé, pero me he sentido atontado...sobre ti, creo.

Mientras sus palabras me sonrojaron, también me aguanté las ganas de sentirme halagado.

–Está bien, si quieres acuéstate en mi cama, hay espacio para dos. ¿Quieres algo de tomar?

–No, sólo quiero dormirme ya. ¿Te puedes acostar conmigo?

–Eh...bueno.

Me acurruqué con Nadir, pensando en nada más que él. “¿Acaso estaba ebrio?”. Lo volteé a ver, vi cómo me estaba mirando fijamente con sus ojos color esmeralda.

—Oye, Dawn, ¿alguien te ha dicho que te ves absolutamente hermoso? Tus ojos me recuerdan a una aurora groenlandesa.

Para este punto ya me sentía más que adulado y creía que algo pasaba con él porque estaba muy coqueto conmigo.

—¿Estás ebrio?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Estás más coqueto de lo usual...

—¿Qué tiene de malo alabar a una persona hermosa?

Me sentí medio inadvertido, ya que la última vez que alguien me dio cumplidos así, me hizo cosas sin mi consentimiento, pero esta vez él sonaba genuino. Sentí como que no quería hacerme nada, sólo quería admirar mis rasgos.

—¿Me quieres besar?

—Tal vez.

Hubo un momento tenso entre nosotros, romántico. Acercamos nuestras cabezas con curiosidad, preguntándonos quién iba a hacer el primer movimiento, hasta que me agarró de los hombros y me llevó hasta sus labios. Sentí cómo mi corazón revoloteaba mientras cruzábamos los labios; el sentimiento fue irremplazable, inolvidable.

**BACHILLERATO
CCH**

*Cuento,
poesía
y
minificción*

BACHILLERATO
Cuento

PRIMER LUGAR

Julia Rojas Pereyra

6030

SEGUNDO LUGAR

Brenda Galván Castello

6040

TERCER LUGAR

Sofía Arellano Solares

4030

MENCIÓN HONORÍFICA

Alex Sandoval García

4030

MENCIÓN HONORÍFICA

Valentina Pino Soto

6041



Ilustración: Daniela Duarte Gottdiener

Verano de dioses

Julia Rojas Pereyra

Primer lugar

Para Leo

Nací en el verano, en un día de agua y calor; el sonido de las cigarras acompañó a mi madre mientras paría. Me dijo siempre que vio a los dioses cuando me escuchó llorar; seres de nube y de flores que olían a tierra mojada y a piel de bebé. Espero que sean esos mismos dioses los que se la llevaron, y no alguien más. Así quedamos sólo la mitad de mi papá y yo, porque la otra mitad se fue con mi madre también.

Mi padre estaba triste todo el tiempo y cuando sonreía era como cuando una gota cae en un lago tranquilo; deja ondas, pero siempre vuelve a la misma quietud, al mismo silencio. Aprendí a estar solo, a estar con el cielo y las ramas de los árboles y las ranas de los estanques. Aprendí a escalar a lo más alto del monte y gritar el nombre de mi madre, y a volver ronco a mi casa. Aprendí a cocinar, a coser, a vestirme, a curarme las heridas. Y al contrario de mi padre, yo jamás estuve triste. Solamente me bastaba con salir y tocar la tierra húmeda para recordar los dedos de mi madre en mi pelo, y sentir las gotas de lluvia para ver su sonrisa.

En el décimo segundo verano que viví, la música me seguía a todas partes. Las teclas de un piano crecían de la corteza de los árboles, las notas las escuchaba con cada grillo en la noche. Me sentía más cerca de los dioses de mi madre como nunca me había sentido. En el décimo tercer verano de mi vida, los dioses vinieron en forma de un cabello café con

hilos dorados y una piel suave como la tierra para sembrar; pero cuando esa misma niña con forma de dios me rompió el corazón, estuve a punto de entender la mirada de mi padre. Sin embargo, recordé la música, a mi madre, nadé en el río helado, vi el amanecer desde el monte de mi madre y de nuevo me sentí yo mismo, de nuevo recordé cómo se sentía mi piel y mi corazón y el verano en ese pueblo.

Esta historia es sobre el verano después de ese, cuando tenía catorce años y más ganas de vivir de las que nunca había sentido.

La vida en el pueblo era tranquila. Todos se conocían y aunque a veces se sentía como un hogar, a veces también se sentía como alguien que te sostiene la mano demasiado fuerte. Todos sabían quién era, todos susurraban el nombre de mi madre cuando creían que no lo escuchaba. “Pobre niño, su padre es una sombra de lo que solía ser, ¿lo recuerdas?” “No sé cómo pudo dejarlo, yo jamás abandonaría a mis hijos...” Pero mi padre me amaba, y a mi madre se la habían llevado los dioses, y yo trataba de ignorar los susurros mientras me deslizaba por callejones verdes, intentando evitar a Carolina, la niña que hacía un año me había enseñado lo que es sentirse casi triste.

Mis bolsillos estaban llenos de bellotas, porque en mi caminata había descubierto el escondite de una ardilla y había robado algunos de los capullos dorados para llevarle a mi padre. El pueblo devolvía el eco de la lluvia y se encontraba vacío; el cielo había despertado gris y mantenía a todos dentro de sus casas, refugiados del frío que recorría las calles en busca de piel descubierta.

A mí jamás me había molestado el frío; se sentía como los abrazos de mi madre. Una vez le había intentado explicar esto a mi padre y no le había agradado precisamente. “Los abrazos deben ser cálidos, Aque”, me había dicho. Yo le había intentado hacer entender que no decía frío en el mal sentido, sino en el bueno, pero solamente me había mirado más raro. Aun así, lo seguía pensando. Cada que una ráfaga de aire fresco recorría las calles, sentía las caricias de mi madre en la piel.

Salté un charco y me encaminé a mi casa, donde esperaba mi padre, seguramente leyendo o escribiendo, o quizás

viendo llover. Me arrodillé a un lado de la calle principal y escarbé entre el lodo hasta encontrar un par de gusanos rosas, que envolví con los dedos. Trepé el sauce al lado de la iglesia hasta la parte de arriba, donde las ramas se enredaban tanto que parecía otro mundo. Era uno de mis lugares favoritos en el pueblo; el escondite perfecto. Me estiré para alcanzar una de las ramas más altas, y dejé en el pequeño nido los gusanos. De inmediato, los trinos de los pájaros me agradecieron. Me quedé unos minutos encerrado en ese capullo de hojas y ramas, y luego bajé de nuevo a la lluvia y al viento, camino a mi casa.

Era una casa grande, que era de los padres de mi abuelo y de mi abuelo antes que nuestra. Era de madera oscura y estaba llena de goteras. Las enredaderas abrazaban toda la casa como dedos verdes, y desde el techo se veían los mejores atardeceres, que calentaban el suelo de piedra y pintaban todo naranja.

Esta vez, la casa estaba fría, pero no fría como los abrazos de mi madre; fría como una cueva vacía o la piel de un pez negro. Llamé a mi padre y sólo me respondió madera sorda y ventanas mojadas. Las bellotas cayeron en el suelo de piedra y rodaron a esconderse bajo los muebles y los libros. Grité y corrí en todas las habitaciones, en todos los armarios, en el jardín, en el techo, en la covacha de atrás.

Mi padre siempre estaba en casa. Siempre. Menos hoy. Hoy que hace 5 años que mi madre se había ido con sus dioses. Hoy.

Traté de respirar, pero las paredes de la casa se cerraban a mi alrededor, los grillos gritaban cada vez más fuerte y afuera el cielo se apagaba.

Corrí al pueblo en tiempo récord y golpeé cada puerta de cada viejo amigo de mi padre. Luego fui al bar, y después a la pequeña imprenta del pueblo, y después grité su nombre a las calles vacías, pero nadie sabía dónde se encontraba, y las calles me respondieron sólo con silencio.

El cielo estaba ya dormido y en cada sombra me parecía ver a mi padre, pero era sólo una liebre o un gato.

Caminé sin rumbo por el pueblo, dejando que la lluvia fina, pero constante, me envolviera cada vez más y más, hasta que se convirtió en un aguacero atronador que no me dejaba ver más allá de dos metros. Corrí a mi casa de nuevo, fingiendo que mis lágrimas eran lluvia. Las ventanas seguían abiertas y adentro todo olía a lluvia. Las ollas para las goteras se desbordaban en el suelo de piedra, y mi padre no se encontraba en ningún lado aún.

Subí al monte de mi madre, porque era el último lugar en el mundo que conocía, con pocas esperanzas, porque mi padre nunca, nunca, nunca subía allí. La lluvia amainaba y mis lágrimas corrían como ríos por mis mejillas. Grité el nombre de mi padre todo el camino, y cuando llegué a la cima, no reconocía ni mi voz ni el nombre de mi padre. El viento me animó a acercarme al borde.

La chamarra de mi padre se encontraba perfectamente doblada junto a sus zapatos y al lado de una piedra empapada.

Mi corazón se hundió en sí mismo.

Me asomé aún más a la orilla. El río corría más abajo, los árboles bailaban con el viento, que dejaba un sabor a tierra y a hojas aplastadas, y a algo más que no lograba identificar. Y mis gritos...mis gritos eran tan fuertes y desgarradores que ya no podía escucharlos; mis gritos estaban en todas las hebras de pasto, en todos los húmedos charcos, en todos los pájaros ajenos. Mis gritos eran tan fuertes que se derritieron hasta convertirse en unas lágrimas heladas que me dejaron de rodillas en el suelo, abrazando la chamarra de mi padre como si fuese él.

La luna era apenas una señal vaga en el cielo, refugiada de miradas ajenas detrás de nubes pálidas. Las estrellas brillaban especialmente fuerte ese día, los grillos sonaban tristes, y el aire secó las lágrimas cansadas de mis mejillas. Sentía los ojos arrugados y secos como nueces huecas, sin más lágrimas que dar. Entonces me recordé que yo nunca estaba triste. Me pregunté si ya estaría con mi madre y un temblor me sacudió. “Él te ha dejado también” Acallar las voces en mi cabeza; mi madre no me había dejado y mi padre tampoco lo había hecho.

Y yo nunca estoy triste. Me sequé las lágrimas colgadas en mis pestañas. Sentí una envidia extraña. Me los imaginé a los dos, sin mí, rodeados de dioses y de agua y de tierra mojada, y yo parado aquí en la punta de un monte, solo. Por una vez me sentí verdaderamente solo.

Solo, solo, solo.

Un pájaro pasó volando enfrente de las nubes, y deseé que me llevara con él.

Mi padre no regresaría y yo lo sabía. Lo había sabido desde que entré a esa casa oscura que no se parecía en nada a la mía. No regresaría, y no lo culpaba. Pero ojalá me hubieran llevado con ellos. Y quizás... quizás debía ir yo solo, quizás me estaban esperando, viéndome desde la lluvia o desde las nubes. Me levanté de entre el lodo que trataba de devorarme y me acerqué un paso más al borde del monte. Siempre había sido sólo de mi madre, pero esta noche se había convertido también en el monte de mi padre. Inspiré el aire de la noche y logré identificar ese olor, mezclado con lluvia y tierra.

Olía a mi padre y a mi madre, y a mi casa, y a mis abuelos. Olía a Carolina, a leche caliente, a madera quemándose lentamente, a hierbabuena fresca. Me imaginé a mi madre y a mi padre sosteniéndome las manos, esperándome. Volteé a ver la luna por última vez...

Las nubes me hablaron y las pude escuchar. Tenían la voz de la lluvia, y su eco era el de los pájaros recién nacidos. Los grillos parecieron callarse, las nubes parecieron más blancas y el aire más frío, como mi madre. Y me sentí triste. Ahí, por fin, escuchando a las nubes hablarme con voz de lluvia y de dios, solo y perdido, y con lágrimas secas en el rostro. Me sentí triste y enojado, y sentí celos y rabia y sentí todo lo que había estado abajo de la corteza. Brotó como savia blanca de un corte demasiado profundo, y habría sido insoportable si no tuviera a las nubes y a los dioses, y a mi madre y a mi padre, y el espacio vacío abierto como una herida ante mí. Inspiré el aire de nuevo y sentí la caricia fría de mi madre. Y sentí también una gota de calor dorado en la mejilla, una gota de mi padre. El cielo parecía más claro, las estrellas más brillantes.

Quizás estaba solo, y quizás estaba triste, pero esa noche se sintió como la primera de una nueva vida.

A este le siguieron muchos más veranos. Veranos sombríos, veranos demasiado calientes en una casa demasiado sola. Pero aun así, veranos. Veranos salvajes, salvajemente tristes, salvajemente solos. Acechados siempre por el monte al que no volvía a subir, protegidos por el mismo. Veranos observados por los Dioses, veranos manchados de envidia, de enojo y resentimiento, manchados de la sangre de mis padres. Pero empapados de viento frío, de agua tibia, de sonrisas perdidas y de perdón.

Y a veces, sólo a veces, un trago de limonada, una naranja recién arrancada sabía a mi padre. A veces un libro había sido escrito por él, a veces el vino sabía a sus abrazos.

Y a veces, sólo a veces, el agua del río se sentía como mi madre, las piedras musgosas recordaban sus ojos. A veces el café lo había hecho ella, a veces mi nariz era la suya. Y después de todo, era verano.

Y era verano, mi décimo octavo verano, cuando me despedí de la casa de madera y piedra, cuando saludé al monte de mis padres desde lejos y me despedí del pueblo, de Carolina, de los pájaros y de las nubes. Me despedí sin llorar porque iba a volver, en cuatro años, en veinte o en sesenta, iba a volver y era un hecho tan inevitable como que me iba a morir. Ese pueblo tendría siempre mi corazón, mis veranos favoritos, mi pena más grande, mi espíritu más libre.

Pero era verano, y el mundo me llamaba.

Carretera

Brenda Galván Castello

Segundo lugar

Les contaré una historia, una que nunca me atreví a contar hasta ahora, y ni siquiera es porque realmente quiera hacerlo, sino porque la culpa me está matando y no puedo con el remordimiento; no encuentro otra manera de lidiar con esto y honestamente no esperaré a que termine conmigo...primero lo haré yo mismo.

Antes, deben saber que les permito odiarme tanto como lo hago yo. Dicho esto...

Hace aproximadamente dos meses estaba conduciendo el taxi. Era un día normal haciendo mi trabajo habitual, aunque debo admitir que estaba más emocionado de lo usual, pues resulta y sucede que era el cumpleaños de mi esposa, por lo que al llegar a casa encontraría a toda la familia reunida para celebrar.

Hacía mucho que mis hijos no nos visitaban, lo que por supuesto es entendible, es decir, dos de ellos ya tienen sus propias familias y un trabajo que atender, mientras que el menor está en plena universidad. Realmente era muy poco el tiempo libre que les quedaba, sin embargo, por tratarse de una ocasión especial, los tres se hicieron el espacio y confirmaron su asistencia.

Eso es lo que le relataba a mi entonces actual pasajero. De lo emocionado que estaba, le hable un poco más sobre mis pequeños, que bueno...ya no eran tan pequeños; los mayores, Sahara y Alex, ya con sus familias formadas, y el pequeño Max, que acababa de cumplir los veintidós.

—Sólo en fechas especiales estamos reunidos —le dije al

tipo, a quien parecía agraderle mi charla—. Es difícil ver cómo se convierten en adultos y dejan el nido.

—Ese es mi gran miedo; tengo una pequeña y desde que cumplió los nueve, parece que el tiempo vuela—dijo mi pasajero.

Hablamos de un sinnfín de temas, él me contó sobre su trabajo, su hija, su esposa, entre otras cosas. La conversación fue amena y agradable; incluso terminamos hablando de esas leyendas viejas de carretera, las que suceden de noche en caminos desolados o las que sólo tienen como testigo a los taxistas que siempre relatan algo aterrador en las reuniones del trabajo o con amigos.

Nuestra conversación se vio interrumpida por algo que captó por completo nuestra atención; sinceramente era imposible no ver aquella escena.

La carretera por la que viajábamos era una de las principales, pues era de las pocas que conducía al pueblo, pero para esa hora estaba muy poco transitada. Al costado derecho, había una moto destartalada y una persona con casco y chaleco reflectivo estaba a unos escasos dos metros de ésta, o bueno... de lo que quedaba de ella.

Me detuve un poco para poder ver; a mi pasajero también le interesó la sangrienta escena, así que se asomó para echar un vistazo por la ventana.

El motociclista parecía tener los dos brazos rotos, al igual que la pierna izquierda. Sorprendentemente, aun así, y a pesar del enorme charco de sangre en el que se encontraba, seguía con vida; lo sé porque movió un brazo con dificultad, alargándolo en dirección al taxi. Cuando me detuve por completo a un lado, logré escuchar su voz, ronca y muy débil. Entre lo que dijo pude entender solo una cosa:

“Ayúdame”

Dijo otra cosa, pero no tenía sentido alguno, era algo como “aha hoy as”. La verdad es que en ese momento no me pudo haber importado menos, al contrario, me dio miedo, sabía que teníamos que irnos lo más pronto posible, por lo que miré la escena unos segundos más y luego aceleré hasta dejar atrás al moribundo.

Mi pasajero y yo nos miramos, nuestras miradas lo decían todo; estábamos de acuerdo. Muchas veces se han escuchado historias donde los que ayudan en un accidente -así en el que no hay testigos- más tarde son señalados como los culpables y terminan pagando dinero o hasta con años de cárcel, y por supuesto que no queríamos eso; esto sería un secreto desalmado entre un taxista y un pasajero cualquiera.

No volvimos a intercambiar palabra, ni siquiera al momento de que él se bajara y pagase, pero vi su mirada oscurecida, le pesaba lo que vio, le pesaba el dejarle ahí a su suerte y, honestamente, a mí también.

Camino a casa, la imagen del motociclista me bombardeó la mente. Empezaba a sentir remordimiento por haberlo ignorado incluso después de la llamada de ayuda. Sin embargo, en el fondo sabía que dejarlo así era lo mejor; me propuse ser positivo y pensar que una persona más capaz lo estaría socorriendo ya, aunque en el fondo tenía la sensación de que no era así. “Tal vez él sigue esperando ser rescatado”... “O tal vez ya esté...” “No, no me atrevo a decirlo, no me atrevo a pensarlo realmente”.

Cuando estacioné el taxi, e incluso cuando me dirigí a la puerta de la casa, mi familia había pasado a segundo plano; cada vez sentía más la necesidad de volver y ayudarlo, pero no hubiera servido de nada en ese punto, aunque lo intentara.

De pronto no sólo me atacó el remordimiento, sino también otras emociones. Sentí vergüenza, ira, miedo, y ninguna de estas tenía sentido alguno, únicamente se las logré atribuir a aquel motociclista.

Apenas me bajé del coche, asimilé que mi cabeza era un desastre; me sentía ensimismado, así que antes de abrir la puerta de la casa, me senté en el andén, frente a esta. La cabeza me estaba dando vueltas y el viento me congelaba, pero no quería que me vieran así.

Desde afuera lograba escuchar sus risas y parloteo; se escuchaban tan emocionados, que en tan sólo unos segundos me contagiaron la energía y el buen ánimo.

Todas las malas y extrañas sensaciones desaparecieron.

Me puse de pie y me acerqué a la puerta de la casa justo cuando se escuchaba el teléfono sonar, y, seguido de eso, oí a mi esposa emocionada diciendo que podría ser yo. No obstante, fue difícil concentrarme en lo que decía; el sonido del teléfono hizo que por alguna razón sólo me llegara una sensación de profundo terror, no sé por qué, pero sentí ese vacío que se experimenta al caer en picada de una montaña rusa, me sentía cayendo en un mar de incertidumbre, así que para acabar con ese horrible sentimiento, abrí la puerta.

Cuando entré, Sahara y Alex sujetaban a mi esposa con fuerza. Ella estaba gritando, la podía ver, aunque no entendía lo que decía. Bueno...sí lo entendía, o al menos las primeras tres palabras, pero mis pensamientos viajaron a otro lado... a toda velocidad...a la carretera con el motociclista para ser exactos, ese motociclista que, al escuchar a mi esposa, adquirió rostro y nombre...y las palabras tomaron todo el sentido....

“Aha hoy as” dejó de ser un balbuceo sin sentido, y el significado de aquellas palabras es el recordatorio de toda mi miseria; el motociclista supo quién era yo...

“Papá, soy Max”

Era la prueba.

El terror y la taquicardia dejaron de ser inexplicables cuando escuché a mi esposa gritar desesperadamente que el menor de mis hijos, Max, había muerto en un accidente de moto.

Lágrimas

Sofía Arellano Solares

Tercer lugar

Hace mucho, mucho tiempo, existía una princesa que había sido condenada a cuidar por sí sola a la rosa de la melancolía, la cual estaba en las montañas, muy alejada del castillo.

Habían pasado tantos años, que la historia de la princesa se había ido convirtiendo en leyenda. A los niños les contaban que la joven tenía la obligación de conservar esta rosa que –contaban– tenía un azul brillante como la de una zapatilla de cristal. Entre las malas lenguas también se decía que a la princesa se le había olvidado su nombre de lo sola que estaba. Sin embargo, esa no era la peor parte, pues había algunos que creían que le habían crecido ramas y musgo por todo el cuerpo, al tener que sentarse durante años en el pasto para cuidar la rosa.

La gente contaba que si te encontrabas a la princesa, verías sus ojos de un azul muy intenso, pero también los verías hinchados de tanto llorar, ya que con sus lágrimas regaba a la rosa de la melancolía.

–¿Pero qué es lo que hizo para merecer eso? –le preguntaba a mi madre cuando era niño.

–Nadie lo sabe –me respondía–. Pero eso no es lo importante, lo realmente importante –explicaba mi madre– es por qué le sigue llorando a la rosa de la melancolía, si nada la detiene a escapar, ni un dragón ni un ogro.

Y mi madre siempre se levantaba, me daba las buenas noches y apagaba la luz.

Un día, recolectando bayas en el bosque, escuché un sollozo muy lejano, apenas audible. Puse más atención y me paré

en seco completamente. Sí, allá a lo lejos se podía escuchar a alguien llorando. Me di media vuelta y miré hacia el castillo; no tenía permitido alejarme más de la cuenta, sólo podía llegar hasta el árbol de peras.

Me detuve a reflexionar unos segundos y escuché un tercer sollozo. La curiosidad me carcomía.

“Perdón”, dije para mis adentros, y caminé hacia las entrañas del bosque. Pronto pasé el árbol de peras y continué caminando, siguiendo el sonido del llanto. Mientras más pasos daba, el bosque se volvía más estrecho y las ramas de los árboles dejaban pasar menos luz. Al inicio, tenía que saltar una raíz cada diez pasos, luego cada siete, después cada cinco, cuatro, dos. Terminé esquivando raíces por todos lados.

De pronto la vi de espaldas, del otro lado de un riachuelo. Una joven con el pelo lacio que le llegaba más abajo de la cintura; estaba arrodillada, inmóvil, con las manos en la tierra, sólo llorando. Usaba un vestido blanco al que le crecían hierbas y flores.

En silencio, fui saltando de roca en roca para cruzar el riachuelo. Pasé al otro lado y me quedé parado; la joven me daba la espalda y tenía el cabello cubriéndole la cara.

Estaba llorando.

—Disculpe, señora —dije mientras le tocaba el hombro—. Su ropa estaba mojada. Ella no se movió.

La rodeé para quedar enfrente de ella; estaba sentada en posición de loto y una flor se asomaba entre sus piernas.

La rosa de la melancolía era hermosa, sus pétalos azules brillaban más de lo que había visto brillar algo en toda mi vida. Su color azul contrastaba con lo pálido de su vestido.

La joven era de piel oscura, y se veían pequeñas ramas rodeando sus antebrazos, como cicatrices.

—¿Por qué lloras? —fue lo primero que se me vino a la mente y le pregunté.

En ese instante dejó de hacer ruido y me miró. Sus ojos estaban muy hinchados y tenía unas profundas ojeras; las lágrimas seguían recorriendo sus mejillas llenas de tierra, pero ahora ella estaba en silencio, se había callado.

–¿Por qué lloras? –volví a preguntar.

Esta vez habló. Apenas si alcancé a escuchar lo que había dicho.

–No lo sé –me dijo.

–¿No lo sabes? –pregunté incrédulo.

–Creo que he pasado tanto tiempo llorando, que he olvidado la razón de por qué lo hago –se cuestionó mientras seguía escurriendo lágrimas.

–¿No quieres irte de aquí? –le pregunté.

–Sí quiero –me respondió–, es sólo que no sé cómo. Estoy tan cansada. Me duelen la cabeza y los ojos, pero simplemente sigo llorando porque he olvidado cómo se sienten los colores.

–¿Has olvidado cómo se siente la felicidad? –formulé.

–Creo que sí –contestó–. Hay veces que llego a llorar tan fuerte que me dan ganas de vomitar. Creo...que me he olvidado de cómo se sienten mis mejillas secas, cómo se sentía no tener algo oprimiendo el pecho. Creo –dijo con voz de duda– que me he olvidado de mí.

–¡Oh! –solté–. No sabía qué más decir o qué hacer.

–Lo he intentado –me contó–. He intentado dejar de llorar, pero simplemente no puedo.

–Tal vez necesitas ayuda –me atreví a opinar.

–¿Ayuda cómo? –me preguntó.

–Tú eres la única que puede dejar de llorar, pero tal vez te resultaría más fácil si no estás tan cerca de la flor –sugerí–. Tal vez si te ayudo a pararte, te será más fácil dejar de llorar.

Me acerqué a ella y con cuidado comencé a arrancar la hierba de su vestido, mis brazos se humedecieron por sus lágrimas. Le tendí una mano y la ayudé a pararse. Era más alta que yo.

Caminó un poco y aunque sus lágrimas seguían saliendo, cada vez eran menos gruesas. Estaba descalza y pequeñas flores azules le crecían desde las piernas hasta la punta del pie.

Suspiró de alivio.

–El dolor de cabeza me ha parado –informó bajamente.

–Dame la mano y salgamos del bosque –me dijo–. Y yo se la tomé.

Conforme salíamos del bosque sus lágrimas fueron parando.

–Me...me siento vacía –dijo al salir de los árboles.

–Entonces ve y vuélvete a cubrir de diferentes colores y llénate de ellos –le dije–. Vuelve a sentir la alegría; vuelve a sonreír; siente la sorpresa y, si quieres, la sana tristeza; siente el amor y las mariposas en el estómago; sal del bosque.

Estaba temblando y volví en sí. Estaba en mi cama, tapada con las cobijas y la oscuridad me abrazaba.

Volví a mi triste realidad y me di cuenta de que en mi sueño yo no era el niño; en mi sueño yo era la princesa de la melancolía. Me toqué con las yemas de los dedos el antebrazo y ahí, en donde la princesa tenía ramas, yo sentía las cicatrices de mis cortes, mis autolesiones.

En ese momento, en la oscuridad, me di cuenta de que tenía que dejar de pensar que los demás tenían que ayudarme en todo para poder salir, que podía pedir que me ayudaran a levantarme, pero al final de cuentas, era yo quien tenía que salir de mi propio bosque.

Mi rosa de la melancolía ya había tenido suficiente agua durante mucho tiempo.

Era hora de buscar mi salida.



Ilustración: Sara Isabella Gutiérrez Bautista



Ilustración: Alex Sandoval García

El caminante nocturno

Alex Sandoval García

Mención honorífica

El cielo siempre me ha gustado. No puedo explicar el sentimiento que me provoca cada vez que lo veo. A veces siento que fue hecho sólo para mí y sinceramente dudo que, aunque encuentre las palabras para explicarlo, alguien llegue a entenderlo.

Siempre lo veo cuando estoy solo, como hoy. La verdad es que fue un día cansado y decidíirme caminando hasta mi casa para poder despejarme. 12:45 h decía la pantalla de mi celular, hoy salimos temprano. No tenía prisa, ya había acabado mi tarea y no tenía ninguna llamada ni cita a la cual atender.

1:00 h de la tarde. Es muy temprano todavía y por primera vez en semanas, estaba relajado. Iba a comer solo, por lo que decidí pasar al centro comercial a comprar la comida rápida más barata que lograra encontrar. Sin saberlo, habían dado las 3:15 h y había perdido mi tiempo viendo cosas inútiles en tiendas, para las cuales no me alcanzaba el dinero. Ni siquiera recordaba que aún tenía mi bolsa de comida en la mano. 3:20 h. ¡Vaya! Había perdido otros cinco minutos sólo pensando en cómo había perdido el tiempo. Mejor me voy a mi casa.

Este día, al igual que muchos otros, no tenía nada que hacer. Mis padres seguían en la oficina y todos mis amigos estaban ocupados con sus parejas o con la tarea, y, siendo honesto, en mi casa nunca había mucho que hacer. Claro, podía pintar o podía tocar el bajo, pero después de un rato, hacer siempre lo mismo me genera un cierto tipo de cansancio que no puedo ignorar.

Decidí mejor subir al techo de mi casa y ponerme a escuchar música; eso hice con encendedor en mano y unas varas de incienso. El día estaba soleado, pero el aire frío lo disipaba, es precisamente mi tipo de clima. Opté por sentarme en el lugar más soleado que pude encontrar en las tejas naranjas deslavadas. De entre las grietas de éstas estaba comenzando a salir musgo, así que cuidadosamente puse mis cosas en el piso y me senté al lado de ellas. Prendí una vara de lavanda, mi aroma favorito, y dejé que las cenizas cayeran lentamente en el quemador de incienso. Me puse los audífonos; el 10% de batería me debería de durar por unas cuantas horas, así que me recosté en el tejado y me enfoqué en las nubes, pasajeras. Mis ojos se comenzaron a sentir pesados, así que los cerré.

Me quedé dormido. Al abrir los ojos noté que ya estaba atardeciendo. Me quedé así, ido, unos minutos antes de checar mi celular, eran las 5:27 h. Mis audífonos ya se habían apagado y ya no salía humo de la varilla. Tiré las cenizas que quedaban y estas cayeron dispersas por todo mi tejado, el viento se encargaría de recogerlas por mí...Guardé todo en mis bolsillos y me paré, dispuesto a bajar a la sala a ver películas.

En el momento en el que me di la vuelta, sentí un jalón en el pantalón. Volteé pensando que me había atorado con algo.

Ahí estaba. Viéndome con unos ojos enormes y curiosos. Su cabeza era totalmente desproporcionada en relación a su cuerpo, parecía un melón gigante. Y su cuerpo parecía frágil. No sabía cómo lo sostenían sus piernas, tan delgadas y cortas.

<<¿Eh?>>

No sabía cómo reaccionar. Me debería de haber asustado, lo sé. Esta criatura me estaba sosteniendo fuertemente mientras me mantenía fijo en donde estaba, sin embargo, no tenía miedo; había algo en esta criatura que me daba ternura, se veía inocente, como si fuera nuevo en el mundo.

Después de estarnos observando fijamente por varios segundos, me soltó, y lentamente con su pequeña...¿mano?...sí, mano, señaló hacia el parque cerca de mi casa.

–¿Quieres ir... ahí? –pregunté un tanto desconcertado–, no obstante, le había atinado, pues la criatura hizo un peque-

ño sonido de complacencia, y su pequeña boca formó una sonrisa...creo.

Lo agarré de los lados, levantándolo y pegándolo a mí, y lo acomodé sobre mis hombros para cargarlo. Se agarró de mi pelo fuertemente tratando de estabilizarse al principio, pero finalmente se logró poner cómodo.

Poco a poco comencé a bajar por las escaleras tratando de no irme para atrás por el nuevo peso puesto en mí, pero con un poco de paciencia logré llegar al primer piso, donde cuidadosamente bajé a mi nuevo acompañante. No lo planeaba cargar hasta el parque, pero le agarré la mano para asegurarme de no perderlo y abrí la puerta, dispuesto a entrar en una nueva aventura.

El trayecto duró poco en realidad; no fueron más que unas cuantas cuadras, aunque fue un tanto difícil poder moverse rápido debido al tamaño de sus piernas.

El parque cerca de mi casa era más bien un pequeño bosque, sin embargo, no era lo suficientemente frondoso como para poder esconder algo, o eso pensaba, porque en el momento en que llegamos a un claro, había una...nave, creo...no muy grande, pero igual no podía pasar muy desapercibida, lo que me hizo preguntarme cómo es que la gente no la había visto. Alrededor de nosotros había bastantes familias y personas paseando sus perros, pero no parecían tener intención de acercarse.

La pequeña nave -bueno, me imagino que a comparación con otras naves esta no era tan grande- era más o menos del largo de un Rotoplas, pero a diferencia de este, la nave era un poco más estrecha.

Me preguntaba para qué me había traído aquí mi nuevo amigo; su vehículo no parecía estar dañado ni estancado, entonces no entendía para qué necesitaba mi ayuda.

Otra vez estaba perdido en mis pensamientos, no fue hasta que mi acompañante me volvió a jalar el pantalón que me di cuenta de que lo estaba haciendo.

Sus grandes ojos se encontraron con los míos y, como si fuéramos espejo, ambos nos volteamos al mismo tiempo y di-

mos los pasos que nos faltaban para llegar a la entrada de la cápsula, donde se encontraba un botón morado grande en el centro de la puerta. Al presionarlo, todo a mi alrededor cambió; en un abrir y cerrar de ojos ya no me encontraba en el parque, ahora estaba dentro del lugar más grande que había visto en toda mi vida. El cuarto en el que estaba era fácilmente del tamaño de mi fraccionamiento entero, y sabía que era aún más grande, pues a mi alrededor deberían de haber por lo menos unas 60 puertas, que de seguro me podían llevar a los lugares más bizarros que uno pudiera imaginarse.

Debí de haberme visto atemorizado, pues el alien aceleró sus pasos hacia el panel de control y presionó velozmente una combinación de botones que en mi vida podría repetir.

No supe cuándo pasó, pero mi entorno volvió a cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Todo se volvió diferente, parecía una sala...específicamente una sala que yo tendría, era la versión material de las fantasías que tenía en mi cabeza sobre cómo se vería mi casa de grande. Las dos paredes que había eran blancas, pero estaban llenas de hojas de diferente contenido que variaba desde dibujos hasta citas de mis libros favoritos. El lugar estaba repleto de plantas y luces, lo cual le daba un entorno cálido, pero aun así moderno; en el centro de la sala había un cuenco lleno de cojines y sábanas que se veía muy cómodo, las otras dos paredes que deberían de estar habían sido sustituidas por unas ventanas enormes, las cuales presentaban un paisaje totalmente diferente a lo que había visto antes. Ya no estábamos en la Tierra. Todo lo que podía ver era espacio, el hermoso contraste entre los colores neones de las estelas y el negro oscuro del vacío que me dejó atónito.

No sabía qué era lo que estaba pasando, pero tenía un fuerte sentimiento de que esta aventura era mi destino, y no tenía planes de evitarlo.

Me senté en el piso al lado de mi nuevo compañero y me dediqué a simplemente admirar mi nuevo mundo. Espero que esto no acabe pronto.

Volar a través del tiempo

Valentina Pino Soto

Mención honorífica

Ángel, Oaxaca, 2022.

Desde que era muy pequeño mi padre me enseñó a volar.

–Pero eso es imposible –le dije la primera vez que, emocionado, me dijo que me enseñaría.

–Nada es imposible –me contestó–, desde hace mucho tiempo, los hombres y las mujeres de mi familia volamos.

Me agarró la mano y me llevó a ver a sus compañeros volar. Debían subir un palo muy, muy alto que a mí me daba miedo; era tan alto que ni siquiera podía alcanzar a ver bien lo que hacían estando arriba, pero de repente empezó a sonar una música que me acompañaría por siempre. Y antes de que me pudiera dar cuenta, los cuatro hombres y mujeres que habían subido comenzaron a caer, giraban de cabeza alrededor del palo con unas ropas llenas de colores que me hipnotizaron al instante.

–¿Lo ves? –me dijo papá– Todo es posible.

A partir de ese día, iba tres o cuatro veces por semana y observaba fascinado la posibilidad de volar, veía a mi papá y a sus amigos y amigas subir ese gran palo y caer girando. Creía que era algo especial, alguna especie de don secreto que se les había otorgado a las personas de mi pueblo. Sin embargo, un día, al acompañar a mi padre a comprar algunas cosas a la ciudad, vi a través de una ventana, en el fondo de una tienda de eléctricos, una televisión en la que se veían los amigos de papá.

–¡Mira, papá, tus amigos están en la tele!

—No, ellos no son mis amigos —dijo riendo— deben de ser voladores de alguna otra comunidad del país.

—¿De otra? Pensé que ustedes eran los únicos en el mundo que podían volar.

—¿Los únicos? —dijo— Por supuesto que no, debe de haber cientos de voladores de Papantla en el país entero.

—¿Qué significa Papantla? —pregunté asombrado.

Papantla es una comunidad en Veracruz, en donde hace muchísimos años, cuando no se hablaba el español ni se conocía la existencia de Dios, se originó un ritual para pedirle lluvia al sol, y es ese el vuelo que tú ya conoces muy bien.

Pasaron algunos años, seis u ocho quizá, aprendí la historia y el valor cultural que tiene la danza de los voladores y aprendí también a volar junto a otros chicos y chicas de mi edad que eran hijos, nietos o sobrinos de los compañeros de mi padre. Cada año, nos invitaban a cuatro o cinco fiestas en otras comunidades, nosotros sólo acompañábamos a los adultos, nos vestíamos de colores como ellos y bailábamos antes de que volaran. Una vez al año, se festejaba también en nuestro pueblo la fiesta patronal, y fue en esa, cuando yo tenía catorce años, que volé por primera vez en un evento enfrente de mucha gente.

Chalí, Kachikin (Papantla), 1422.

Tengo 14 años y soy parte de los kos'niin, la petición de lluvia de mi pueblo. Cuatro hombres nos dejamos caer desde un palo muy alto para pedirle al señor Sol que terminen las sequías y caiga agua, y así nuestras cosechas puedan crecer para darnos alimento. También bailamos y hacemos música para que la ceremonia funcione y los dioses nos escuchen. No obstante, hace ya cinco semanas que no llueve; las plantas que nos alimentan han dejado de crecer y de dar frutos, los niños del pueblo lloran por el calor y las personas, desesperadas, se van a buscar agua a lugares cercanos, por lo que los últimos días hemos pedido al sol que llueva, volando como pájaros e imitando la caída de la lluvia.

—Hoy es el décimo octavo vuelo, tenemos que lograrlo. Pón-

ganle toda su energía a esta danza, debemos convencer a los dioses de que les somos fieles y necesitamos que el agua caiga, que necesitamos comer –dijo fuertemente el máximo señor de los kos’niin, dándonos instrucciones a los voladores de ese día.

Bailamos y al acabar, cuatro de nosotros trepamos el palo de madera, acercándonos cada vez más al sol. Ya arriba, nos amarramos y dos de los hombres tocaron la música ritual, uno tocaba la flauta y otro un pequeño tambor. Cuando dieron la orden, comenzamos a caer como siempre lo habíamos hecho, pero de repente, mientras caíamos, comencé a oír una música nueva para mis oídos, nunca antes había escuchado nada parecido; era estruendosa, con sonidos mucho más graves y fuertes de lo que hasta entonces había conocido, parecían sonidos de una flauta enorme combinados con un tambor grande y más sonidos indescifrables.

Cuando toqué el piso, sentí que no pisaba tierra, sino algo duro y liso, pude escuchar que esa música estaba acompañada por muchas voces que hablaban una lengua que yo no entendía; frené y miré a mi alrededor, no entendí lo que veía, eran muchas personas observándonos, estaban vestidos de una manera muy extraña, la mayoría tenía las piernas cubiertas de algo azul y cubrían sus pechos y panzas con distintos colores. La música sonaba mucho más fuerte, alcancé a ver personas que la hacían con instrumentos que nunca antes había visto. Volteé a mi alrededor y vi construcciones altas y blancas en forma de rectángulo y muchos árboles, estaba tan asombrado que no me di cuenta de que me llamaban.

–¡Apúrate, niño, que ya hace hambre! –Me dijo un volador que yo no conocía en una lengua extraña.

Intenté buscar a mis compañeros del kos’niin, pero fue imposible verlos entre tanta gente. Agobiado por la multitud, me desaté el tobillo y comencé a correr rápidamente; no reconocía nada de lo que veía, había animales grandes de cuatro patas y dos cabezas, una de ojos y orejas grandes del mismo color que las patas y la cola, y otra pequeña y de distinto color que salía de su espalda simulando el torso de un humano. Asustado seguí corriendo sin rumbo.

Hace unas semanas nos invitaron a Papantla a volar en un festival sobre las tradiciones de Veracruz. Llegamos ayer y nos instalamos en la casa de un maestro del pueblo, vinimos mi papá, tres de sus compañeros, una chica de mi edad y yo. Nos recibieron con mucho cariño y conocimos a más grupos de voladores que llegaban de todo México para participar en la celebración. La mañana del día de la fiesta nos levantamos temprano y al poco tiempo comenzó el festival; toda la mañana estuvo llena de música, comida y bailes tradicionales de la región, había mucha gente que llegaba desde fuera, tanto para participar como turistas que iban a conocer. Vimos muchas danzas tradicionales y también a grupos de danzantes de otras partes de México volando como nosotros lo hacíamos.

En la tarde, poco antes de la hora de la comida, mientras la banda del pueblo tocaba, fue nuestro turno; bailamos frente a la iglesia blanca y, al acabar, subimos el palo para acomodarnos. Mi papá, dos compañeros y yo nos soltamos para volar. Mientras caía, percibí un olor fuerte a incienso, mucho más fuerte de lo que estaba acostumbrado, dejé también de oír a la banda, pensé que me había mareado por el hambre, pero cuando toqué el piso, mis pies descalzos sintieron tierra en lugar de cemento. Frené asustado y el volador que corría detrás de mí me golpeó, volteé para verlo y no reconocí su rostro, estaba vestido con un traje menos colorido, que no cubría del todo sus piernas, un traje que me pareció similar a los que se ven en los libros de historia de Mesoamérica. Asustado, me desaté el tobillo y al levantar la vista, me di cuenta de que todos me observaban, eran unos pocos hombres y hablaban una lengua que yo desconocía. Uno de ellos intentó tomarme del brazo, pero logré esquivarlo y comencé a correr entre caminos que nunca antes había visto.



Ilustración: Valentina Pino Soto

BACHILLERATO
Poesía

PRIMER LUGAR

Sofía Navarro Piedra

4030

SEGUNDO LUGAR

Brenda Galván Castello

6040

TERCER LUGAR

Gala Elizarrarás Botello

6040

MENCIÓN HONORÍFICA

Julia Rojas Pereyra

6030

MENCIÓN HONORÍFICA

**Sara Isabella Gutiérrez
Bautista**

2010

Fluoxetina

Sofía Navarro Piedra

Primer lugar

A un mes de cumplir un año,
un año de negarte a ti mismo,
un año de trabajo,
un año de dolor y culpa.
¿Qué clase de persona eres cuando lo tienes todo y
no eres feliz?
¿Un ingrato?
No, al parecer sólo estás deprimido,
eres uno más de los que fingen estar mal para
drogarse con permiso de un médico.

Lo aceptas.
6 meses de ausencia de ese horrible dolor de
cabeza,
ese cansancio.
¿Cuándo serás feliz?
Necesitas más,
necesitas detener esas voces que te impiden
levantarte de la cama,
reprime tus sentimientos,
deja de sentirte mal,
comienza a hacer algo con tu vida,
ama a tu familia y amigos,
no, no puedes.
¿Qué te está pasando? Debería de estar
funcionando.

La primera recaída.
Estabas tan bien físicamente,
se había alejado esa idea de jamás volver a abrir los
ojos,
sólo querías bailar y gritar,
esa intensidad que te caracteriza vuelve,
de nuevo eras esa persona explosiva,
inspiración de mejorar tu vida,
pero se acerca de nuevo esa niebla,
dolorosa y a la vez tan reconfortante,
adiós a todos tus sentimientos, excepto por uno.
Levántate y corre hacia donde desaparezcas.

Tu ira.
No sabes qué está pasando.
¿Qué mierda me sucede?,
deberías saberlo,
¿desde cuando no tienes el control?
Sólo eres una escoria estúpida que se retuerce y
queja de su dolor,
ni siquiera puedes escribir sobre lo que creías más
personal,
no tienes palabras, ardes
no hay palabras, solo sentimiento,
sólo explosión sin sentido,
tan redundante
no regreses.
¿Vas a llorar?
No te puedes acercar cada día más al fondo,
diario sales y entras de nuevo,
al límite siempre.

Límite.
Llena el vacío.

¿Era mejor no poder levantarte de la cama?
Cuando más feliz eras te das cuenta de que te
volviste ese dolor de cabeza
esa responsabilidad que jamás quisiste ser,
intentas terminar todo.

¿Por qué te duele tanto el pecho?
Dibuja

deja de sentir y escribe.
¿Vas a darle fin a esto?
Sólo es un poema,
demasiado poco importante para llorar.

Ya eres casi un adulto,
compórtate como tal,
deberías poder funcionar,
simplemente sigue adelante,
recuerda cómo ser feliz.

Naturaleza

Brenda Galván Castello

Segundo lugar

Te tocó nacer, te tocó nacer mujer,
nacer volcán.

Guarda en ti belleza, amor y ternura,
pero también guarda la ambición y las ganas de
comerte al mundo.
Guarda la conformidad, el enojo, la resistencia, la
fortaleza.

Guarda la palabra “no”...
NO estamos hechas para ser dominables.
NO estamos hechas para existir pidiendo disculpas
o convertir el silencio en nuestro constante
acompañante.

No te vengo a mentir,
te pedirán justificar cada una de tus erupciones,
de tus acciones, así que recuerda que “no”:
A nadie le debes razones...

Estalla, haz la tierra temblar, desacomoda la
ciudad,
ponte a gritar, destruye lo que en paz no nos
permite estar.

Pregunta, echa humo, cuestionalo todo,
pero cuidado que también te tocó nacer rosa,
busca dónde florecer, no tengas miedo de tus
espinas,
serán tus mayores aliadas cada vez que intenten
arrancarte
y sin tu permiso tocarte.

Eres tu única dueña, dueña de ti,
elimina las raíces podridas, renace de tus heridas.

Naciste lluvia, así que debes saber:
sólo tú decides cómo caer,
ser llovizna, ser granizo, ser brisa.

Eres el agua que llena el mar, eres el mar,
al ritmo de tus sueños mueve tus olas,
arrulla tus miedos, déjales dormir, déjate
descansar.
Siendo mar, habrá quienes sólo busquen en tu
cuerpo
un tesoro perdido en la inmensidad sumergido en
el fondo,
un consejo, a aquellos no les muestres las estrellas
que reflejas,
no les hables de las hermosas sirenas de tu interior.

Siendo mar sé tsunami, eres basta, eres hogar,
no permitas que te hagan campo de batalla.

Te tocó nacer fuerte, nacer sabia, nacer mujer,
escíbete a ti, escríbenos a todas, que somos parte
de esta historia.



Ilustración: María José Villa Lobo

Ausencia

Gala Elizarrarás Botello

Tercer lugar

¿Notaste mi ausencia?
Dentro de tu boca
y del cielo entre mis piernas.
De la sangre en mis rodillas
y de las palabras atoradas entre mis dedos.

Y es que me escurrí de entre mis versos,
como si fuera saliva y un cuerpo
al cual podías masticar.
Como si mi poesía no fuera suficiente;
como si querer morirme no te bastara.

¿Notaste mi ausencia?
De entre mi hablar
y el rechinar de mis dientes.
Después de que te llamara hogar
y me mandara a guardar entre tu cintura.

Después de haberme escurrido dentro de ti,
como si fuera palabras;
como si fuera saliva
y un cuerpo a medio masticar
a medio morder.

Y es que quiero que me mires
y adivines mis latidos:
los cuentos
y vivas entre ellos.

Quiero que sucumbes mi cuerpo
y me tomes por muerta; por viva.
Como si fuera una bocanada de aire
o una caricia entre los dedos;
entre tus piernas
y las mías.

¿Notaste mi ausencia?
Cada día,
entre cada verso que lees
entre cada palabra que pronuncias
y cada cuerpo que no ves.

¿Notaste mi ausencia?
Cuando me quedo a tu lado
y no me marcho.
Cada que te escribo,
cada que siento morirme.

Y es que la idea de irme de tus mañanas
y quedarme con el sentir
de una muerte pronta a su tiempo; de respirar la
ausencia de tu olvido
y un cuerpo perdido,
sin despedida
me hace querer morirme una vez más
y tal vez poder nombrarme tuya
y quedarme en el vaivén
de tus latidos.
En el vaivén de tu regreso.

Pero es que me dejaste de costado,
desnuda,
llorándole a tu sombra.
Me dejaste en el rincón más frío de mi cama,
sin ti,
con el dolor en la punta de mi lengua.

Y no sé si escucho al silencio
porque ya me acostumbré a él,
o porque todavía recuerdo tus dedos sobre mi
garganta
y mis lágrimas al borde de
quererte.

Y es que me haría la promesa de morir a tu lado,
en la hendidura de tus manos
y el sueño entre la cuenca de mis ojos.
Te rogaría tomar mi cuerpo;
te rogaría usar y disponer de mí,
en el tiempo que quieras,
en la muerte que necesites.
En el cuerpo que acojo,
aunque parezca aflojar
y doblarse ante el todo;
ante la nada;
ante mí misma.
Ante ti.

Pero es que lloro
porque sólo me llega tu ausencia.
No tus manos
ni tu lengua
ni tus brazos
ni la punta de tus dedos.

Y es que es tan sólo mi llorar
y tu ausencia,
quienes ven el despertar:
a mi lado
en mi cama
y habiendo ya perdido la esperanza.

Metamorfosis

Sara Isabella Gutiérrez Bautista

Mención honorífica

Los niños inocentes aman sin saberlo
sin etiquetas, sin imponerlo.
Lo que no saben es que el mundo ya los ha
etiquetado
y ha decidido si de amor los habrá privado.
No saben de las mentiras de sus superpadres
ni que es falsa esa medalla.
Así viven en un mundo fantasioso y sin desmadres,
en una burbuja construida perfecta a su talla.

Los adolescentes rebeldes
encontraron el cuchillo en la cocina
y abrieron poco a poco un pequeño hoyo
descubriendo algo que pronto los fulmina;
se había colado a su burbuja un ser maligno
aquel filtro que hicieron sus padres
había resultado ante su crecimiento ser indigno.
Y sienten que el cuchillo se doblaba
y por la espalda los atraviesa
porque sus padres no eran aquellos adorados
superhéroes
ni su mundo esa bonita promesa.
Así que, traicionados, voltean a sus hermanos
y escapan de lo que ven como los peores villanos.

Los adultos serios
ven a aquel cuchillo convertirse en hacha
y a aquel trabajo que aburre y emborracha
porque ya su burbuja la han roto
y saben que el mundo destroza sin alboroto.
Su historia de poesía se ha vuelto una simple memoria
y ha sido reemplazada por una novela sin gloria.
Y recordando tiempos pasados
y repitiendo en tiempos presentes
ni superhéroes ni supervillanos
sus padres eran tan solo humanos

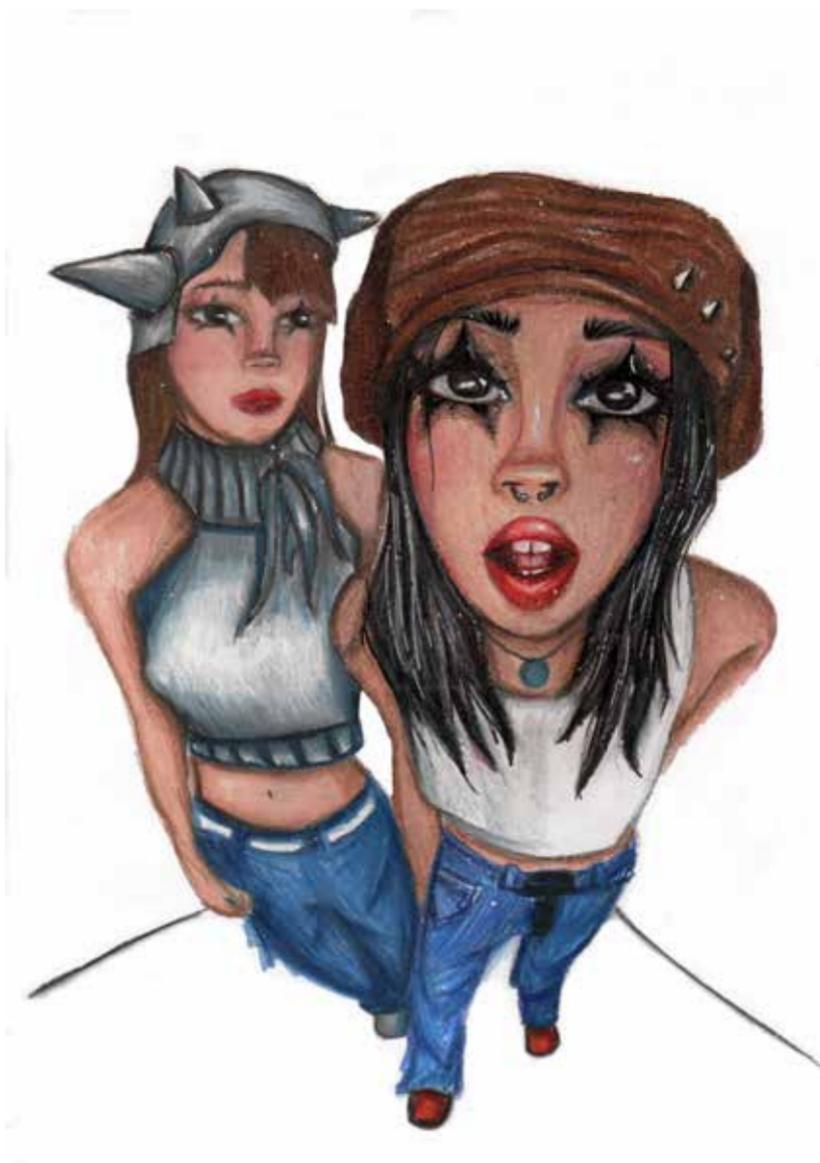


Ilustración: Sara Isabella Gutiérrez Bautista

BACHILLERATO

Minificción

PRIMER LUGAR

Aldara Herrera García

6030

SEGUNDO LUGAR

Belén Grima Ochoa

6010

TERCER LUGAR

Mateo Jiménez Sotelo

4030

MENCIÓN HONORÍFICA

Julieta Santiago de la Torre

6010

MENCIÓN HONORÍFICA

Sofía Elizabeth Syed González

4020

Qué pasión, qué desesperación

Aldara Herrera García

Primer lugar

Más allá de parecerme curioso, me intriga cómo en la cotidianidad de esto que nos atrevemos a llamar vida, existen las pasiones.

Tres personas, unidas por poco más que el destino, y un sueño que un día pareció posible. “¡Vamos a ser millonarios!”, gritábamos al unísono cuando la esperanza aún nadaba en nuestra pupilas, cuando esa emoción, esa adrenalina que brinda la posibilidad de cumplir nuestros más anhelados deseos, era dueña de nuestra sangre, insolente, descarada, ama de nuestro hacer.

Qué poca vergüenza de la nieve, de las nubes, de dejar caer semejante tormenta por tanto tiempo con tal vehemencia, que me es inevitable resaltar -admito con algo de envidia- la pasión que le domina. Envidia más la persistencia, diría incluso necedad, del techo que nos resguarda. Kilos y kilos -puede incluso ser que toneladas- de diminutos cristales de agua dispuestos a entintar todo de blanco, decididos a enterrar frágiles nuestros cadáveres a metros bajo la superficie, sin dejar rastro de nuestra probadita de existencia. Eso sin recordar que además ha sabido contener nuestras ideas, dolores,

gritos, inquietudes, los fantasmas de “aquel” e infinidad más de sueños que, tímidos, podrían rozar la cordura.

Me gusta pensar en cuántas gotitas de café representan nuestra esperanza; para cuántas tazas alcanzaría, ¿llenaría siquiera el espacio de una cuchara? Seguramente sería un café agrio, el aroma que se desprenda cuando se infusione haría que arruguemos la nariz, y no traería consigo los recuerdos de nuestra infancia cuando mamá, papá, la abuela o el abuelo preparaban esa extraña bebida amarga que tanto les encantaba, algo inconcebible, una pesadilla, para el dulce paladar de un niño.

Quisiera encontrar consuelo en mis propias palabras mientras intento, miserable, de pintar la existencia de un tono menos mediocre. ¿Qué voy a estar pensando en gotas de café? ¿Hace cuánto fue que reparé en el techo? ¡El techo! Sólo me es posible hallar pasión en el cretinismo de mi mente y su cínica demencia. Pasión por salir desesperadamente de esta pocilga y nada más, echar la angustia a los perros y huir de aquí, que me devore la frialdad y me escupa al abandono.

Lia, ¿puedes escucharme?

Belén Grima Ochoa

Segundo lugar

—¡Lia!, ¿puedes escucharme?

Fue el sonido que me sorprendió al salir de mi walkie-talkie. Era algo extraño, ya que nunca había compartido su frecuencia. Tomé el aparato; estaba intrigada por saber quién era, así que respondí

—¿Quién habla? —dije arrepintiéndome enseguida, ya que me había dado cuenta de que sabían mi nombre.

La voz, algo exaltada, respondió: —¡No tenemos tiempo para esto! ¡Mira a través de tu ventana!

Por reflejo hice lo que decía y al voltear, vi cómo un pequeño perro se teletransporta una y otra vez a su posición inicial cada que avanzaba unos cuantos pasos. Me quedé atónita. En eso, empezó a hablarme la desconocida del walkie-talkie.

—¡Se encuentra en un bucle! A todos les pasará lo mismo si no hacemos algo. ¡Es culpa del nuevo laboratorio!

Seguía muy confundida, pero mis ojos no me mentían.

—¿Y ahora qué hago? —pregunté. Me dió una dirección que me llevó a una casa no muy lejos de donde estaba.

En el trayecto, aparte de ver cómo la mitad del pueblo entraba en caos y la otra mitad ya se encontraba presa de un bucle, la misteriosa voz me empezó a explicar que en el laboratorio se hacían experimentos sobre la relatividad espacio-tiempo y que algo había salido mal con una de las máquinas, la cual ahora producía un bucle cada 2 horas y para detenerlo se necesitaba una tarjeta que apagara la máquina.

Ya sabiendo un poco más y sin pensarlo dos veces, entré

por una de las ventanas. La voz me preguntó si había alguien en la casa, pero sólo pude ver una trágica escena de toda una familia ya encerrada en el bucle. Encontré la tarjeta e inmediatamente me dirigí al laboratorio, al cual pude entrar fácilmente gracias al caos y a la tarjeta. Siguiendo las instrucciones de la voz encontré la habitación de la máquina, pero al abrir la puerta, me puse completamente pálida al ver que quien se encontraba al otro lado del walkie-talkie era precisamente yo. Notando mi confusión, ella gritó: “¡La máquina!”

Corrí para poner la tarjeta en su lugar, pero grande fue mi sorpresa cuando vi que no funcionó; la chica soltó una carcajada y luego habló.

—La otra tenía razón.

Me acerqué y ella continuó.

—Cerca de la máquina existe una anomalía en el bucle. Muchas de nosotras hemos estado antes tratando de apagarla; nuestro objetivo es encontrar algún científico fuera del bucle o probar cada una de las tarjetas de los que trabajaron en la máquina, para ver si algún día alguna la apaga.

Me dio un libro con los datos del nombre y la dirección de los trabajadores en el laboratorio y dijo: “Ya sabes qué hacer”.

Al parpadear, la otra yo había desaparecido. Mientras me temblaban las manos agarré mi walkie-talkie y dije:

—¡Lia!, ¿puedes escucharme?

Perspectivas

Mateo Jiménez Sotelo

Tercer lugar

Recién salía de la prepa cuando entré a trabajar a un bar cerca de mi casa como bartender. “La paga no es buena, pero es mejor que nada”, pensé. Pasó una semana y luego otra, hasta que fue un mes y luego dos.

—¿Qué haces por aquí? No te ves muy afín a este lugar — dijo en una ocasión una chica. —Antes de cualquier cosa la observé un poco: falda larga y holgada, blusa y una chaqueta, tez oscura y pelo rizado y corto; parecía amigable.

—No lo soy, pero aquí me contrataron y con esto alcanza para comer, supongo —solté con una mueca—. Ella rió un poco y asintió.

—Y sí, con eso a mí también me basta. —Pausa.

Finalmente, dirigió sus ojos a los míos y dijo—: Un Manhattan mientras espero a que termines tu turno.

Le di su bebida y sonreí encontrando su cara, igualmente sonriente.

—Ah, y salgo en cuarenta minutos—. A lo que ella respondió—: Te espero entonces —para después perderse entre toda la gente que había ese día.

Los cuarenta minutos pasaron y salí a buscarla. No la encontré. Partí a mi casa y pensé, un poco desilusionada, que igual olvidaría todo en unos días. Entonces caí dormida, sólo para dar pie a otro día igual a cualquiera; día tras día hasta colapsar.

Decidí que iría a un bar para liberar la tensión de semanas. Realmente lo necesitaba. En la barra vi a una chica que me dio una sensación extrañamente familiar... “¿Por qué?”,



Ilustración: Lara Guillén Gilabert

pensé. E instintivamente le dije—: ¿Qué haces por aquí? No te ves muy afín a este lugar.

Ella me recorrió extrañada con la mirada, y contestó—: No lo soy, pero aquí me contrataron y con esto alcanza para comer, supongo. “Qué extraño”, pensé, pero dentro de lo inusual se sentía bien, y reí, ¿nerviosa o genuinamente? Asentí y opté por hablar de nuevo—: Y sí, con eso a mí también me basta.

Algo no andaba bien. ¿Quién era ella? Le di una mirada de arriba a abajo. Se asemejaba a algún sueño que pude haber tenido. Quería más, o tal vez sólo necesitaba un trago. Hice contacto visual y dije—: Un Manhattan mientras espero a que termines tu turno. —Debía de terminarlo pronto. Me volví a ella esperando mi bebida, con una sonrisa que topó la suya, y cuya boca dijo—: Ah, y salgo en cuarenta minutos. —Algo definitivamente no estaba bien y aun así respondí—: Te espero entonces. —¿La esperarías?

Me perdí entre la gente del bar y la intranquilidad me obligó a salir del mismo. Llegué a mi casa y me miré al espejo: falda larga y holgada, blusa y una chaqueta, tez oscura y pelo rizado y corto. Pues sí, esa siempre había sido yo, pero...Todo se volvió difuso hasta que de nuevo me dormí...¿O desperté?

La señora del abrigo

Julieta Santiago de la Torre

Mención honorífica

Julián y Renata estaban en la escuela en un día normal, como todos los que habían pasado en todo lo que iba de la semana. Era viernes, tenían ganas de irse a casa para poder empezar a disfrutar de sus vacaciones de invierno y poder ver a sus amigos cada vez que pudieran.

De camino a la estación de autobuses, lo único que oyeron fue un chillido de un perro...como si acabaran de atropellarlo. Sintieron que habían parado el tiempo porque no pasaba ningún coche, por lo que decidieron acercarse a ver si el perrito estaba muerto o no; sólo vieron una persona larga con la cabeza gacha, ropa extravagante.

El ambiente se tornó lúgubre mientras que ellos intentaban adivinar quién era...Cada segundo, cada mirada, cada respiración hacía que el corazón de los dos se sintiera sólo en la garganta, como si estuvieran a nada de salirse de sus bocas.

Al parecer era una señora...¿vestida extravagantemente, con un abrigo? ¿Qué hacía ahí? La señora de nombre desconocido todavía no notaba la existencia ni de Julián ni mucho menos de Renata, que estaban temblando de terror de sólo ver a dicha mujer metiendo el pobre cadáver del perro husky en un baúl que combinaba perfectamente con su atuendo. Cuando por fin la señora del abrigo peludo sintió un “disturbio en la fuerza”, se giró abruptamente hacia ellos. Tenía los ojos inyectados de sangre, parecía enojada, pero lo único que salió de ella fueron lágrimas, como si acabara de perder a algo o alguien importante para ella.

—¡Chicos, ayúdenme! Es mi perro. Lo dejé salir del coche para intentar que fuera a hacer sus necesidades y miren en lo que se ha convertido —sollozó—, en un, en un alimento para gusanos y otros organismos que prefiero no mencionar para no entrar en muchos detalles.

—Pero, señora —dijo Julián impactado—, no podemos hacer nada, ya ha muerto.

Renata, escondida atrás de Julián, sólo asentía con terror, pues no sabía lo que haría la señora a continuación, lo único que ella temía era por la integridad de su amigo y la de ella. Sintió un roce distinto del aire en su cuello, el cual hizo que su piel se tornara de “gallina”...y le provocó un escalofrío muy fuerte que alertó a Renata de que algo malo iba a pasar. Volteó hacia atrás y lo único que vio fueron dos faros de luces blancas que venían hacia ella. Todo pasó tan rápido que ni siquiera tuvo tiempo de ver si Julián estaba bien.

No sabe cuántos días pasaron sin ver a su amigo; si sufrió el accidente o si sólo fue un producto de su imaginación...Lo único que sabe es que está encerrada en un cuarto blanco, silencioso, con una ventanilla tan lejos del suelo, que hace que todos los días que pasa encerrada ahí consuman su espíritu de vivir y sus recuerdos...poco a poco...



Ilustración: Julieta Santiago de la Torre

Un recuerdo más

Sofía Elizabeth Syed González

Mención honorífica

Su mano me acariciaba el cabello, sus manos delgadas y suaves movían mi cabello de un lado a otro. Las uñas largas se sentían rozando mi cuero cabelludo. La pulsera que le compré hace unos años se sentía apenas contra mi rostro. Su voz cálida decía mi nombre. Mis lágrimas no cesaban, me quedé inmóvil. Saliendo de mi estado de parálisis, me levanté del sillón y corrí a la puerta. No me quedaba aliento, pero seguí, cayéndome llegué y grité:

—¡Lo siento, ya déjame!

Me tiré entre llantos ante la fría lápida, lo único que queda de ella.



Ilustración: Patricio Flores Castaño

EX ALUMNA(O)S
y
EMPLEADA(O)S

*Cuento,
poesía
y
minificción*

EX ALUMNOS Y EMPLEADOS

Cuento

PRIMER LUGAR

Doraldina Reyes Chargoy

PERSONAL

SEGUNDO LUGAR

Lara Elizarrarás Botello

EXALUMNA



Ilustración: Laura Gilabert Martínez

Libélulas

Doraldina Reyes Chargoy

Primer lugar

El diálogo tenía lugar en lo alto de un montículo desde el que se divisaban los muros y torres de un castillo; a un costado podía mirarse, muy de cerca, el jardín donde crecían unos helechos tan grandes, que sus hojas proyectaban sombras fantásticas a esa hora del día.

La pareja estaba conformada por un hombre alto y enjuto, de unos cincuenta años. El otro era un chico muy joven, de edad difícil de determinar, que calzaba unos zapatos elegantes y llenos de polvo, que desentonaban con el resto de la vestimenta elaborada de forma pulcra y elegante.

Sus voces eran pausadas y aunque no hablaban en susurros, podía comprenderse, por el tono, que se trataba de una conversación muy íntima, casi confidencial.

—Mi Señor, su padre me ha encomendado su instrucción y el Señor sólo se dedica a corretear por el palacio.

—No se enfade, Maestro. Pero le cuento que ayer encontré un nuevo tipo de insecto para mi colección. También me dediqué por la noche a observar el trayecto de la estrella Polar.

—Príncipe, pare allí... nunca va a gobernar si no atiende nuestras lecciones.

—Yo no quiero gobernar, a mí me gusta la botánica y la pintura...

—No es lo que su padre dice. Pero veamos, ¿qué siente de matar a un insecto para añadirlo a su alfilerero?

—Alegría por el hallazgo nuevo... ayer, por ejemplo...

—¿Y de matar a un hombre?

—No lo sé... nunca se me ha ocurrido matar a uno.

—¿Pero lo haría?

–No lo creo... siento que está mal...

–De eso se trata, precisamente, el secreto de gobernar. Que lo que está bien para un siervo o un ciudadano, no es lo mismo que lo que está bien para un rey, porque el rey debe ver por un bien superior, que es la conservación del Estado.

–Maestro, no diga eso... matar a una persona me repugna...

–¿Y qué le repugna más? ¿Que sus ciudadanos sean esclavos? ¿Que su castillo sea incendiado? ¿Que su reino sea ocupado, las mujeres violadas, el tesoro desaparecido? ¿O tomar medidas necesarias para fortalecerlo de modo que sea improbable que eso ocurra?

–Entonces, Maestro, ¿la crueldad puede ser buena?

–Depende.

–Estoy confundido. ¿Arrancar los dedos a alguien para que diga algo está bien?

–No si lo haces por diversión o lo practicas como un método para arrancar confesiones a reos comunes, pero dígame una situación en la cual podría ser su mejor decisión.

–¿Si alguien, por ejemplo, mata a mi padre?

–Piense más.

–Mmmmm...

–No es el odio lo que debe guiar su decisión.

–No entiendo.

–¿Odia a las libélulas cuando las mata?

–Claro que no.

–¿Por qué lo hace entonces?

–Porque me interesan. Porque un día voy a escribir un libro sobre los secretos de las libélulas.

–De modo que les quita las alas y las examina a la luz porque entiende muy bien que el conocimiento tiene un valor, y que ese valor tiene una jerarquía mayor que el de la vida particular de las libélulas que sacrifica.

–Ya entendí.

–Fin de la lección, Príncipe. Tarde libre para que pinte una acuarela.

Y así se despidieron, con una mirada larga y cargada de comprensión.

Vientre abajo

Lara Elizarrarás Botello

Segundo lugar

Es un hilo de sangre la desgracia que se escurre entre mis piernas, un pellizco en los labios que se atora en su bragueta. Me sujeta cuerpo abajo, me atora entre sus piernas: sólo existo en el entrar y salir de su mástil clavándose en mi tierra, la que yo trabajo, en la que yo me habito, y me arranca la saliva hasta dejarme seca de recuerdos. “¿Cuál es mi nombre?”, me pregunto. Un cálido hormigueo se asienta en el dorso derecho de mi rostro, siento el cachete aplastado intentando sustituir la piel por lo que alguna vez fue mi ojo; es casi estruendoso su chocar contra la ceja. En el pómulo, un delicado sollozo que se asemeja a la fricción del pubis entumecido. “Me lo han robado”, me respondo.

A la izquierda, mi hermana boca arriba; me mira tajada y veo cómo una lágrima se escurre hasta su oreja. Su cabello se hace bolutas de nada que contemplo en el bajar y subir de su cadera pegada a lo que alguna vez fue nuestra mesa: parecen más veloces cuando huelen nuestro miedo. Ahora está enredado y veo asomar una cana en lo que tiempo atrás se trenzaba en un denso color azabache. Le estiro la mano intentando tocarla, darle algún tipo de alivio que la cure de esta maldita tempestad, pero lo único que consigo es un movimiento en sus ojos, el desprendimiento del alma y la pupila.

De pronto algo se mueve ahí dentro, se retuerce erecto como gusano entre mis plantas, me devora, me hace añicos cada sueño y me despega de su ombligo. Se limpia en mi espalda y escupe al suelo poco antes de festejar mi muerte. Y entonces me quedo ahí tendida, huérfana como la palabra,

humillada en el fluctuante espacio de la nada, con el vestido arriba, con los ojos rojos cual pedazo de carbón hirviendo entre cenizas. Siento la brisa chocar contra mis piernas y una helada sensación me recorre el cuerpo entero. Busco con velocidad otros ojos que me miren, una mueca que me diga entre susurros: “ya todo terminó”.

Delante mío, mi padre, quien se esconde entre sus piernas junto a un pequeño charco de lo que parece nuestra última cena, sostiene la cabeza de mi madre, cuyo cuerpo se encuentra desprendido en otra área de la habitación. La mesa



Ilustración: Daniela Duarte Gottdiener

está ahora vacía, y le digo: “Se la llevaron, papá”. No hay respuesta.

Me levanto, arqueo la espalda, me sacudo el inexistente polvo de los brazos y tomo el zapato de mi hermana; me dirijo hacia la puerta, agarro temblorosa el pequeño gancho de aluminio; intento una, dos y tres veces, me digo “Qué mala puntería”; saco la punta de la lengua poniéndola en el justo medio de mis dientes de conejo, y escucho un “click” que asegura el tiro en la armella.

—Papá, ya no te preocupes que aquí ya nadie puede volver a conquistarnos.



EX ALUMNOS Y EMPLEADOS

Poesía

PRIMER LUGAR

Manuel Ochoa Sánchez

PERSONAL

SEGUNDO LUGAR

**Danna Nicolle Alcaraz
Martínez**

EX ALUMNA

MENCIÓN HONORÍFICA

Lara Elizarrarás Botello

EX ALUMNA

MENCIÓN HONORÍFICA

Elisa Morales Pérez-Vargas

EX ALUMNA

Los miedos

Manuel Ochoa Sánchez

Primer lugar

I

Contemplo esa parte del mar
/inamovible
trazada por nadie;
línea-horizonte al que nunca
pude hallarle curvatura.
Contemplo porque espero
una escena y solo una:
quiero que esa bestia
con su altura insoportable
emerja,
retire línea de costa
con su corpulencia de montaña
/paisaje de kilómetros/.
Espero que levante
su mirada en ese cielo,
ya cosido tan de cerca,
y desgarre con su grito
tan rotundo en carne viva
la urdimbre tenue del aire.
Espero que después,
sin una sola víctima,
vuelva furtiva hacia su abismo
—de nuevo para siempre—
y declare sin voz el peor

(el más profundo) de los miedos:
el de un mar en calma;

el de lo latente.

II

En mi infancia imaginaba,
siempre en carretera,
qué altura tendrían las montañas
si un día decidieran levantarse.
Como bestias ancestrales
reposan
y se llenan de su musgo
que son los árboles.

III

Periferia de la angustia
que habitan las luciérnagas.
Sus cuerpos, frontera sin huesos,
evanescencia de luz propia,
destellan pulsos de incendio
danzan
a una chispa de ocurrir.

IV

En calma,
reposan.
Sus cuerpos danzan.

Cuatro columnas

Danna Nicolle Alcaraz Martínez

Segundo lugar

Los periódicos también viven.
Se rasgan,
se doblan,
se separan en trozos,
y terminan desperdigados
entre los vecinos y visitantes de una recepción.

Como nosotros, se olvidan.
Se entierran y se devalúan.
Se venden al mejor postor,
y se transforman en lo que pueden para sobrevivir.

Algunos son el cuerpo rígido de la piñata.
Otros el manto del aguacate duro que se busca
enternecer.
Son historias de vida marchitas,
eventos intrascendentes,
anuncios caducos.

Son horas de trabajo,
desvelos y corajes que, a gran escala, no tienen
sentido.
Son bellos collage de información que todos hojean y,

así de superficialmente,
se atreven a proclamar que los conocen muy bien.

Pero nadie los lee.
Nadie se toma el momento para apreciar el desvelo.
La quinta revisada
del quinto editor
que se quema las pestañas parchando errores
(y al que lo tunden los reclamos cuando se le pasa el
dedazo),
pero que casi siempre habita en silencio el cubículo,
sin honor y sin regocijo,
a pesar de sus otros aciertos.

Se parecen tanto a nosotros que,
así como nos ignoramos entre sí,
también la aplicamos con ellos.
Es casi un milagro que sigan vivos,
dando batalla cada semana o cada día.
Escarbando entre lo más recóndito para sacar la nota.
Sin pudor y sin temor, solo con un fin:
Existir. Ser. Estar. Circular.

Amar (no) es soledad

Lara Elizarrarás Botello

Mención honorífica

Para M.

Guárdame un espacio en donde queda el corazón,
en la esquina que precede al alma.

Ahí,
justo ahí;
en donde se doblan tus dedos cuando entran a mi
boca
devolviéndome al soplido
que
me
impulsa.

Y déjame volver a ti, entera,
al rincón de tu cama,
al agujero de tu pecho.

Correr a ti
o correrme en ti.
guárdame un espacio ahí,
en ti,
en donde no quede espacio para la soledad.
Pídeme que me quede,
que no me vaya
que aguarde un poco más hasta verte despertar;
atrápame,
trénzame como a la tristeza,

sostenme entre tus manos
y ayúdame a volar.
Bésame como se le besa a las promesas
y dime que el mañana
no volverá a pasar.



Ilustración: Adriana Batiz Rochin

Memoria de bolsillo

Elisa Morales Pérez-Vargas

Mención honorífica

Memoria enmarcada de oscuridad aterciopelada,
con suerte y destino retratado,
surcando nubes y soplando estrellas.
El tiempo se detiene,
y el momento existe en su propia línea.
Abriendo cofres de sensaciones nuevas
y conversaciones que llenan.
Universo omnisciente cuestionado,
responde con pulpos
y esperanza de permanencia;
reniega al pesimismo
y sentado se espera.



Ilustración: Adriana Batiz Rochin

EX ALUMNOS Y EMPLEADOS

Minificción

PRIMER LUGAR

Doraldina Reyes Chargoy

PERSONAL

SEGUNDO LUGAR

Elisa Morales Pérez-Vargas

EXALUMNA

TERCER LUGAR

**Danna Nicolle Alcaraz
Martínez**

EXALUMNA

MENCIÓN HONORÍFICA

Carlos Franco Velasco

EXALUMNO



Ilustración: Adriana Batiz Rochin

Reconocer el invierno

Doraldina Reyes Chargoy

Primer lugar

Seguía sin encontrar un camino, alguna pista, una vereda de morusas de pan, aunque estuviera interrumpida o terminara en una pared de piedra sin salida. A falta de una guía, era preciso imaginar una situación, una escena que tuviera las formas que yo necesitaba para saber que el momento que buscaba era ese que tenía delante. Si se tratara de algo menos vital, menos importante, menos inédito para mí, es seguro que al menos tendría un vago mapa con algunos indicios. Ella no sabía nada de estos pensamientos, iba por su lado intentando que todo fuera como siempre, pero eso no era posible.

Salí de la cabaña y me sorprendió la niebla que inundaba el bosque. La cañada estaba a pocos metros y fui consciente de la pausa del viento que solía silbar entre árboles y las piedras. Caminé sobre la grava para situarme un poco lejos del camino. El aire entraba húmedo por mi nariz y el frío me hacía entrecerrar los ojos.

Entonces supe que la respuesta se encontraba en la idea más sencilla, la más directa.

Se sentó a mi lado. Estuvimos así, removiendo de vez en cuando el musgo junto al árbol donde apoyaba una pierna. Puse mi mano sobre su cabeza y sin mirarle a los ojos hice la pregunta.

—¿Cuándo quieres morir?

No respondió de inmediato, pero supe que no tenía prisa porque tomó largos minutos de su tiempo para girar su cuerpo hacia mí, respirar con calma para después emitir un hondo suspiro.

–Hoy estaría bien, o mañana.

Me sentí triste, eso era tan pronto. Pero no se trataba de mí, de lo que yo quería.

–¿Te duele?

Realmente no quería saberlo, claro que debería dolerle. Quería decirle cómo su existencia había hecho más dulce mi vida, más interesante.

Había días de todos los colores. En los mejores, la veía terminando todos sus platos de caldo con pollo. En los peores, estaba desorientada, apenas se sostenía en pie.

–Lo que realmente quieres saber... no me lo has preguntado.

Mientras me soltaba su frase, recargó el hocico en mi brazo y me miró ladeando la cabeza.

–Quiero saber cuándo ya no quieres vivir, si debemos esperar...si es momento de buscar ayuda.

Se puso de pie. Al frente estaba la ladera inclinada convertida a los pocos metros en un precipicio que parecía no tener fin. Dio vuelta, caminó pesadamente hacia la cabaña y balanceando la cola como no la veía hacer desde hace semanas dijo:

–Vamos, ya es hora.

Mirada primigenia

Elisa Morales Pérez-Vargas

Segundo lugar

Infinito. Todo es infinito, incluso movimiento y tiempo...es infinito; lo único que sabes es agua, apenas eres capaz de diferenciar cielo de mar, porque todo lo que ves es azul. Azul cielo, azul mar y lluvia.

La aspereza de la madera te mantiene arraigado a la realidad, si es que puedes llamarlo así. La ropa te pesa, recordatorio de que provienes de algún lugar, que no eres de generación espontánea. No recuerdas cómo terminaste aquí, puedes asegurar que no fue a propósito, pero tampoco es casualidad.

El océano se parte como puertas, salvándote de perderte en tus pensamientos más remotos. Una roca emerge. No, roca no. ¿Una bola? Es redondo...Tampoco. Puedes descifrar cejas entre los residuos de mar, y si estás en lo correcto a las cejas normalmente le siguen... ¡Ojos! Dos brillantes faros amarillos se elevan lentamente mientras las repentinas olas te empujan lejos del ser, pero así puedes apreciarlo mejor.

Se detuvo en apenas hombros, dos protuberancias que parecían ser alas se asomaban por la espalda y, por boca y nariz, habían tentáculos. Inmenso, si la pura cabeza alcanzaba los 10 metros, no querías imaginarte lo que la oscuridad del mar ocultaba.

La mirada de la entidad estaba fija en ti, y hasta ese momento no entendiste lo realmente insignificante que eras para el universo, apenas y un átomo de polvo. Era magníficamente aterrador, sin palabras o despliegues de poder, simplemente existente, primigenio.

Sí, esta es otra historia sobre gatos

Danna Nicolle Alcaraz Martínez

Tercer lugar

A veces los siento tan sabios. A mis gatos, me refiero. Los tres se pasan la vida enroscados y roncando hasta que una leve brisa, un sonido sutil o un movimiento, aparentemente imperceptible, los perturba. Extienden sus ojos, como si se tratase de las cortinas que corres de golpe en tu cuarto cada vez que ya se te hizo tarde, mientras que la luz que entra a través de sus pupilas les otorga la energía que les falta para compensar su tiempo de reacción.

Corren. Brincan. Caen y apuntan con el cuerpo a ese ser, para ti imaginario, que atentó contra su sueño. Los tachas de locos, pero su figura fija y terca (y el hecho de que sean tres felinos al mismo tiempo) te hacen dudar de tu primera suposición. ¡Y de repente lo ves! Uno de esos mosquitos minúsculos con esos colores que se pierden entre las manchitas de mugre que suelen acumularse en el suelo. Hay una pequeña riña entre los felinos para ver quién se lo monchea, resultando victoriosa la más pequeña y, coincidentemente, la más letal, quien lo somete de un solo zarpazo.

Usando sus finos labios, la gatita se dispone a recoger a ese ser microscópico y llevarlo hasta el otro lado de la habitación para poder cenar con privacidad. Al arribar al sitio deseado, lo escupe al suelo, y es claro que, aunque arrastrándose, el insecto sigue vivo. No espera ni un segundo más cuando, de un solo mordisco, lo ingiere, como respetando el sufrimiento de este otro ser al cortar su existencia de tajo. Sin tapujos. Tras el bocado, esta se gira sin pensar más en su experiencia

gourmet, y regresa con calma a la cama, para continuar con ese descansito que le había quedado pendiente.

¡Brillante! Absolutamente maravilloso ese poder sobrenatural para estar siempre preparados, para percibir y acabar con cualquier detallito con el que se atreva la vida a retarles. Increíble, también, pensar que a esos tres yo me los topé cuando cabían en el bolsillo lateral de mi mochila. Cuando veían tan borroso que por las noches se erizaban al ver su sombra proyectada en el suelo. Cuando tardaban horas escalando la espalda de Ulises, e incluso, terminaban tan cansados que se dormían en el intento.

Hace dos años que yo me maravillaba de cómo aprendían del mundo, y ahora me impacta cómo parecen saber mucho más de este. Más de lo que yo probablemente entenderé.



Ilustración: Miranda Dávila Lumbreras

La sonrisa del género

Carlos Franco Velasco

Mención honorífica

Se levantó el género temprano. Proyectó la escena del día, difundió su manto etéreo en las ciudades; preparó tradicionales ordenanzas para hombres y mujeres, en ritos bendecidos por libros morales como hielos perpetuos. Aquí los bilés coloretos, para sumisas cocineras y madres de partos recurrentes, allá las corbatas y pasaportes de caballeros dueños y ejecutivos. El género sonreía.

Un impredecible terremoto del siglo XXI interrumpió la rutina ancestral y quebró, inusitada, la conciencia. Después de cinco mil años, el género ya no distribuía como antes los códigos del pasado. Angustiado, esgrimió argumentos para sobrevivir como conjuros de brujos y alquimias, pero falló para detener la impronta del presente y esa marcha decidida y triunfante de las mujeres. Él no dejaba de temblar. Desearía, queriendo, despertar asexual, para no ser visto ni clasificado como categoría política masculina, sino acaso como un modelo esculpido en medio de una calle, donde lo estático paralizara cualquier rebeldía del ser hacia la transformación. Rauda, comenzó la violencia. La policía no cesaba de someter

hombres en las calles con alma femenina y mujeres con alma masculina. La energía fue imparable. Apareció un ejército revolucionario para enfrentar la esencia viril del género, constituido por una pléyade de mujeres, hombres, y otras y otros disidentes; y con protestas vociferantes como lava ardiente, desfilaron por avenidas; y alumbrados con antorchas le derrocaron; y con nuevas sogas de palabras le ataron en el lenguaje, evidenciando diez mil formas de machismos. Y al decir las nuevas palabras, enlazaron frases de igualdad; con sus designios, ellas y ellos pudieron verse, abrazarse, conocerse y estrecharse las manos; intercambiar aretes, bigotes y pipas; alternar labores domésticas y públicas, maquillajes, vestuarios, comportamientos y besos. Se impregnaron fragancias en miles de blancas palomas feministas que en su conjunto volaron hacia la libertad; y el género es ahora también la génera. Sigue difundiendo su manto etéreo entre humanos, pero ahora como un gran caleidoscopio andrógino, en el que las expresiones de identidad, para cada día y por cada quien, se pueden elegir y alternar.

ENGLISH TEXTS

*Stories,
poetry
and
short stories*

ENGLISH TEXTS

Stories

FIRST PLACE

Antonio Téllez Gaona

6041

SECOND PLACE

Ana Elisa Estudillo Marichal

6041

THIRD PLACE

Elisa Morales Pérez-Vargas

EX ALUMNA

HONORABLE MENTION

Valentina Granados Garone

4030

HONORABLE MENTION

Leonardo Méndez Speckman

6041

Adelaide's lasagna

Antonio Téllez Gaona

First place

For many years, the group where Adelaide studied had a life and a routine as normal as any other school in the city may allow it. In this group there was a fan of several characters and situations that, lovely or disgusting, were part of those people. Among such situations, there was the mystery of who Adelaide was. Since she was in kindergarten, teachers and students had the same doubt about her origin. They knew she was an orphan who lived with her grandmother at the city heights. But none had her address nor enough information about her guardian or her parents' death. In fact, her grandmother was always absent at any school event or at the entrance or exit time at the gates of the building. Each morning, people were astonished about her earlier entrance. She arrived even earlier than the cleaning people. But for any grievance or message to her grandmother, the faint answer was always a letter closed with a peculiar stamp sent with that little girl; so teachers' questions were over, but children's were not.

What happens with the young ones is that they are infected by a terrible disease known as "curiosity". The symptoms are intromission and impertinence. They didn't stop asking, invading and taunting the mysterious child with brown braids, purple eyes and black and white striped stockings. The uncertainty to the children's reaction started to turn into sneers in Adelaide, with nicknames such as "raven", "monster" or "witch".

One day, someone brought up an idea: it was announced to everyone that there would be a multicultural fair. For each

kid a specific country was chosen and the students had to bring a traditional dish from that nation. The day of the fair, Adelaide brought a strange white china bowl. She went to her place at the fair and revealed her dish. It was something none of her classmates had ever seen in their lives.

“What is it?” was the question that emerged in the stand. So, the girl opened her usually closed lips to let out these words: “it’s lasagna”, as an answer to the crowd. Once again, doubts surrounded the group, but not for long as she added: “it’s like spaghetti tart”. Still in doubt, they tried the dish. It was the most delectable thing they had ever tried. Made with a tender pasta, filled with fine layers of roasted ground beef in tomato sauce, with some peanuts and fresh basil. The group devoured the dish as fast as they could, inviting all the other guests to taste it.

The next day, everyone asked Adelaide to prepare her exquisite dish again. But Henry, the group’s leader, was missing at the time. Then, the police concluded that he was kidnapped or dead, but never could find any evidence of his disappearance. But the begging for more lasagna didn’t stop. In every home the dish was prepared and many mothers had gone with the butcher to get the best ground beef they could get. No lasagna was the same as Adelaide’s. It seemed like a spell was on the tongues of those students and teachers that had tasted it.

Two years after Henry’s disappearance, and when she was almost finishing primary school, Adelaide was enjoying some exquisite chocolate biscuits when Caroline approached her to ask for one.

“Thou’d better not”, was her answer.

“But why not?”, asked Caroline.

“Well, I’ll share some biscuits with thee... if thou liketh my special chocolate cockroach biscuits. I call them “cockruits”.

Disgusted by the idea that the biscuits had cockroaches, Caroline decided to use that information to have the group against Adelaide. “Freaky cockroach” was the new nickname. It was in vain Adelaide’s wish of explaining that it had been a joke. Caroline had humiliated the poor girl because of her selfishness.

The last day of school, Adelaide brought her magnificent lasagna to share. Caroline joyfully ate her portion: succulent and tender. What a pity that her best friend, Anne, was not able to eat lasagna since she was on a trip, and she would move from school next year. Nevertheless, her friendship wouldn't be strong enough to keep in contact with Caroline. She was swallowed by... ¿the earth?

Adelaide arrived at secondary school. It was like a jungle of hormonal beasts with despicable tongues, with very little to contribute to teachingship and "a lot" to laugh at. During the Christmas feast everyone complained about Adelaide because she hadn't brought her lasagna.

"Even though your mistakes, all of you are worthless, by the moment, of my lasagna" was the mild answer.

"Well, you know what?" said Nadia, "You are such a conceited person, wicked and wretched arrogant who wants us to beg you for your useless and stupid lasagna, I don't care!".

"Oh", answered the cook, "THOU art worthwhile for my lasagna. Tomorrow, November 4th, there will be enough lasagna for everyone." Everybody was illusioned by the news, and many of them lost control. Like Armand. Almost out of the school, Armand, excitedly thankful, found Adelaide and placed his hand in the south of her back. Adelaide, astonished, immediately looked at her aggressor. Petrified by fear, he didn't know how to react. But Adelaide took his hand and both disappeared from the building. The next morning, Adelaide arrived, carrying an enormous lasagna glass bowl which smelled marvellous. Also the parents of the students were invited, by the girl, to eat. There was barely a single piece left. From morning to noon, students, teachers and parents of the entire secondary school had been eating lasagna.

"Are you Adelaide?"

"Yes, Madam."

"This lasagna is delicious! You must share the recipe with me."

"Thy son already knows it Madam. Yesterday he went to my house and I taught him. Hasn't he told thee?"

“He told me he would be at Ernst’s house.”

Adelaide matured as the tomatoes and spinach for her recipe. Her beauty was defined by her elegance in her tied hair, her long and black dress, which gave her such a mysterious aura, gathered to her usual striped black and white stockings. The spring suddenly sprang on the sixth-grade students. And many of those new blooming flowers were dedicated to Adelaide, forgetting the bullying years and past jokes, being substituted by lovers’ declarations and failed tries of spittle exchange.

“I am a decent person!” was the usual answer to these luxurious wishes of a relationship. “If I ever get a lover, it will be with the one able to cook my special lasagna. His love for me must be stronger than his tears for food. The one who achieves this wish of mine, worthwhile will be, and my heart will have.”

The faces of these failed lovers were not able to show up again. Perhaps, they disappeared out of shame of seeing Adelaide again. Well... only stars know. Carl had been Adelaide’s classmate since they were in primary school. He had passionately and silently admired that girl of striped stockings. After the promise of a feast for the All Hallows Eve party, Carl, without knowing why he had waited for so long, decided to approach Adelaide.

“Adelaide, do you know who I am?” he shyly asked.

“Yes. Thou art Carl. Thou hast been in my group since primary school.”

“Yes...” he was speechless.

“Dost thou wanteth help with chemistry?”

“No... I... I wanted to tell you that... tell thee that... I love you Adelaide.”

No word was said. Carl felt as if he had stepped somewhere he shouldn’t, like when he randomly answered that geometry exam without knowing the reason.

“Dost I don’t seem to be a decent person?!” screamed the incensed lady. Almost about to leave, showing him up her back, the sincere lover held her arm, interrupting her way, and said:

“Of course you are a decent person!” and he started to stammer, “I-I-I had t-t-t-told you, t-t-t-told th-th-thee that I-I-I-I-

lo- lo-love you. Love thee. I did... I did not say I liked you. I love you. Wi-th- th- with you...With thee I feel secure... and I..”

The girl stayed in silence, thinking of those words. Then, she said:

“Doest thou truly love me?”

“Yes”.

“Could thou help me with something?”

“Of course”.

“Dost thou know Tom?”

“Shure, he is my best friend. Almost a brother to me”.

“Well, yesterday he talked to me with such horrible words.

He was mad at me because I hadn’t told him when my next lasagna would be ready, nor more information about the feast for All Hallows Eve. He hast insulted me and hurt my feelings.”

“Very well, I’ll speak to him.”

“No. He shall be at my cottage today. Thou art also invited. Follow the smell of this feather. Dost not question it ” she said as the time he was opening his mouth to ask, “Thou would be able to follow the smell”.

It was a crow’s feather, and smelled as tar. Carl couldn’t imagine how he would be able to follow such a disgusting smell in the middle of a smoky city. But, surprisingly, the feather’s odour was stronger. After many bus trips, and one by cableway, Carl arrived at the city heights. He went deep into a woodland where he found a several windowed cottage. By his feet, an old black cat entered the house. As far as there was no more detectable smell, he decided to get inside. It was extremely dark, but, in some way, it was comfortable. From one room, he could see an old lady wearing a wool chal.

“Art thou Adelaide’s friend?” is the question, whose answer was positive.

“She is waiting thee in the kitchen. I am her grandmother, her beloved grandmother.”

After walking along the hall, which was getting lighter little by little, he started to distinguish that the curtains were made of such peculiar clothes. Finally, he found Adelaide, waiting for him.

“Well,” she started, “This shall be thy loving proof for me. I shall lend you my lasagna recipe. Thou can not share it with none, it is a family secret. Thou must prepare the lasagna, and it must be ready before I finish my sewing work. If thou fail, thou would be worthless of my love, thy declaration shall be a cruel joke, and thou might be worthwhile of my lasagna. If thou achieveeth it, my heart shall be thine.”

Once she said that, Adelaide closed the kitchen door. On the table, there was an old big book, which magically opened itself in the exact page of the recipe. Then, Carl read:

Lasagna recipe:

2 pounds of wheat flour

1 big cup of water

2 tins of tomato sauce

½ pound of fresh spinach

12 fresh basil leaves

1 Homo sapiens-sapien vulgaris insolenti maximum.

Note: for this recipe it is highly recommended to

choose the most grosse, insolent, rude, rotten,

stubborn, and aggressive humans that can be found.

Preparation:

Retire any human clothes or hair that can be in it, so this dish shall be more enjoyable.

Retire the human's skin with a carpenter's knife. It is important to torture the victim before cooking it. Fortunately, this process is usually torture enough. Also, it must show compassion tears, since the intensity of its temper, heated, will give the meat the exact quantity of salt.

Mix up the skin with the water and the flour to create the pasta shits for the lasagna. Mix it until there is a uniform dough. In general, for making pasta, an egg is the best choice for mixing flour; but human fat is better (especially if the skin is full of pus). That will give the lasagna such a tender taste. Once mixed up, let it react.

Chop the meat perfectly. Bowels, and body members

included. During this process, may separate any bones from the organism and reserve them for later. As blood will be used later, this process is safer to do in a big cauldron.

Blend basil with tomato sauce, and add the blood over medium heat, and once bubbling happens leave spinach leaves dry in the mixture.

Once the sauce is ready add the human meat and mix it up until the filling is almost cooked at all.

Start setting the lasagna as any other: first goes pasta at the bottom of the bowl where lasagna will be cooked. Then add the sauced meat, and finally add the preferred cheese. Repeat this until the last cape of cheese gets to the surface, covering all.

As a suggestion, eyes can be squeezed on the dish. Eyes are the souls' windows; so isn't there a better cryer for their lord's death? This will bless the dish with an exquisite odour.

As the victim's tongue is rotten and rude enough there is no need of adding salt or pepper. Oven's heat will give that insolence the right seasoning.

Cook it in the oven

Once he read this, Carl couldn't believe it. But when he went to the pantry in search of these ingredients, he found three naked corpses hanging upside down, leaking blood. Between them, still alive, there was Tom in the same circumstances.

"Carl" said the dizzy ingredient with its last strength. "Carl, help me. She is mad, crazy...that witch. Help me please." and the victim showed pious tears.

The door to the living room, where granddaughter and grandmother were sewing, was open at midnight so the disturbed cook could get inside.

"Right on time, my dear!" Adelaide excitedly said, "I haven't finished yet, but look, your reward is this blanket."

That blanket was done with everyone's clothes: Henry, Anne, Nadia, Arthur and Tom, the last rotten apple she had trapped.

“Time for supper” said the old black cat, “Dear, set the table”.

“Yes, granny” answered Adelaide. “Dear Carl, thy proof shall end when thou try thy delectable creation. Granny, do we have special wine? It would be a gorgeous accompaniment”.

“Yes my dear, I’ll bring it. I was not this hungry since you cooked this Anne girl years ago. It was exquisite!”

“Well granny, isn’t there better sorrow, punishment and loss than the beloved ones? That pain always makes lasagna’s vengeance... tastier.”

And you... Do you consider yourself worthwhile or worthless of “Adelaide’s lasagna”?



Ilustración: Antonio Téllez Gaona

Man in a fishbowl

Ana Elisa Estudillo Marichal

Second place

A twinge of emptiness spread on the ground besides his body, watching patiently from that somber crease of the studio. Crawling and morbidly craving what the sun has caught between its arms through the window—the most tender flesh burning its skin, stepping its soul, ripping the path of light, birthing shadows. Its turbulent tread and foreign scent emerges every dusk until the dawn clasps violently the sky in a strife of color. Gogó is its name.

Blessed with a thunderous gaze, Gogó was a man of few words. Tucked in the solitude of his walls, surrounded by a hasty photosynthetic bloom, he meticulously submerged himself in the dance of natural wonder, cradle of rage—the patience that is given to the jungle to sabotage the house. The moss absorbed his inquisitive prancy feet and guided by the whispers of the birds, he began a hunt for seasonal sweat—he started to paint.

The house that once flooded the nostrils with melancholia from a distant vastity of lunar sorrow, started to grow towards a different star. The stench of rancid paints wrapped his life like an evergreen. The roots penetrated the soil washing with heavy drops of nostalgic relief the cemetery of the words unsaid and the uninterrupted silence.

It had been a long time since he had something that made his veins vibrate. A fervent grief clutched his pulse seven years ago. The rising black river would never stop again its babble from his eyes. The big woman that swaddled him whenever the sun flogged the winter days amidst the snow of

puberty, and who through needy murmurs he called mother, walked away on a summer morning, leaving him with his two static feet in the hollow of his confusion echoes. He became a lost fly fluttering on the putrefied memory of the warm cinnamon taste of her pores and the scent of orange blossoms of her laugh. He never knew why she left.

Diluted by his anger in a paused metamorphosis of warmth fingertips, he bundled his heart like a snail shell and floated around the compact mourning of the walls, allowing the leafy arms of the garden to hide him from the intact footprints of the pathway. Until a heavy pregnancy outcried in his gut and the endless vomit welcomed him to the small atelier, after the hallway, after the house, after his present, into the darkness of the past— a haze of wistfulness. And like grains of salt, a bat wing uncovered a hunger to nourish with hue his mind web and watched it blossom in his bare chest.

It was a Wednesday, the most heated of the month, and Gogó was frigidly numb in front of his canvas. He had been trembling his way insatiably through the studio, smelling every spore in the air and dwelling his gaze in every corner of the room without finding any inspiration. He usually doodled the plants of his rampant grassy tangle, however one month ago he decided that he wanted to transcend the representation of his surroundings— he wanted to feel, to grab the ecstatic madness with his naked fists, watch it convulse and in a misty cloud kiss, secure it forever among the stains. What was what

he wanted to find? Where to look for it? Who had this rush of passion that vaguely browsed his bones? And why had it never deluged his body before?

In the first two weeks of his hunt he couldn't sleep nor eat. Like a desert beast, hiding on the taste of shade of the dunes, rebirthing with the lunula yearning of a drooling carnivore. His body dwindled into two gloomy lagoons framed with deranged eyelashes. A vigilant hibernation kept creeping him out of his skin. Until he found, reposing on the soured ground of his stupor, like a childish voice reading an ocean's poem, agonizing on its hamper, a dead bee between his fingers. He became a parched, dehydrated river with a strangled bawl in its throat—the melody of hysteria.

For the first time in months he swam on the pond of the garden, swallowing every drop of diluted moss and microscopic fauna that his stomach could hold, in a desperate attempt to wash his soul and free it from the burning arms of summer. And after nuzzling the tadpoles with his feet he danced naked chasing after a big white butterfly that waved its way to the radiant mane of the sun. “Gogó!” it started like a whisper, a soft breeze clamor. “Gogó! My little love!” On the wood frame of the door, Atalanta, his mother, waving at him with a towel in her hand. He rushed into her arms, gates of timeless tenderness, propelled by his naïve steps.

His mother, bathed in the color of the stream of River Plate, was like an enormous weeping willow. Her walk was as graceful as the leaves swinging into the breath of the Earth. Covered with moles, she embraced the celestial vastity and on the scary nights, she would make Gogó count them for her, who like a scared bug climbed its way into the porous crust of her fondness.

The giggling was abruptly interrupted by a shiver that burned his toe nail, his foot, his knee, his entire thigh. The world started to spin, a nausea took over his pulse and a groan flew through his vocal cords—“Mamma! Mamma! Mamma!” he cried. He only rebounded into life when Atalanta carried his little body in her dense branches, chuckling. “Hush,

my child of the heart, mamma's got you" she whispered. The biggest and attentive eyes were uncovered before the womb nest when she wiped away his tears as if to trace a new path of sensing with each fingertip. "It was just a bee sting, little grasshopper" she said, showing him the lifeless body of the mutilated pollinator. "Don't let the rawness of a twinge keep you from seeing the bloom of spring."

Drowsy on the new brown couch that he moved from the living room to the atelier, Gogó watched jittery on his empty canvas. Time tingled his mind, pursuing a flicker of remembrance that could enliven his heart. Two months had passed since the bee incident. His memory was like a foggy morning cluttered by the mysterious dew of terror. Now, he meticulously cleaned the room every two hours, birthing a new sterile ecosystem where the only life that could blossom was his creations.

His eyes were in a dozy limbo when suddenly a drop of water hugged his face in a violent splash. He got hastily up looking for the unexplainable bosom of light that could've poured out the liquid, but he found none. The room was impeccable as always, its ceiling, walls and floor were in perfect condition. The only slot that the space cradled was the lower part of the door that didn't reach the wood of the floor.

Gogó stood amazed by this mock to his immaculate obsession, and was almost convincing himself that dragged by the warmth of the afternoon and the murmur of the near river, he dreamt of it, when now three drops soaked his shoulders. Immediately, he looked up. Nothing. Not a single impurity nor an architectural flaw.

A shudder swept through his feeble body. He raised his hand in an attempt to touch the ceiling, when all of a sudden a tremor shook the room violently, like a chick hatching out of its shell, hungry, thirsty and with songs stuck in its lungs, but without a single ear that could hear them—an abrupt and nauseating earthly laughter.

One. Two. Three. Four. Five. They appeared crawling deftly, like snakes fleeing, circles pawing the wall. Looking

fiercely for something. Owning the space with its intensity. Clogging the walls with noise. Howling wind, hurricane without sea. Scorching turbulence—a house blown away by the storm, womb of catastrophe.

Six. Seven. Eight! Nine! TEN! Two hands exploded in the terrifying miracle from which loomed a face with a virulent grimace, chameleon eyes, and a watery tongue that drooled and spewed small red drops of a scent as fetid as a corpse. His face was the same as Gogó's. The scar on his upper lip was the same. The mole on his forehead was in the exact same place as his.

Gogó, with his pants pissed because of fear, spasmic on the ground, unable to hear anything rather than a throbbing blurred into a sordid whimper, and amidst the repulsive crawling of his double trapped in the ceiling, screamed without taking his exorbitant eyes from the body. He vomited, wallowed in the crimson liquid, tore out his few remaining hairs, and prayed to every god he knew to wake him up.

"Gogó" the human figure attached to the upper plaster opened its horrific mouth, squawking the most revolting letters that belonged to his accursed name, bleeding its tongue in an euphoric frenzy, savoring the discomfort that he was causing by being the intruder.

"NO! NO! NO!" Gogó's eyes couldn't stop spinning, his mouth couldn't find a way to breathe through the weeping.

"Gogó, look at your canvas, Gogó. You must show yourself the rage that lies in your inside. You must share your grief." The smile on the same face as his disappeared. "You must, Gogó" his voice filled with a sludge of bitterness—a volcanic bitterness.

Like a snail in its shell, Gogó grabbed his knees, swinging uncontrollably. "You must, Gogó. Go to the canvas. Now." He denied with his head.

The body trapped in the roof started to whimper silently, then a little louder, more and more desperately, as if he was pleading with his tide of snot and fever. The room started to pour. A red pool imprisoned Gogó's feet. Hysterically, he ran around the atelier, punching the walls, trying to open a piece

of concrete that could save him from drowning, that would allow him to escape. He tried with the door, the windows, but all his efforts were in vain.

“Please finish the painting, Gogó! Or I’m not going to stop crying!” his other self yelled at him.

With the water almost in his chest, Gogó ran to the canvas and with all the resentment, indignation and fury of his soul, he destroyed the still white tarp with his teeth. Like a shark devouring its first whale corpse, he ate every single piece of the condemned material. He cackled a howl similar to a distorted guffaw at his twin’s tears, and said to himself: she didn’t leave me. It was a bee on a summer evening who took her away from me. Who killed her.

The room filled completely with water, and he fought to hold his breath. In a violent act of instant evolution, almost facing death, scales flourished in his body, and he made gestures like when he first breathed oxygen and felt the deep grief of leaving his mother’s womb.

The pace that this room keeps—the sun coming sweetly through the windows, the childhood fluttering through the corridors. When he enters the room he gasps “Mommy! Mommy! My fish has died!”.

Stand-byer

Elisa Morales Pérez-Vargas

Third place

Working at the Appalachian Mountains Reserve was one of the cosiest and easy jobs Sage had ever encountered, of course, it came with the occasional accident; disappearance and wildfire but mainly consisted of keeping an eye out for safety hazards in the forest.

Today was no different. Low-beat music was playing softly on the stereo as the young woman made her way out to the porch, steamy mug of coffee in hand. Sage surveyed the pinking horizon before sitting on the Papasan chair and enjoying her blissfully quiet solitude. All her eyes could see was an endless deep green sea that only broke occasionally with the hiking paths and the clears for setting up camp.

A star-splattered night had fallen over the fire watch. Sage was wrapped in a fluffy blanket writing the report for the morning shift waiting for her instant ramen to cook in the microwave when she felt her hair stand on end, coming out of her comfy daze she carefully looked around to find the source of her nerves. Finally, she realised how deadly quiet everything was, not crickets to be heard. Intuition screaming that something was wrong. Sage grabbed the closest flashlight and emergency rifle and walked out onto the balcony. All senses on high alert and slowly made her way around the catwalk;

stopping when she detected movement in the campsite. She could see the person sitting by the fire, oblivious to the large movement that came from a few meters from the treeline behind them. Then a blood-curdling scream pierced the eerie silence, a sound no animal should be able to make. It howled again shouting for help in a metallic inhuman voice, as if it were coming from behind her but she could see it clearly with the binoculars.

The unknown creature was finally illuminated by the firelight, it looked like a deer-human hybrid in all the wrong ways. A deer skull for a head, murky black fur, unnaturally tall with two malicious red glowing eyes. The building scream in her throat was trapped as she saw the camper be torn apart by the claws of that thing and eaten slowly while the dying cry of the victim echoed through the dark forest.

Sage turned around, ran into the fire watch, locked every door and window, turned off every light and sought refuge in the farthest and most covered corner that she could find, and hugged herself to the rifle as she waited for what was going to be the longest night of her life, to die, and wash away the horror she had witnessed, hoping she wasn't the next.

Lace

Valentina Granados Garone

Honorable Mention

Just like every other afternoon, Mother left what was needed in the kitchen. Little flames danced in the fireplace and there were newly bought groceries. Ella ran to the wooden table and looked around. Greens, pastries, fresh cherries and a small hardcover book. Lovely, fake. She sat down, her feet barely touching the carpet beneath, and proceeded to eat quietly, like she would do when she was alone—she ate quietly pretty often. The sound of the ticking clock sang to her while she looked out the window, to the same cold and rainy garden. The food on her plate was fresh and sweet, but to Ella every bite felt stale, it tasted like routine. She left the dish half full after a long while of staring and chewing indifferently. Lastly the book, a new book, fire. The book burned in the chimney, she didn't even bother to read the title.

The limits to the outside were set by a heavy door, Ella would struggle to open it every time, but she liked the little woodwork details around its frame. All her house was built like a fine set of china, pretty and inevitably fragile to the passage of time.

She crossed the porch that led to the backyard. One step, two steps, three, four and stop. There it was, Ella's only true company. Snow white fur and strawberry red eyes, a small rabbit ran her way.

"Niko!" She shouted joyfully while kneeling down to pet the creature. "I missed you so much. Where were you?"

The rabbit moved its tiny nose emphatically, trying to capture smells, as a way to understand what it couldn't with its blurry eyes.

“If you keep running around, one day you won’t be able to find the way back! Don’t do that to me, I don’t want to be alone again, silly.” Ella complained with sass, softly hugging the animal.

She would play with the rabbit for hours, run around the entirety of the garden together, the happiest times were next to little Niko. But night always came by, so she would have to say goodbye to her little secret and close the heavy backyard door once again.



Niko munched on a piece of cabbage while Ella looked at the pale sky above the yard. Sometimes nothingness was sweet, sweeter than mother’s food could ever be, nothingness with that spontaneous rabbit was a precious gift to Ella. She turned to her side.

“I wish I could show you how much you mean to me.” She said, but the rabbit simply kept eating. “I wish you could understand what I say” she said more loudly, sitting next to the animal. “Just give me a sign if you can, please.” Nothing but loud cracking leaves. She sighed and fell back into the grass.

“Niko, do you know how Mama shows her love for me? I can show you too.” She looked deep into the rabbit’s eyes, slowly lifting it until its paws couldn’t touch the ground. “She’s nice, isn’t she? There’s always food, there’s always fire,

there's always... bruises." She paused, with a blank stare carefully painted on her face. "But with you, I can taste the sun." A faint smile drew on her lips, her eyes more desperately fixed on the red orbs before her. How precious was that adorable being she held?

And for one too many seconds, her hands stopped being hers. Right when the rabbit began to shake aggressively, begging to be freed. But her grip was set, firmly holding her hands together closer and closer. Closer until the creature couldn't move, closer until soft pink became rotten green. Her hands came back to her, quickly dropping her act in horror. She ran back home.



Nothing happened, what could have happened anyway? Rabbit was alright. It was okay. Ella sunk into her bed. It was alright. Her eyelids twitched as she tried closing them as hard as possible. Exhaustion drew her in.

"Niko? Niko, where are you?"

"Hello? Niko, please"

"...Hello?"

The girl was stopped mid step. She turned her head to the side, nothing.

"Hey."

She jumped, startled by the voice behind her. She froze.

Right before her, with abnormally long ears, and a smile with prominent front teeth, stood a milk-skinned boy.

"Ella. Why did you kill me?"



Ilustración: Valentina Granados Garone

The circus

Leonardo Méndez Speckman

Honorable Mention

There used to be a circus, a small little tent that traveled the Serbian train tracks. In this circus there used to be a Showman. He used to put his contortionists in horrible positions for hours in the show; the magicians had to put querosene on their mouth and spit fire even when they got burnt; the trapezist couldn't use the safety net and was conditioned to mortal heights. I remember the first nosebleed I got, the only comforting words I got were "do it again". The only person who even looked at me told me to repeat the trick for me to do it better this time. I recall the time the attraction was to throw darts at me, a young girl that ran from home and really needed some money, the trick part was that there really wasn't a trick, he actually threw darts at me while the people looked and laughed.

I actually liked the Showman, I guess he reminded me of my dad. I haven't seen him in years, even after the circus closed. It's good to have someone to care about you, I mean, he does hurt me sometimes, but he knows I won't really get injured.

We were traveling to Kragujevac when I met the monkey man, one of the circus freaks, he had hair all around his body and could climb so fast that he really did earn his name. The

Showman wanted him to do an act with me where I jumped to the stage and he caught me from a liana. We were prepared to perform the act in the surroundings of the city, we had practiced it many times and everything appeared to go right. It was at the night show where the accident happened, the monkey man fell to the void, a 10 meter fall, or in the monkey perspective, a 1,41 second fall. Here is where the real bad thing happened: the public started to applaud. The next night, the circus was full. I had never seen so many people in such a small tent, but everything went as usual.

Then we traveled to Sombor. This was an extremely cold town with remarkable gray skies. I don't know why we had to choose this city for the final destination. What really made a change was that I stopped performing as usual, now I had to look for cheap and bad trapezists that no one knew, sometimes I had to go to really "nowhere towns" near Sombor. Then I applied a fine layer of soap to the rope. I didn't really enjoy doing this. No matter the less, the Showman started seeing me more, he even made a cute little name for me, "kitty". We reduced the number of shows to one a month, always having more and more people. The trapezist always had the best act, or at least that's what the Showman says, the best act of his life.

ENGLISH TEXTS

Poetry

FIRST PLACE

Sofía Rico Contreras

4030

SECOND PLACE

Sofía Torres Velasco

6040

THIRD PLACE

Isabella Almaraz Soto

4020

Every smile counts

Sofia Rico Contreras

First place

A smile is important to put on
A happy face is what people need
Some people just want to make you cry
but they'll wish they never did

The lines that tie into a sneer
The corners of the frown, set deep in
The one that exposes the gaps
shows each curve of the back teeth

Faces shining with the light of smiles
Is it the sound of laughter or a tale of woe?
Or maybe just a child laughing bouncing off the
moon
It's just a feeling that can't be bought or sold

You never know
when the world is going to end
So I just want you to know
that I will always had a smile there for you

Hold my lungs for tonight

Sofía Torres Velasco

Second place

Running in circles through my eyebags, my blood
turns cold,
my tears get stuck,
I feel it kicking in.
What's love about,
when you can't feel it
what's being empty
when everything shocks my guts.
You can hit me
and I'll love you.
If you touch me
it will haunt you.
I can't help
but letting go
just when I want
to keep it beside me.
I'm just missing her hands
when you're holding mine
I'm just feeling her eyes
on my cold, soft skin.
If I can't let her go by tonight

I might just die,
If you keep loving me today
I'll probably escape.
Please forget me,
I can't have you anymore,
If my lungs keep living for her
Yours will stop breathing in pain.

Ilustración: Sofía Torres Velasco





Ilustración: Euridice Ávalos Angulo

Insomnia

Isabella Almaraz Soto

Third place

Appears every night
when I want to sleep,
a big cloud of words,
comes to my mind.

An infinite amount,
don't let me sleep,
there is no peace,
with millions of thoughts.

It seems that they speak,
hearing word by word
all of my minds,
How much more to go?

3 a.m. and I'm still alive,
waiting for peace
to have a sleep,
feels like this night is eternal.

My mind is a mess,
they are silent now,
after a long night
but dawn begins.

ENGLISH TEXTS

*Short
Stories*

FIRST PLACE

Ana Camila Ogarrio Fuentes

6020

SECOND PLACE

Isabella Almaraz Soto

4020

THIRD PLACE

**Colomba Violeta Espinosa
Ochoa**

4010

And a happy new year

Ana Camila Ogarrio Fuentes

First place

The snow is slowly falling, I can't tell how long it has been since it began. The only thing I know is that it has been more than a day and a night. It's January I think, the snow started a few days after new years eve. I remember that well, everyone came that day, the living room was full of people and we all ate like kings. But since that day it has only been me and her. My stomach starts to hurt so I go to ask her if there's any more food, she tells me that this is going to be the last meal, but tomorrow we're going to the town in order to buy more. It's the next day, but there's a storm outside. She tries to leave, but there's no way to walk through the windy forest. I haven't ate for a day now, but I don't feel that hungry, on the other side, she seems pretty bad, she's laying in bed with a sick look on her face and a lot of blankets on top of her, I lay down next to her and give her some kisses which seems to make her smile. Its day four, and i'm starting to feel bad, my stomach hurts and I dont have the strength to be happy anymore, the night

starts to arrive and that's when I hear something, it sounds like another language that I can't understand, but at the same time it sounds familiar, the noise it's coming closer and I start to freak out, that alarms her but she's too weak to do anything. Finally, after several hours being awake, I fell asleep. It's day six and she is barely moving. This time she forgot to light the fire, so I tried to do it but when i'm putting the last stick, something falls and the fire starts to spread around the room. I don't know what to do, the bed is now on fire and I hear her screams asking for help, so I run to her and that's when I smell it, the delicious smell of cooked meat. I can't think, i'm not me anymore, or maybe this was me the whole time, I hate her, she's been holding me captive, I jump into the bed and hearing her last screams I eat every single part of her, now with a full stomach my tail starts to move again while I run into the snowy night.

Escaping from the forest in my mind

Isabella Almaraz Soto

Second place

I was running in all those trees and thinking about where to go. I had to decide whether to turn to the right or left, and my friends were worried about me. It was my fault that I was lost. At first, I thought it was funny because we were playing, again I heard all these strange sounds in my head without knowing what to do, my mind told me to run faster. I didn't know who was behind me. I stopped to hide in one of those big trees, just hearing those strange sounds from someone or something; it was when I realized that I had all my knees bleeding. I was tired of running and I started to yawn. My only thought was that I could NOT sleep. I was so scared. When I caught my breath again, I heard this strange thing coming to my place when he started to move me like there was no tomorrow. I opened my eyes after a lot of screams saying my name. It was my dad telling me that I was late for school.

Before oblivion

Colomba Violeta Espinosa Ochoa

Third place

I open my eyes, stretch a little and pull out of the sheets one foot after the other. Remember, I repeat myself again and again while I pour my coffee in the cup, I see the sign I wrote “turn off the stove” I do it and go to the table, I stay there for a while, silent, almost immobile, as if that would give me my memory back. I add a cross to my calendar, it has today’s date circled, I know I have to remember, but what?

I turn on the radio in search of an answer, injustice as always, impotence as always, loneliness as always, I turn the knob and change the station, I make a gesture that seems to have 50 years less than my body, the music runs through me from head to toe. I remember, I go to the living room furniture, I mess up one of the drawers, in it is your photo, seeing your face brings everything back to me, almost as if I no longer need the papers stuck all over the house that tell me what to do, I don’t need them to remember you, your photo though, a little broken and almost white because of the sunburn, is a trip in time, a shield to the memory, it is enough to see you and I recognize myself, don’t forget it, I try to convince myself as if the fear of having done it for an instant didn’t make me tremble, it has only taken a while for the memories to come, but I would never forget you, I tell myself.

I take out a small cake that in another moment of lucidity I decided to keep, I light a candle and put it on top, the fire moves almost as well as you did with the song that continues to play on the radio, my mouth tilts up, I sing, I think how we would have celebrated if you were still here, the song ends, I listen to another paper that is stuck there and turn off the radio, I continue sitting in silence, my head goes blank, I look at the calendar, why is it circled? Remember, I repeat to myself, I cease before the effort, I look at the clock, it's time to eat so I cook something, cooking brings me back to you, not even if my head wanted to forget you, it's a constant fight against time, against the loss of youth, but I resist and thanks to you I remember.

Before oblivion
count eternities
un-make your hands in struggle
resist heart
before oblivion
share your memories
before oblivion
live

Antología Nuestras Voces

Editada por el Colegio Madrid A.C.

<https://colegiomadrid.edu.mx/publicaciones/>

CC-BY-NC-ND 4.0

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Edición: Erandi Siratzení González Kañetas

Diseño: Adriana Esteve González

En su composición se utilizaron tipos Karmina y Karmina Sans

CDMX abril 2023



Colegio Madrid

Junta de Gobierno

Ing. Javier Brosa Curcó

Presidente

Dra. María Luisa Capella Vizcaíno

Vicepresidente

Dra. Renata Elizondo Azuela

Secretaria

Lic. Jaime Araiza Hernández

Dr. Juan Carlos Echeverría Arjonilla

Dr. Manuel Gil Antón

M. en C. Francisco Giral López

Biol. Alejandro Gutiérrez Marcos

Dra. Diana Vilar-Compte

Vocales

Directora General

Ana María Jiménez Aparicio

Director Administrativo

Fernando Herrera Bocanegra

Directora de Bachillerato CCH

Karla Rinette Goletto Ramírez

Director de Secundaria

Natzín I. García Macías

Directora de Primaria

Gabriela Marín Martínez

Directora de Preescolar

Claudia E. Pérez Ulloa